



EL FUTURO DEL SOCIALISMO

Alexander V. Buzgalin

Editado en internet por Rebelión (<http://www.rebellion.org>)

CONTENIDO

■ **Las lecciones de la crisis del “socialismo real” en la URSS (Unas pocas palabras para los lectores de habla hispana).**

■ **El socialismo del siglo XXI.**

Las lecciones de la crisis del “socialismo real” en la URSS : (Unas pocas palabras para los lectores de habla hispana).

El Autor escribió estas líneas en unas circunstancias más que inusuales – en Enero del año 2000, en Cuba, sentado en el balcón de una antigua casa a cincuenta metros del océano.....

El motivo para que salieran a la luz estas pocas páginas ha sido el cortés asentimiento del científico cubano Dr. Pedro Luis Sotolongo para traducir “El Futuro del Socialismo” al castellano. Espero que este libro sea publicado en Cuba; quizás también en algún otro lugar, pues en castellano actualmente habla casi 1/5 parte del mundo....

Este Prefacio, sin embargo, lo dirijo ante todo a los cubanos.

Para mi generación, Cuba es mucho más que un pequeño país en el ámbito marino del Caribe. Es un símbolo de la posibilidad de vencer en la lucha por el socialismo en una pequeña isla ante las mismas narices de E.U., el gendarme mundial del siglo XX (y, por lo visto, de los inicios del XXI). Es un símbolo del romanticismo, de la creación, de la alegría, de la juventud.

En el invierno (o “verano”, como este Autor quisiera, sinceramente, escribir: sol, palmas, un cálido océano, la no obligatoriedad del saco y la corbata incluso para una reunión en el CC del PCC) del 2000, Cuba, por supuesto estaba algo distinta. El continuado bloqueo de E.U. y, principalmente, la traición por parte de los poderes rusos (y escribo esto con amargura y dolor), han incidido en extremo negativamente sobre la economía, la calidad de vida en Cuba, en sus posibilidades de avanzar por el camino del socialismo. Comprendemos esto como nadie otro y por ello nosotros, científicos socialistas y comunistas, nos dirigimos a ustedes, ciudadanos de Cuba, con un grito salido del alma: No repitan nuestros trágicos y criminales errores, intenten (si se los permiten las condiciones objetivas) marchar por el más delgado filo de la navaja, utilizando casi la única de cien oportunidades para avanzar por el camino del socialismo, elevando con ello la eficiencia de la economía y, lo principal, formando activamente al nuevo hombre libre, creador.

- 0 - 0 - 0 -

- 0 - 0 - 0 -

La primera lección, por lo visto, de la desmoronada URSS, está vinculada a que no valoramos suficientemente la profundidad de la pudrición pequeño-burguesa tanto de la mayoría de la población como de la cúpula del PCUS. La construcción del “socialismo desarrollado” estuvo abanderada por la

agudización de dos poderosísimas contradicciones.

Desde abajo surgió el conflicto entre la aspiración de la población con proclividad al pancismo a un crecimiento ante todo del consumo utilitario y el “déficit económico”: creamos una mezcla monstruosa – una “sociedad de consumo” sin.... objetos de consumo. En pocas palabras (y, por lo consiguiente, de modo científicamente no demasiado riguroso, yo diría: a la URSS la mataron las colas.

Desde arriba, la descomposición era aún más fuerte. Una nomenclatura que se había separado de los trabajadores, no controlada por ellos, se convirtió en un estamento aislado (a semejanza de una aristocracia feudal), que vivía encerrada en sí misma, que usufructuaba enormes privilegios, que dirigía al país principalmente con el objetivo de fortalecer su poder, pero haciéndolo (debido a su burocratismo) en extremo ineficientemente. Y si la vieja generación de la nomenclatura aún estaba atada por algunos “prejuicios”, ya los jóvenes de la nomenclatura de rango medio (del tipo de Gaidar y compañía) creció extremadamente cínica. Soñaban cambiar el poder por la propiedad y por el capital, en ello estaba su interés objetivo y subjetivo (como capa particular de una nomenclatura mezquina). Tenían que traicionar al socialismo y lo traicionaron.

He aquí porqué, repito, la primera causa del derrumbe de la URSS y de los retoños de socialismo en nuestro país (el cajellón sin salida del “socialismo-gulash”) fue el conformismo y la índole pequeño-burguesa de la mayoría de la población, y como un alter-ego de ello, la transformación de la dirección del PCUS, del Estado, en una nomenclatura aislada de los trabajadores, como consecuencia de su deformación pequeño-burguesa y de su aspiración al trueque de privilegios semi-legales y de poder usurpado por propiedad y capital reales.

Es una cuestión muy compleja el porqué se conformó dicha situación en la URSS. Yo intenté responderla, proponiendo la hipótesis del “socialismo mutante”, desarrollada en el libro. Ahora subrayo: ante los camaradas cubanos está planteado un complejísimo problema (y, por lo que parece, completamente concientizado por ellos), que recuerda al que se le planteaba a la URSS en el periodo de la NEP, cuando al país, después de una destrucción monstruosa, y en aislamiento internacional, le era necesario avanzar hacia el socialismo. El problema consiste en: ¿cómo permitir el desarrollo objetivamente necesario del mercado (y, por lo tanto, de la polarización social, del fetichismo mercantil, de la aspiración de la población a la propiedad privada y al consumo utilitario), en adición a garantizar una dirección profesional y eficiente (en todas partes, en un hotel, en una empresa, en el Estado) y conservar el socialismo?

Nosotros no pudimos resolver ese problema; primero la NEP se deformó hacia el stalinismo, después el estancamiento brieszhneviano acabó en el `yeltsinismo`.

¿Cómo evitar nuestros criminales errores? Me arriesgo a proponer no un consejo (tenemos poca base para dar consejos), sino una hipótesis.

- 0 - 0 - 0 -

- 0 - 0 - 0 -

La segunda lección del derrumbe de la URSS consiste, desde mi punto de vista, en que buscamos los fundamentos del éxito del socialismo allí dónde no se debía. Vinculándolos a la propiedad estatal, a la planificación estatal, al poder de la cúpula del PCUS, en esencia (tanto en teoría como, principalmente, en la práctica), las bases reales del socialismo en la URSS fueron asfixiadas: la creatividad viva del pueblo (teóricamente yo la llamaría la `creatividad social asociada`), y la democracia de base (desde abajo) que se desarrolle hasta la auto-gestión. Las llaves para la victoria del socialismo no son la ausencia de poder ni la anarquía; no son la dictadura de la nomenclatura ni el totalitarismo ideológico, sino que son la auto-organización desde abajo y el poder popular.

Si amplias capas de ciudadanos, de hecho, participan constantemente en la contabilidad, en el control, en la toma de decisiones en todos los niveles (desde las brigadas y las distinciones honoríficas, hasta el país como un todo), incluyéndose en la actividad social de las organizaciones de mujeres, sindicales, etc., entonces ellas, en la práctica, se sentirán dueñas de su país y ese es el único antídoto contra la deformación pequeño-burguesa.

En relación con esto, no puedo no subrayar: no se puede crear y mantener el socialismo exclusivamente con ayuda del entusiasmo; pero **sin entusiasmo**, sin optimismo creativo, de la mayoría de los trabajadores, llenos de una alegre y vital energía de innovación social (la construcción de ciudades y la creación de nuevas formas de vida social), sin la inclusión masiva en la cultura, **el socialismo no puede ni nacer ni vivir**. Si existe este optimismo en la sociedad, nadie vencerá sus tendencias socialistas. Si esta energía se apaga, el socialismo se asfixia incluso en condiciones favorables.

Es más, el estar incluido en la co-creación conjunta de su vida (en asociaciones abiertas voluntarias y no formal-burocráticas, como en la URSS – lo que por cierto es especialmente importante) despierta en el hombre la atracción hacia la auténtica cultura, hacia la educación, genera la demarcación con relación a la cultura de masas (acoto entre paréntesis un aspecto muy importante: la cultura de masas es uno de los enemigos más peligrosos del socialismo, pero no se la puede prohibir; sólo se la puede expulsar por la vía (1) de la formación de una necesidad popular hacia la auténtica cultura (a través de la inclusión en la dirección, etc.) y (2) del apoyo socio-estatal a esa auténtica cultura, especialmente una actitud preocupada hacia todos los talentos, a los cuáles hay que querer y mimar como a un don de envergadura nacional.

La democracia y la autogestión de base (en el libro se detalla más el contenido de estos conceptos), el control y la contabilidad desde abajo, la ausencia de privilegios y de ventajas en la dirección del partido y del Estado son, junto con aquéllo, condiciones absolutamente necesarias (aunque no las únicas) para evitar la separación del poder con relación al pueblo y la traición por tal poder de la causa de la construcción del socialismo.

Finalmente, sólo la creación social asociada (la posibilidad de una autorealización en una gran causa, democrática y voluntariamente organizada, que exige además un alto nivel de cultura y que proporciona respeto general por parte del pueblo, puede crear en la juventud el interés en la continuación de las transformaciones socialistas, conformar la inmunidad contra el consumismo y el acaparamiento.

- 0 - 0 - 0 -

- 0 - 0 - 0 -

La tercera lección del colapso de la URSS está vinculada del modo más inmediato con las dos primeras: la creación social puede convertirse en una antítesis de la deformación pequeño burguesa, sin tornarse en una dictadura stalinista, en tarjetas de racionamiento y en una subordinación extra-económica (del tipo de los Gulags, de la colectivización forzada, de la inscripción obligatoria, etc) de los trabajadores, sólo cuando se basa en una alta eficiencia de la economía. Es un axioma. La cuestión está en cómo garantizarlo. El reinado del neoliberalismo al final del siglo XX generó el fundamentalismo del mercado; los relativos éxitos de las reformas en China convirtieron a casi todos los partidarios del socialismo en partidarios del mercado.

La experiencia del sistema socialista mundial (especialmente en Polonia, Hungría y otros países) muestra, mientras tanto, que el mercado es un mecanismo económico que está lejos de ser indiferente a los objetivos sociales; constituye un sistema particular de relaciones sociales en mucho contrario a los valores socialistas (la competencia, el aislamiento y la “privatización” del hombre, el fetichismo de la mercancía y del dinero, la diferenciación social, etc.) y en sí mismo orgánicamente, debido a sus leyes internas, generador de capitalismo.

Al mismo tiempo, los mecanismos post-mercado de coordinación (desde la contabilidad y el control popular generalizado, hasta la planificación y la autogestión democráticas) pueden ser utilizados, como mostró nuestra experiencia, sólo allí y cuándo, dónde y en tanto haya para su desarrollo una base material y social suficiente; dónde y cuándo garanticen una mayor eficiencia económica, y principalmente, social. De lo contrario, se deforman en un centralismo burocrático y en un voluntarismo. El marchar por el filo de la navaja entre la deformación del mercado y el burocratismo del plan –he aquí la tarea que nosotros no pudimos resolver.

Habiendo comprendido que el mercado es sólo uno de los medios necesarios (hasta cierta medida)

-y, por cierto, muy peligroso (si se sobrepasa esa medida) – es extremadamente importante determinar los objetivos y las prioridades de la estrategia. La URSS sólo en los años 20 y a finales de los 50-principios de los 60 pudo “apresar en sus velas el viento de la historia”, apostando a un desarrollo aventajante (primero la electrificación y la revolución cultural, después la ciencia y la educación) orientado hacia una ofensiva en el tramo más avanzado.

Ahora tal tramo es el de las tecnologías informáticas y médico-microbiológicas y también la educación continua, orientada al desarrollo de las capacidades innovadoras del hombre. Puede ser que esto parezca una ilusión romántica, pero al autor, durante sus cortos encuentros en Cuba (a pesar de lo limitado de la información que obtuvo) le pareció que este país tiene una oportunidad de realizar semejante estrategia, esto es tanto más posible, cuánto que un salto hacia el futuro de nuestros camaradas cubanos, puede inspirar a una ayuda desinteresada a miles de científicos- en Rusia y en otros países- que simpatizan con el socialismo y estén dispuestos a usar su talento trabajando gratis o por centavos, pero para una causa realmente grandiosa.

Y tal ofensiva hacia el ámbito post-industrial (con toda su dificultad de realización) es, precisamente, casi la única oportunidad para los países de “la periferia” (y Rusia también , actualmente, se convierte aceleradamente en tal tipo de Estado), para escapar del ghetto del atraso; y para Cuba, de superar (aunque ello pueda parecerle paradójico a los no familiarizados con ella) el déficit de carne y de leche, de energía y de automóviles. Y sin librarse del déficit –lo repito una y otra vez- no es posible avanzar por el camino de la creación socialista.

- 0 – 0 – 0 -

- 0 – 0 – 0 -

Mucho, mucho, de lo que quisiera expresar para advertir a los amigos para que no tropiecen con el pedrusco que nos rompiera la cabeza, no debe ser objeto de tratamiento en un Prefacio. De todos modos no puedo no recordar dos aspectos más.

El primero: no es posible subvalorar el peligro del nacionalismo y del racismo. Esta plaga, casi inadvertible en condiciones normales, con la velocidad del rayo se transforma en una pandemia tan pronto como se debilita la inmunidad de la sociedad y la lucha enfocada contra ella. En condiciones de crisis de la sociedad el pancista relampagueamente se convierte en un racista nacionalista.

El segundo: el socialismo, a fines del siglo XX, perdió con el capitalismo incluso en el terreno de la teoría. Sin jugar hasta el final este “partido”; sin dar una explicación - suya - más precisa, más perspectiva, de las leyes del actual mundo global que las elaboradas por el liberalismo burgués y por el post-modernismo; sin repensar dialécticamente (de manera positiva, que conserve lo positivo) y criticando al Marxismo, sin crear una teoría del socialismo del siglo XXI, marcharemos como a ciegas, por el método de pruebas y errores y..... perderemos.

Y es aquí precisamente que Cuba –un país que no ha abjurado de las ideas del socialismo- pudiese desempeñar el papel de centro de atracción y de acumulación del trabajo teórico de los socialistas y comunistas del mundo, contribuyendo a nuestros diálogos teóricos con su autoridad como sociedad que lucha en la práctica por el socialismo.

- 0 – 0 – 0 -

- 0 – 0 – 0 -

Y por último: Esta edición y este Prefacio contienen algunas correcciones con relación a la edición rusa (1996) y a la japonesa (1998). Tengo la esperanza, repito, que ella esté dirigida a lectores no sólo de Cuba, sino también de España y de los países de América Latina –decenas de países donde es bastante intenso el movimiento de izquierdas. Si este libro, aunque sea en algo, muestra ser útil, interesante para ustedes, les provoca a polemizar, el autor estaría verdaderamente feliz.

Espero vuestras críticas y observaciones.

Guanabo (Cuba) Enero 20 del 2000.

EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

ÍNDICE

<i>Al lector</i>	7
1. La crisis de la práctica y de la teoría del socialismo	7
2. El futuro comunista está naciendo hoy	9
2.1. <i>El comienzo del tercer milenio y las premisas del comunismo: la humanidad en el camino hacia una nueva cualidad de la producción social</i>	10
2.2. <i>El comienzo del tercer milenio y las premisas del comunismo: las contradicciones de la enajenación y las perspectivas de la liberación del trabajo</i>	13
2.3. <i>El comienzo del tercer milenio y las premisas del comunismo: la globalización de las contradicciones de la comunidad mundial y las premisas de un nuevo internacionalismo</i>	18
2.4. <i>El comienzo del tercer milenio: los rasgos básicos del comunismo naciente</i>	20
3. El socialismo: contradicciones, fuerzas motrices y estrategia de transformación	26
3.1. <i>El socialismo como época de transición</i>	26
3.2. <i>La base social y las fuerzas motrices de las transformaciones socialistas</i>	31
3.3. <i>La estrategia de las transformaciones socialistas: tareas y medios para su solución</i>	39
4. Rusia en el mundo del pos-“socialismo”: las condiciones objetivas y las estrategias de lucha por el socialismo	46
4.1 <i>Desde el socialismo mutante hacia el capitalismo mutante: la esencia y el contexto global de las transformaciones en los países post-“socialistas”</i>	46
4.2. <i>Rusia: lo específico de los procesos de transformación y los escenarios del futuro</i>	53
4.3. <i>La izquierda democrática en Rusia: orientaciones programáticas</i>	61
4.4. <i>La tipologización de las fuerzas de izquierda en Rusia y las tareas inmediatas de los partidarios de la renovación comunista</i>	64

AL LECTOR.

El texto que tiene ahora Usted en las manos se presta con dificultad a ser clasificado genéricamente de modo unívoco. Quizás su definición más certera sea la de un texto programático-ideológico. De ahí la ausencia de un análisis crítico de los trabajos de predecesores y de colegas, del aparatage tradicional de las investigaciones científicas, etc.

Sin embargo, quisiera subrayar que este trabajo nació en el diálogo con mis amigos, camaradas y colegas – P. Abovin-Egides (ya ido de entre nosotros), L. Bulavka, M. Voei-kov, M. Gretski, N. Zlobin, S. Novikov, A.

Prigarín, B. Slavín, A. Sorokin, G. Jazanov, y también con Jeremy Lester y Ernest Mandel. A todos les expreso mi enorme gratitud.

En los últimos años ha aparecido en nuestro país un conjunto numeroso de trabajos con carácter programático. Al presente trabajo lo distingue, quizás, sólo la circunstancia de que expresa en forma concentrada una serie de conclusiones teóricas (académicas, si se quiere) provenientes de los trabajos del autor y de su colega A. I. Kolganov, quién tomó parte directa en la elaboración de los planteamientos principales de este material; y también lo distingue el hecho de estar dirigido a unos lectores bastante definidos: a aquéllos que aprecian los valores de la democracia y del socialismo, que buscan vías de renovación de la teoría comunista y socialista, que participan en la actividad de la asociación internacional “Científicos por la democracia y el socialismo”; a quiénes posiblemente, quisieran colaborar y debatir con nosotros en lo futuro.

Este trabajo está lejos de ser un tratado cerrado. Antes bien es un objeto para la crítica, la base para un futuro libro con fundamentos; es uno de los resultados parciales de largas búsquedas de una nueva teoría y una nueva estrategia para el movimiento comunista en vísperas del siglo XXI, que continúa una serie de publicaciones previas (La tragedia del socialismo /Moscú, 1992/; El cuervo blanco /Moscú, 1993/; El siglo XXI: el renacimiento del socialismo /Moscú, 1993/; El socialismo: lecciones de la crisis / en la revista “Alternativas”, 1994, No. 2/).

Sin pretender un juicio definitivo, el autor sólo adelanta hipótesis y formula interrogantes, con el deseo de aportar la cuota de que sea capaz a la solución de los problemas vinculados con la actual crisis del Sistema socialista mundial (SSM); asimismo, invita al lector a polemizar con él, al diálogo, y recibirá complacido cualquier observación crítica, especialmente si provienen de parte de aquéllos para quiénes (como para él mismo) el movimiento comunista no es sólo un objeto de estudio, sino la cuestión principal de la vida.

■ LA CRISIS DE LA PRÁCTICA Y DE LA TEORÍA DEL SOCIALISMO.

El último siglo del segundo milenio, particularmente los cambios globales de finales de siglo, evidenciaron toda la profundidad de las contradicciones del socialismo como práctica y como teoría. Y al mismo tiempo, toda la historia del siglo XX es la historia de las agónicas búsquedas de una alternativa socialista para el mundo viejo.

El socialismo y su crisis son fenómenos de la práctica social del siglo XX de la mayor importancia: desde las revoluciones socialistas de comienzos de siglo hasta la primera experiencia masiva de transformaciones socialistas en Rusia, el movimiento masivo de trabajadores y nacional liberador, la expansión explosiva del “socialismo” en los 50’s y 60’s, el estancamiento en los 70’s y hasta la crisis global (pero no el derrumbe generalizado) bordeando los 90’s. La salida de la primera guerra mundial y la victoria en la segunda, el primer hombre al cosmos y los millones de gentes intentando de modo autónomo, en los hechos, crear una sociedad nueva –todo ello es la práctica del socialismo. Cientos de miles de amordazados en los GULAGs, la transformación de millones de ciudadanos en semi-siervos en la URSS en los años 30 y por muchos años posteriores, la liquidación física de eminentes científicos y activistas sociales - todo ello es también la práctica del “socialismo”. Y como culminación, la agonía breshneviana y el fin sin gloria tanto de la URSS como del “sistema socialista mundial”. Actualmente sólo las mutaciones del socialismo (de mercado –en China y en VietNam, totalitario – en Corea del Norte), pero también los intentos de escapar de la crisis sistemática en Cuba, junto al debilitamiento cualitativo (en comparación con la situación de mediados de siglo) de los partidos comunistas y socialistas, nos recuerdan los intentos de lograr en el siglo XXI el reinado del socialismo en el planeta Tierra. Pero, ¿es esto el final del socialismo como movimiento

social real?

El socialismo y su crisis son un fenómeno de la mayor importancia en el pensamiento social del siglo XX. La búsqueda de un modelo teórico para sobrepasar la enajenación, la explotación, la injusticia, pudiese ser casi el nervio principal de la vida espiritual de la vida del siglo: desde las generalizaciones semiempíricas de la experiencia de lucha de Lenin y de Kautsky hasta las meditaciones abstractas de Gramsci y Sartre, desde el alzamiento inspirado del Ché Guevara hasta la no violencia de Ghandi. Y junto a ello, el dogmatismo y el terror intelectual zhdanovianos y suslovianos, el estancamiento en la vida teórica de la mayoría de los partidos comunistas y socialistas de Occidente y, al final del siglo, el creciente retraso intelectual de la izquierda en el debate explícito e implícito con el pensamiento burgués.

En efecto, la experiencia del siglo XX demostró lo siguiente: las versiones existentes del socialismo, a pesar de sus éxitos temporales (incluso los que se midieron por decenios) no son capaces de solucionar, ni en la práctica ni en lo teórico, las tareas de la transición desde la sociedad capitalista hacia una sociedad socialista más eficiente, más justa y humana, más democrática que la capitalista. Esto, junto al desmoronamiento del “sistema socialista” y al debilitamiento de la izquierda en todo el mundo, son los testimonios más importantes de la profunda crisis de la práctica del socialismo a finales del siglo XX. Pero no es la quiebra, sino precisamente una crisis, pues hoy tenemos el potencial para su superación: tanto en el sentido negativo de una superación de las mutaciones del “socialismo real”, como en el sentido positivo, que requiere ser meditado, de la invaluable, heroica y trágica experiencia de lucha por las transformaciones socialistas.

Una nueva teoría y una nueva estrategia nos son tan necesarias como el aire para la superación de la crisis sistémica del socialismo. Es un hecho la ausencia de ideas de izquierda realmente nuevas, dignas de responder a los retos del tercer milenio; ideas comparables por su escala y profundidad con los logros teóricos del marxismo del siglo XIX y comienzos del XX. El pensamiento actual de la izquierda es poco capaz de conformar desplazamientos cualitativos en el mundo contemporáneo y de dar una fundamentación científica a una nueva estrategia de las fuerzas socialistas, lo que constituye un testimonio de la crisis del socialismo como teoría, pero no de su “quiebra”. Los teóricos del movimiento de izquierdas, tanto en las cárceles como en las universidades, han acumulado un número suficiente de hipótesis para llevar a cabo una ruptura intelectual hacia el futuro. Se trata de que hay que ocuparse de “lo pequeño”: con la voluntad y el talento de los teóricos y de los prácticos del nuevo movimiento socialista de masas.

La superación de la crisis del socialismo en vísperas del tercer milenio exige de nosotros una crítica dialéctica, la indagación de los logros del pasado, lo que nos permitirá dar otro paso más en la búsqueda de una nueva teoría y una nueva práctica de las transformaciones socialistas y comunistas.

Debemos hallar *nuevas respuestas para las viejas preguntas*. ¿En qué consiste la esencia de la crisis de la sociedad burguesa contemporánea y cuáles son ahora las premisas objetivas y subjetivas del socialismo? ¿Es la revolución o la reforma la vía óptima hacia la nueva sociedad? ¿Es posible el avance de un sólo país hacia el socialismo? ¿Es el mercado o la planificación democrática la clave hacia la sociedad nueva? ¿Cuál es la fuerza motriz principal de las transformaciones socialistas? ¿Sigue siendo esa fuerza la clase de los obreros asalariados? Pero, para ello, aunque parezca paradójico, las preguntas mismas deben variar. Si no lo hacen, reproduciremos las frágiles discusiones, que gozan de una antigüedad de casi medio siglo, entre stalinistas, social-demócratas, trotskistas, y los “de la nueva izquierda”, convertidos todos en ancianos... Por lo consiguiente, nos son necesarias también *nuevas interrogantes*; en otras palabras, nos es necesaria una nueva teoría, que fundamente una estrategia, *un programa-mínimo* de los socialistas y comunistas para los primeros decenios del siglo XXI.

A los socialistas y comunistas de hoy en Rusia y en otros países sometidos a la hegemonía global del capital del siglo XXI, también nos hace falta *un programa-mínimo*, capaz de expresar, en el futuro más inmediato, los intereses más cardinales de los trabajadores; “que los agarre en carne viva”, los despierte de su letargo, les disipe sus esperanzas en “el buen zar”, les inculque fé en sus propias fuerzas. Pero para ello lo que hace falta no es el conjunto de promesas de turno (elijanos hoy, y mañana nosotros, habiendo recibido el poder, les derramaremos encima el maná celestial), sino una respuesta concreta a las cuestiones de qué, y aún más importante, cómo, pueden y deben ellos hacer por sí mismos para defender sus propios intereses económicos, sociales y políticos, sus valores éticos e ideológicos. Es necesario que comprendamos cómo

deben variar las condiciones objetivas, qué deben hacer los partidarios del socialismo para que tal planteo de la cuestión encuentre eco en los trabajadores mismos y, aún más, sea iniciado por ellos mismos.

Hoy nos hace falta *una organización* que sea capaz de unir el trabajo teórico de búsqueda de una nueva estrategia, con el trabajo práctico de cada día en apoyo a los gérmenes de autoorganización de los trabajadores y ciudadanos, de su lucha por las transformaciones socialistas.

¿Tiene la izquierda para ello suficiente potencial humano, intelectual, material? Esta pregunta puede ser respondida sólo por un análisis serio de las lecciones de la lucha internacional por el socialismo, por la integración crítica de los logros de la teoría mundial del socialismo y, principalmente, por la práctica del trabajo y de la lucha de los socialistas y los comunistas de Rusia y de otros países.

Nosotros, los científicos, podemos y debemos llevar a cabo tal análisis, que señale las posibilidades y las dificultades objetivas del nacimiento del nuevo movimiento socialista y comunista, que muestre los contornos posibles de sus programas -tanto estratégicos como tácticos- en los inicios del siglo XXI.

Es esta una tarea fundamental y compleja; sin pretender su solución definitiva, nos incluimos en la búsqueda internacional, dando un paso por ese camino, articulando en nuestras tesis aquello que puede y debe ser mantenido de los logros del pasado, proponiendo nuevas hipótesis para la discusión.

■ EL FUTURO COMUNISTA NACE HOY.

El hito del paso del siglo XX al XXI, habiendo colocado a la humanidad al borde de las catástrofes nuclear y ecológica, habiéndola engañado con los logros de la revolución científico-técnica y habiéndola hecho toparse con las realidades de las continuas “guerras locales”, habiendo generado movimientos de masa democráticos y socialistas, obligó a la izquierda a mirar de manera distinta la escala del tránsito hacia la nueva sociedad. No simplemente como la sustitución de la sociedad capitalista por la socialista, sino, como predijera Marx, *el tránsito desde el mundo de la enajenación, “del reino de la necesidad”, basado en el dominio de la producción material y en la explotación multifacética del hombre, al “reino de la libertad” – al mundo de la cultura, del trabajo creador, del desarrollo libre y armónico de la personalidad, o sea, a la sociedad comunista - tal es la auténtica escala de los problemas que tenemos por delante.*

¿Cuál puede y debe ser la estrategia de la izquierda, de los que dan los primeros pasos para la solución de esta tarea? No es posible responder esta interrogante si no comprendemos cuáles son precisamente las contradicciones del mundo contemporáneo que no puede resolver esta hegemonía global **del capital financiero** – un capital unificado en gigantescas (por la escala de la producción, que es del orden casi a la de países no grandes) corporaciones transnacionales (CT), tramado con las corporaciones estatales que han generado la OTAN, el Fondo Monetario Internacional (FMI), etc. Precisamente a este capital el autor lo denominará ‘corporativo’, **post-clásico, tardío**. Habiendo comprendido las contradicciones de **ese** capitalismo, de toda la época de la “pre-historia” (“el reino de la necesidad económica”), comprenderemos al capitalismo y cuáles son las premisas materiales del futuro comunista.

Comunista, precisamente, pues, por paradójico que parezca, son los cambios cualitativos con características de principios –permitiendo superar las contradicciones de la época contemporánea- los que, como regla, se ven con más precisión que los caminos concretos, que la estrategia y más aún, que la táctica de las transformaciones futuras. Así sucedió con los más importantes anhelos de los socialistas del siglo XIX: la jornada de trabajo de 8 horas, la seguridad social, el derecho universal al sufragio y la libertad de acción de las organizaciones de masa de los trabajadores, el desmoronamiento del sistema colonial y muchos otros valores abstractos fundamentales, los “sueños” de aquella época, se convirtieron, en una u otra medida, en unas u otras formas, en las realidades del siglo XX. Pero en cuánto a las cuestiones del ‘cómo’, del ‘dónde’, del ‘en cuáles formas’ precisamente todo ello aconteció– aquí las diferencias con relación a los pronósticos que se hicieron entonces han resultado ser numerosas.

Precisamente por eso nuestra tarea primera es la definición de aquellas condiciones objetivas que hacen posible y necesario el nacimiento de una nueva sociedad que “elida” (es decir, que niegue y herede dialécticamente) la pre-historia de la humanidad.

■ El comienzo del tercer milenio y las premisas del comunismo: la humanidad en el camino hacia una nueva cualidad de la producción social.

El límite entre los siglos XX-XXI arrojó luz plena sobre el inicio de cambios cualitativos en la vida social de la humanidad: el nacimiento de la sociedad “post-industrial” (informacional e incluso “post-económica”); de la “revolución del hombre”; de la génesis de “la noosfera” (o, como mínimo, del “desarrollo sostenible”). Desde diversos ángulos el pensamiento social se acerca a la comprensión de este hecho. Estamos en el umbral de un salto hacia una nueva cualidad de la vida social y aquellos países y pueblos, aquellos sistemas sociales que no sean capaces de llevarlo a vías de efecto, se hallarán en camino del estancamiento.

¿Cuáles son, entonces, aquellos cambios en el contenido del trabajo, en la estructura de la producción social, en el “factor hombre” del progreso, en las relaciones entre la sociedad y la naturaleza, que tornan posible y necesaria la superación de las fronteras de la sociedad actual, que conforman *las premisas tecnológico-materiales del comunismo*?

Hoy podemos afirmar que la más importante de dichas premisas no consiste simplemente en el crecimiento de la socialización del trabajo y de su productividad. La producción industrial, que subordina el hombre a la máquina; la concentración y la especialización de la producción, que conserva la anterior subordinación del hombre a la división social del trabajo – todo ello es una base adecuada para la explotación capitalista, que genera una protesta masiva contra la misma, pero que no es suficiente para el desarrollo de una sociedad nueva sobre un base material adecuada a ella. Esta situación es análoga a la vinculada a cómo el trabajo predominantemente manual –agrario y artesanal- fué la base de la sujeción extra-económica, que dio lugar a una protesta masiva en su contra pero sólo para proporcionar la posibilidad de nacimiento de las relaciones burguesas, cuya victoria llegaría sólo con la revolución industrial.

Como resultado, fuimos testigos de “*la trampa del siglo XX*”: maduramos para protestar contra el mundo de la enajenación (y, en particular, del capitalismo), que transformara al hombre en esclavo de las corporaciones, del dinero, de la burocracia, de la cultura de masas. Pero la mayoría no estaba preparada aún para la creatividad autónoma de una sociedad comunista que sobrepasara las contradicciones de la enajenación. Al mismo tiempo, durante ese mismo siglo XX, comenzaron a conformarse *las premisas para la sueración de esta “trampa”*.

La *primera* – y la más importante de ellas- *es la transformación de la actividad creativa, de la innovación, del potencial humano, en el factor más importante del progreso*. Los procesos de socialización del trabajo y del crecimiento de su productividad, descritos ya en los trabajos marxistas clásicos, condujeron al nacimiento *de una nueva cualidad de la actividad social*. (Marx, en algún momento, llamó a esto “la liquidación del trabajo”). Los componentes de esta nueva cualidad ya han sido hace tiempo predichos, y ahora son confirmados por la práctica.

Cambia el contenido del trabajo: tiene lugar, por parte de la actividad creadora, el desplazamiento gradual del trabajo reproductivo industrial del hombre como apéndice de la máquina. A diferencia del trabajo “ordinario”, cuyo fin y motivo es el producto, la creatividad es por sí misma, como proceso, el fin y el estímulo; su contenido (a diferencia del trabajo ordinario) no es enajenable, sólo es enajenable el producto material. Precisamente por ello, la creatividad, por su contenido, es adecuada al orden social comunista, que rebase la enajenación. Esta actividad creadora, en el límite hacia el siglo XXI, tiene que ver con un círculo cada vez mayor de gente: el trabajador-innovador, el ingeniero de pesquias, el programador, el maestro, el médico, el científico, el artista, el bibliotecario, el formador en los jardines de la infancia, la actividad del autogestionador local, del movimiento feminista y ecológico y millones de creadores “de fila” análogos a ellos, se convierten en la riqueza y en la fuerza motriz principales del progreso social. Tal actividad creativa de accesibilidad generalizada, se torna, repito, precisamente la base del futuro, que ya nace hoy.

Cambia la naturaleza de los medios de producción, del objeto y de los resultados del trabajo; hoy, la información, las riquezas culturales y naturales forman parte de todo ello. Recursos cualitativamente nuevos resultan ser los más significativos para el progreso; ya no, como antes, los recursos masivos, reproducibles y

limitados (el metal y las maquinarias, la ropa y los alimentos), sino recursos generalizados y, al mismo tiempo, únicos (las ideas nuevas, el `saber como´ -know how, la biogeocenosis, etc.). Estos productos (riquezas) no pueden ser reproducidos; sólo se puede sacar copias de ellos, como su portador material.

Cambia la estructura de la producción social. Las esferas donde se lleva a cabo la creación en el sentido amplio de la palabra –la educación y la formación, la ciencia y el arte, el cuidado y la educación de la salud, la creatividad e innovación social- se tornan el factor dominante, principal, del progreso, en lugar de las esferas donde se producen bienes materiales, utilitarios. Tales esferas de la creación son accesibles a todos, desde al adolescente, generando la autodirección escolar, al trabajador que busca nuevas formas de organización del trabajo, hasta al gran científico o activista social que sacude, como hizo Lenin, las bases de la vida de generaciones completas.

La *segunda* premisa de la superación de “la trampa del siglo XX” es consecuencia directa del cambio en la cualidad de la actividad social: *un nuevo tipo de personalidad –el homo creator, el hombre creativo, que ama y sabe crear un mundo nuevo- sustituye al homo economicus racional*, cuyos fines y estímulos laborales están subordinados a consideraciones de provecho, de maximización de la riqueza monetaria o en bienes.

Analizando al homo creator solamente como un recurso del progreso, es decir, dejando a un lado temporalmente su aspecto más importante: el hombre, su creatividad como fin del desarrollo social, es necesario subrayar que su trabajo posee una mayor productividad. Al mismo tiempo, para el homo creator, estímulos y riquezas tales como el contenido creador del trabajo, el aumento del tiempo libre, relaciones no enajenadas en el colectivo y todos los demás componentes de un desarrollo libre, armónico y multilateral de la personalidad, se van convirtiendo, gradualmente, en lo principal. La riqueza en bienes no es más, en este caso, que una premisa necesaria para el trabajo, el trato interpersonal, el descanso creativos. (Las contradicciones y los problemas de esta transformación son descritos de manera muy viva y característica por A. y B. Strugatski, en su novela “Las fieras cosas del siglo”, y por I. Efremov en “La Chase del Toro”.

La *tercera* premisa se crea en el proceso de nacimiento de un nuevo tipo de relaciones entre el hombre y la naturaleza: *la biogeoesfera se transforma, de una fuente de materia prima en una riqueza cultural, cuyo cuidado y reproducción se tornan una función importantísima de la sociedad y condición de su progreso*. Ya al final del siglo XX la humanidad chocó con la necesidad –y adquirió la posibilidad- de la transición desde la absorción depredadora de los recursos naturales hacia *un tipo de desarrollo no oesférico* (la re-creación regulada de un equilibrio del medio natural como riqueza cultural, la reproducción dirigida a fines de la biogeocenosis con ayuda del hombre). Un modelo de un desarrollo sostenible, elaborado bastante en detalles, puede ser escogido en calidad de forma transicional.

La *cuarta* premisa de las transformaciones comunistas, la cual era “olvidada”, como costumbre, en las teorías marxistas dogmáticas es *la riqueza cultural acumulada por la humanidad hacia el comienzo del tercer milenio*. La cultura, como el mundo de la actividad creadora del hombre (en la unidad de su proceso, resultados, premisas), coincide, en lo fundamental, con la esencia de la sociedad comunista (post-económica, sin clases, presuponiendo el desarrollo libre y armónico de la personalidad, dominio de la creación, con el trabajo convertido en una necesidad subjetiva).

En la actualidad, la cultura humana no solamente es rica como nunca antes lo fuera, sino también es potencialmente accesible en toda su riqueza al trabajador “de filas” (gracias al paso a la semana de 40 horas laborales, al marcado crecimiento del nivel de la educación masiva, al desarrollo de los medios modernos de comunicación, etc.). esto quiere decir que cada cuál que tenga el deseo de entrar en un diálogo con la cultura es potencialmente capaz de hacerlo, lo que es de extrema importancia, pues sin incluirse en ese diálogo el hombre no puede convertirse en sujeto ni del trabajo creador, ni de la creación social, es decir, se encontrará apartado de la participación consciente en las transformaciones comunistas. Al mismo tiempo, esta posibilidad potencial no podrá convertirse en realidad para la masa de trabajadores mientras se conserve el hegemonismo espiritual del capital corporativo; ante todo, la hegemonía de la cultura de masas reproductora del consumismo espiritual y de la cultura “elitista” reproductora de la enajenación de la mayoría de los miembros de la sociedad con relación a la creatividad.

De este modo, *la nueva sociedad debe dar respuesta a los “retos” del III-er milenio: garantizar un*

avance –gradual, no lineal, pero indefectible- de la humanidad hacia el dominio de un mundo de la cultura, de la creación, que sea accesible a todos; hacia un mundo en que la sociedad sea la responsable por la reproducción de la naturaleza. La sociedad industrial orientada al crecimiento de la riqueza cosificada está agotando su potencial. Si se quiere, constituye la premisa material, tecnológica del nacimiento de una sociedad comunista.

La experiencia del siglo XX demostró que ni el “capitalismo post-clásico”, ni el “socialismo real”, pueden realizar esta super-tarea, aunque ambos sistemas muestran (aunque sea de un modo deformado) que la misma *puede* ser realizada.

En efecto, el capitalismo post-clásico garantiza el crecimiento de la productividad del trabajo, de la educación, la utilización de los logros de la nueva ola de la Revolución Científico-Técnica (RCT) e incluso la solución parcial de los problemas ecológicos. Pero ello sucede solamente en los países desarrollados y en algunos países neo-industrializados, aunque de modo irracional. En esta sociedad se gastan enormes recursos en una esfera que puede denominarse “el sector perverso”, dónde, expresándonos filosóficamente, se crean sólo formas sociales perversas (como, por ejemplo, la maquinaria financiera), pero no se crean bienes materiales y riquezas culturales que sirvan al desarrollo armónico de la personalidad. Otros ejemplos serían el aparato burocrático del Estado y de las corporaciones, el gigantesco “tumor” del capital comercial-financiero y otras esferas análogas, que no sólo absorben la mitad de los recursos materiales y financieros, sino también decenas de millones de los trabajadores más calificados. Al hombre lo esclaviza el consumismo y la cultura de masas; el 20% de la población de la Tierra consume el 80% de todos los recursos naturales.... Y, al lado suyo, tres cuartos de la humanidad viven en un basurero ecológico en condiciones de miseria.

El “socialismo real”, habiendo demostrado el potencial de la creatividad y el entusiasmo de masas, las posibilidades de una auténtica revolución cultural, las ventajas de los programas a largo plazo para una irrupción hacia las direcciones de avanzada del desarrollo tecnológico, asfixió él mismo estos logros. La burocracia los subordinó a sus propios fines e intereses, enrumbándolos primordialmente a objetivos militares. En definitiva, el “socialismo real” no habiendo garantizado la utilización de los logros de la nueva ola de la RCT, arribó al derrumbe en la mayoría de los casos (con relación a la cuestión de los destinos del socialismo en China, en Viet-Nam y en Cuba el autor expone su posición en un momento posterior).

El mundo, en un momento dado, a finales del siglo XIX, se acercó – según la certera definición de F. Engels- a un nivel de desarrollo que garantizaría, sin la participación del capital, *la posibilidad* de la satisfacción de las necesidades utilitarias de los trabajadores y el progreso de la producción de los países industrializados; es decir, a la posibilidad potencial de transformaciones socialistas (análogas a la posibilidad de las transformaciones capitalistas en una serie de países en la época del Renacimiento). Actualmente, a finales del siglo XX, el nivel del desarrollo tecnológico mundial y el volumen de la riqueza social son suficientes (a condición de renunciar a su utilización irracional) no solamente para satisfacer las necesidades utilitarias de la mayoría de la población del planeta, sino también para que por delante marchen el desarrollo de la cultura, de las tecnologías de avanzada, ecológicamente limpias, etc. (tales condiciones son análogas a las posibilidades del progreso para una sociedad burguesa a comienzos de la Revolución Industrial).

De modo que el gozne entre los siglos XX/XXI es un periodo de crecimiento *de las contradicciones fundamentales*: en uno de sus polos está la necesidad y la posibilidad objetivas de un “irrupción” de la humanidad hacia un mundo donde dominarán esferas nuevas de la actividad vital humana, que garantizan el crecimiento del potencial creador del hombre y la reproducción de la naturaleza como una riqueza cultural; en el otro polo, un sistema de relaciones del capitalismo corporativo, que impone formas y resultados irracionales a ese proceso objetivo. La solución de esta contradicción es *la puesta en libertad de las premisas material-tecnológicas para ese avance hacia una nueva sociedad del trabajo, del hombre, de relaciones armónicas entre la sociedad y la naturaleza y el tránsito al dominio del trabajo creativo y a un tipo de desarrollo no-esférico: la primera tarea histórica de la transformaciones comunistas*, que no pudieron y no podrán resolver ni el capitalismo post-clásico ni el socialismo “real”.

Por ese camino, la sociedad futura deberá resolver también el tradicional problema del ulterior crecimiento de la productividad del trabajo, pero primordialmente a cuenta del crecimiento de la calificación y del potencial innovador de los trabajadores, de la revolución cultural (“humana”) y ecológica, del desarrollo de tecnologías ecológicamente limpias de avanzada. Pero aún más complejo será un corrimiento

estructural radical: si el último siglo permitió llevar el sector agrario de los países desarrollados hasta un 5-10% de la población, entonces la tarea de los decenios futuros será la de reducir radicalmente el número de ocupados y el volumen de recursos utilizados en la producción material; y la sociedad futura tendrá que hacer esto, por cierto, no a costa de continuar la actual tendencia irracional de crecimiento del sector primario (sector I), del militarismo, del parasitismo de la “sociedad de consumo”. La tarea de las transformaciones comunistas es el desarrollo prioritario de las esferas que garanticen el crecimiento creador del hombre: la educación y la salud, la ciencia y el arte, la creación e innovación, el trato social y la formación cívico-moral. Su progreso podrá cambiar cualitativamente el perfil -y disminuir significativamente el peso específico- de la producción material; como, hace un siglo, el progreso de la industria cambió radicalmente el perfil -y disminuyó el peso específico- de la agricultura. Sobre esta base se tornarán factibles una nueva cualidad del trabajo, del hombre, de las relaciones entre la sociedad y la naturaleza.

Pero para que estos desplazamientos cualitativos en la base material-tecnológica se tornen una realidad, es necesario el desarrollo de nuevas relaciones sociales.

■ El comienzo del III-er milenio y las premisas del comunismo: las contradicciones de la enajenación y las perspectivas de la liberación del trabajo.

¿Cuáles son precisamente las nuevas relaciones que pueden y deben nacer en el umbral del nuevo milenio? ¿Existen las premisas y las condiciones para tales cambios? ¿Cuáles son las tendencias realmente posibles, objetivamente condicionadas, para la génesis de tales relaciones? ¿Cuáles contradicciones del mundo actual deben ser resueltas para que el nacimiento de tales relaciones sociales, cualitativamente nuevas, se convierta en realidad? Tales son las preguntas a las que podemos y debemos buscar respuesta.

La clave para estas preguntas es *el hecho del gradual agotamiento del potencial de desarrollo progresivo por parte del mundo de la enajenación*. No sólo la formación capitalista, sino que toda la “pre-historia”, el “reino de la necesidad”, han sido y todavía son, el mundo de la enajenación.

La enajenación es un mundo en que las fuerzas esenciales del hombre, su trabajo, los productos creados por él, su potencial de ser el creador de su vida, de la historia, son “usurpadas” por el sistema social que lo domina y se tornan “ajenas”, constituyendo un factor que domina sobre él. Un mundo en el cual el hombre sigue siendo “esclavo” de la división del trabajo, de la máquina, de la correa transmisora “sin fin”; un mundo en el cual era y sigue siendo schepkoi en un mundo de violencia que toma formas cada vez más organizadas y cuya apoteosis son las guerras mundiales y locales; un mundo en el cual su vida y sus sueños están subordinados al fetiche del dinero y en donde su conciencia es manipulada por los maestros de la cultura de masas; un mundo en el cual era y sigue siendo un objeto de explotación en las más variadas maneras.

En el umbral del nuevo milenio el mundo conserva todo el arsenal de formas “primitivas” de enajenación. La violencia directa, la dominación extra-económica e incluso la esclavitud reproducen ahora regímenes semi-feudales en los países subdesarrollados y reproducen la mafia en los países desarrollados. La explotación económica con su día de trabajo no normado, con un salario de miseria y con un capital con superganancias son aún hoy en día las realidades para la mayoría de los trabajadores del “tercer” mundo y del “segundo” mundo; para los cientos de millones de habitantes de los estados “civilizados” que son expulsados más allá de los umbrales de la “sociedad de los 2/3 (de los dos tercios)”.

Pero en vísperas del nuevo siglo se conformaron también nuevos mecanismos de dominación sobre el hombre por parte del capital corporativo contemporáneo; mecanismos más refinados y más poderosos que antes. La explotación capitalista clásica de los trabajadores asalariados, característica para el siglo XIX, cambió sustancialmente su apariencia, atravesó un largo camino de autonegación y de autoreforma, sin salir más allá de los límites de la sociedad burguesa de mercado. *Hacia finales del siglo XX se conformó un efectivo sistema integral de hegemonía del capital corporativo*, de supeditación del hombre, de su trabajo, de su vida social y personal, de su mundo espiritual.

En la producción, esta hegemonía articula el sistema de explotación capitalista del trabajador asalariado y las formas contemporáneas de subordinación del hombre a la jerarquía corporativa, con la

participación parcial de los trabajadores en la propiedad, en la dirección, en la organización del trabajo, garantizando de esta manera la apropiación no sólo del trabajo, sino también del potencial innovativo de los trabajadores. Al mismo tiempo, este sistema reproduce a un trabajador cada vez más calificado, que tiene la posibilidad de obtener la experiencia de participación en la dirección, así como de adquirir otros hábitos, necesarios para la superación positiva, en el futuro, de la enajenación.

En la vida socio-económica el capital corporativo post-clásico no solamente conserva su dominio en total medida sobre el mercado (en particular sobre el mercado del fetichismo de la mercancía y del dinero, propio de la “sociedad de consumo”; del culto no sólo a la propiedad privada sino también al hombre privado; de la enajenación del hombre con relación a los otros hombres, a la sociedad y a sí mismo; generando, además, el “fundamentalismo del mercado”) y sobre el propio capital corporativo, sino que los vincula con un sistema variopinto de hegemonía institucional. El hombre, a cada paso, se halla subordinado a un complejo sistema de poder estatal, de las corporaciones, de las tradiciones –un sistema que se asume (junto al mercado, a la competencia, al culto del dinero y del “yo” particular, aislado de los demás) como condición de vida absolutamente natural, eterna e invariable.

La lucha organizada de masas contra ese poder es la antítesis de esa hegemonía del mercado y del dinero, de las corporaciones y del Estado del siglo XX. Los movimientos de trabajadores, de jóvenes, de ecologistas, de mujeres y otros, se tornaron una fuerza social poderosa, consiguieron desplazamientos significativos en el ámbito de la defensa de los intereses económicos, sociales y políticos de los trabajadores, del cuidado de la naturaleza, de la solución de los problemas de la educación, de la salud, de la emancipación de la mujer, etc.

La segunda mitad del siglo XX, en la esfera de las relaciones de poder y en la política, resultó emblemática por el reinado de la democracia representativa parlamentaria; un sistema en el cuál la influencia política real es proporcional a la magnitud del capital y del poder corporativo en la economía, dónde la fuerza real represiva y política se halla en las manos de la burocracia y (en mayor o menor medida según los diversos países) en las del crimen organizado. Al mismo tiempo, estos sistemas, garantizando un determinado mínimo de derechos y libertades democráticas, abren la posibilidad para la autoorganización de los trabajadores y de los ciudadanos, para la realización pacífica de algunas reformas sociales, para el temple de la “musculatura social”, del potencial de creatividad de los trabajadores.

La hegemonía del capital corporativo en la esfera espiritual, de modo igualmente multiforme y total, subordina al hombre, transformándolo en un conformista. Con vistas a ello es que funcionan los sistemas de formación y educación, que conforman los valores y los estándares consumistas del “hombre privado”; para ello funciona la “cultura de masas”, que enajena al hombre con relación al mundo de la creación artística; a ello van dirigidos también los medios de comunicación masiva, controlados por el capital corporativo, e incluso la autoconciencia y los intereses de la mayor parte de la intelectualidad, que reproduce de manera conformista ese mundo espiritual de la enajenación. Sin embargo, también en esa propia esfera existen logros tales como una cierta libertad de palabra, de conciencia, otros derechos del hombre, el progreso de la cultura (en toda su variedad de formas: desde la creación de los grandes pintores hasta la auténtica creación popular), que crean las premisas para una actividad social dirigida hacia la superación de esta hegemonía espiritual.

Durante casi todo el siglo XX el sistema de subordinación del hombre por parte del capital corporativo tuvo su “alter ego”: el mundo del “socialismo realmente existente”, dónde, en situación antagónicamente contradictoria, estaban tramados los retoños de la liberación social y una opresión burocrático-totalitaria del hombre.

El autodesmoronamiento –sujeto a regularidades- de ese sistema condujo a una hegemonía geopolítica casi absoluta del capital internacional, lo que se convierte en un factor de la más grande importancia para su dominación, en el cuál está larvada una escalada de la violencia internacional y la supeditación de $\frac{3}{4}$ de la humanidad al poder de la elite corporativa de los países desarrollados. Se oponen actualmente a esta hegemonía internacional solamente ciertos “archipiélagos” (China, por ejemplo) e “islas” (Cuba), que siguen una línea más o menos autónoma en el océano de la globalización; y, por cierto, las organizaciones de masas democráticas de trabajadores, de los luchadores por la paz, de los ecologistas, etc. Esta última es una antítesis por ahora débil, pero de perspectivas.

El factor principal que condiciona el camino irracional de utilización del enorme potencial económico y humano acumulado en el mundo hacia el final del siglo XX es esta hegemonía abarcadora del capital corporativo mundial, de sus instituciones nacionales (las maquinarias estatales, los ejércitos) e internacionales (como la OTAN, el FMI). *Las relaciones de enajenación, como un todo, y la hegemonía abarcadora del capital corporativo (que supedita a sí al hombre, su trabajo, su vida, sus capacidades), en particular, se oponen ahora a la posibilidad objetiva y a la necesidad de un tránsito hacia un tipo cualitativamente nuevo de producción social, en que prevalezca una actividad social creadora de tipo nooesférica.*

Pero el desarrollo y la utilización masiva de las capacidades innovadoras de los trabajadores, la prevalecencia de un contenido creador del trabajo permanecerán siendo un sueño mientras el hombre y su trabajo sean subordinados a la hegemonía económica, social, política y espiritual del capital corporativo. El tránsito hacia la prevalecencia del mundo de la cultura, hacia un desarrollo del tipo nooesférico, permanecerán como expresiones de deseo mientras la mayor parte de la riqueza social vaya a gastos militares, a maquinaciones financieras, a un supra-consumo parasitario: mientras el 80% de los recursos sea absorbido por el 20% de la población.

La segunda tarea histórica -en su importancia- de las transformaciones comunistas es la superación de estas limitaciones, “el cultivo” de nuevas relaciones sociales, necesarias para el progreso del trabajo creador, de un desarrollo del tipo nooesférico.

Para su solución la humanidad ha acumulado no pocas *premisas sociales* materiales.

La *primera* está relacionada con *una real socialización del proceso del trabajo* (subrayemos: la nacionalización no es una socialización real; más aún, no se la puede identificar con el crecimiento de la concentración y la especialización de la producción, pues, éste, como demostró la historia, tiene unos límites completamente definidos; lo esencial de la socialización real del trabajo es el crecimiento de la interrelación, de la interdependencia, de la integración de sus especies concretas, de sus eslabones productivos). El crecimiento no lineal de la socialización constituye una regularidad de la producción *industrial* (la sociedad post-industrial presupone el trabajo generalizado; por ejemplo, la actividad del trabajador-programador individual, vinculado a través de una red de computadoras con millones de colegas, no sólo en el espacio, por cierto, sino también en el tiempo). La socialización del trabajo en la producción industrial crea la *tendencia*, la aspiración, al logro de una proporcionalidad constante (con un dinamismo, una movilidad de las proporciones mismas) a costa del desarrollo de una regulación consciente, post-mercado, de las proporciones. Aunque, por otro lado, el proceso de socialización del trabajo crea sólo la premisa para tal regulación, la tendencia hacia su nacimiento.

La *segunda* premisa de las nuevas relaciones sociales (en particular de una regulación consciente, post-mercado) es *el proceso de asociación de los trabajadores*. Los componentes más importantes de este proceso son: el crecimiento de la movilidad social, profesional, territorial, de la población; la unificación de la población en uniones clasistas, profesionales (sindicales), y de otro tipo, para la defensa autónoma y conjunta de sus intereses; el logro de una libertad “negativa” (con relación a la sujeción extra-económica, a la dependencia personal) y de una “libertad” con relación a la propiedad privada sobre los medios de producción.

El proceso de asociación se reviste de su contenido adecuado cuando las asociaciones **voluntarias, libres, que realmente “trabajan”**, se tornan el vínculo social principal de los trabajadores, de los ciudadanos. En ellas, a la gente las une la iniciativa personal propia, sus intereses, su actividad social y no una fuerza externa (la burocracia, el capital). Esta unión, “por definición”, es abierta, voluntaria y libre; en ella puede ingresar todo aquél que quiera *trabajar* voluntaria y gratuitamente, participando en la actividad de la unión profesional (sindicato), ecológica, para la realización conjunta o la defensa de sus propios intereses (o de los de sus compañeros); las formas y los métodos de la actividad social de las asociaciones son flexibles y elásticos, están subordinados al contenido del problema a resolver y no a los intereses del subsistema de dirección (a la burocracia).

La asociación libre de *las personas* niega, “remueve”, el poder del dinero, del capital, de la burocracia, como mecanismos de unificación y de interacción de la gente. Como ejemplos de la génesis (naturalmente, en formas transicionales, que incluyen elementos de burocratismo, de mercado, de poder del

capital) de tales asociaciones en el mundo burgués se puede mencionar a los sindicatos, a los movimientos ecológicos, femeninos, juveniles, a las asociaciones que desempeñan las funciones de autodirección productiva y territorial, a los frentes populares, etc.

El proceso de asociación, en las condiciones del “reino de la necesidad”, nunca puede alcanzar la universalidad (la autogestión social), puesto que se desarrolla preferentemente de dos maneras: (1) en formas transicionales perversas (que deforman su contenido) de corporación y de otras estructuras burocráticas (una “colectividad imaginaria”), ampliamente utilizadas por el capital y que han sido utilizadas por “el socialismo realmente existente” y (2) en formas de movimientos de masas democráticos, nacientes, reformistas y de igual manera transicionales, pero “puros”, adecuados a la naturaleza de la futura sociedad.

En la medida en que los procesos de socialización real del proceso del trabajo y de la asociación de los participantes en la producción no sean culminados, el mercado permanecerá siendo el mecanismo dominante, sólo que complementado por una regulación consciente, y los intentos de una planificación generalizada central conducirán, indefectiblemente, a un parto deforme de ésta última, que se burocratizará (como nace deformada una economía cuando está ausente una división del trabajo desarrollada y una separación estable de los productores).

Una asociación de masas de los trabajadores realmente libre presupone el tránsito hacia una nueva sociedad, en la cuál el poder económico y político pertenezcan a los trabajadores. En tal sociedad, *a medida que* crezca la socialización real del trabajo y la asociación de los trabajadores, el mercado será desplazado por una regulación consciente, como mecanismo más efectivo económicamente y más progresista (superador de la enajenación) socialmente.

La culminación de este proceso (en particular la culminación de la socialización real del trabajo) solamente es posible a medida que se salga de los marcos de la producción industrial y se transite hacia la sociedad informacional, hacia el ámbito del trabajo generalizado (el trabajo que, debido a su contenido, sea a priori necesario para la sociedad: el trabajo del innovador, del científico, del pedagogo, etc. cuyo reconocimiento social no se lleva a cabo en el mercado, sino en el proceso de co-creación, de diálogo). Es característico para tal tipo de trabajo la nueva cualidad de su producto, el intercambio social de actividades y la contabilidad de los gastos de trabajo. El mecanismo de enajenación-por-el-mercado de los productos del trabajo (de las cosas) y de los gastos equivalentes del trabajo (los costos) será sustituido, en el tránsito hacia la sociedad informacional, por el nuevo mecanismo de **la distribución de los gastos sociales**.

Efectivamente, cuando le doy a los otros el producto de mi trabajo, por ejemplo, mis conocimientos, no los pierdo (en el intercambio de actividades sociales no tiene lugar la enajenación del producto del trabajo); más aún, mientras más amplia sea la demanda de mi producto informacional, mientras más amplio sea el círculo de sus consumidores, será mayor el número de personas en cuyo seno yo podré distribuir mis gastos sociales, será menor el “precio” de estos nuevos conocimientos (de aquí una nueva paradoja: mientras mayor la “demanda” de estos conocimientos nuevos, menor será su “precio”). En el mundo contemporáneo del mercado se crean poderosos mecanismos irracionales (que requieren enormes gastos artificiales del trabajo) para aplastar a estos fenómenos de post-mercado: la defensa del derecho de autor, de las patentes y de otra propiedad intelectual, la defensa de la información contra sus copias y muchos otros. Estos mecanismos son irracionales, pues exigen enormes gastos sociales –directos e indirectos- adicionales: para la compra de los productos informacionales (cada vez por un precio total y no sobre la base de una distribución y, por lo mismo, de una disminución, de los gastos sociales específicos), para su custodia, su defensa contra el copiado y cosas análogas. Este mecanismo se torna aún más irracional con la comprensión de que el producto del trabajo generalizado no es simplemente la información sino *el valor cultural*; la compra y venta, en este caso, se convierte en una forma irracional de intercambio de valores culturales.

De modo que los procesos de una real socialización del trabajo y de la asociación de los trabajadores crean no solamente la posibilidad, sino también la necesidad, de una regulación post-mercado a medida que se lleva a cabo el tránsito hacia la sociedad informacional.

No es menos esencial la circunstancia de que la asociación en masa de los trabajadores (aún en formas transicionales, a menudo deformadas) en su desarrollo, crea la base material social para **la autogestión social**: *la forma “post-política” de la vida social*. En este caso, la dirección de la sociedad, a

todos sus niveles (desde la brigada de producción y la empresa, la casa y la micro-región, hasta los niveles regional, ramal, federal e incluso internacional) se construye sobre la base de la unión libre y voluntaria de las personas en asociaciones abiertas y que realmente “trabajan”. Tales asociaciones, precisamente, permiten fundir el trabajo y la dirección, superar la enajenación de los propios trabajadores y ciudadanos con relación a la dirección de la sociedad y la economía (y, como enseña la experiencia, los que se sienten atraídos hacia la participación en la dirección, en el trabajo, de tales asociaciones, son, ante todo, los trabajadores calificados, las personas que piensan y actúan innovadoramente, y no los consabidos “kyxarki”).

El siglo XX ha sido un periodo de nacimiento de las relaciones de autogestión; hoy en día la autogestión parece tan fantástica como hace cien-doscientos años parecía el derecho al sufragio universal (aún en el siglo XIX la mayoría aplastante de los rusos estaba convencida de que las mujeres y los siervos no eran, por principio, capaces y no deberían tener derechos civiles). Sin embargo, la experiencia de los últimos decenios del segundo milenio muestra que el rápido (aunque no lineal) progreso de las diversas formas de participación de los ciudadanos en el control y en la toma de decisiones de la autogestión productiva y territorial, que el aumento de las organizaciones y movimientos sociales, es una tendencia estable en las sociedades que llegan al umbral del desarrollo post-industrial.

La *tercera* premisa para el nacimiento de las nuevas relaciones sociales materiales (comunistas), está relacionada con esa “arma” y riqueza principal que los trabajadores están en capacidad de oponer al sistema de hegemonía del capital internacional corporativo: su **creatividad social asociada**, su capacidad de cambiar las formas de la vida social, de crear su propia historia, por sí mismos, de modo conjunto y consciente. *La premisa principal de las transformaciones comunistas son precisamente las personas, que quieren y pueden unirse libre y voluntariamente con sus compañeros, para por sí mismos cambiar el mundo.* Estas transformaciones se tornarán realidad en la medida en que esas uniones se tornen verdaderamente masivas.

En eso consiste la creatividad constructiva histórica de las masas, que se convierten a lo largo de ese proceso de muchedumbre en asociación: una unión libre de gente, vinculada por un único interés de cambiar su vida económica, social, espiritual; y no por buenos deseos, sino por un resultado sujeto a regularidades de las contradicciones del mundo de la enajenación, de su pre-historia. *La creatividad social asociada de las masas*, comenzando a partir de alzamientos espontáneos y de utopías sociales de solitarios, elevándose hasta la lucha de masas de los trabajadores del siglo XIX, transformándose en la avalancha de revoluciones democrático-populares y socialistas del siglo XX, hasta el amplio movimiento trabajador y nacional liberador de mediados de ese siglo, hasta los trágicos y al mismo tiempo heroicos intentos de construcción del socialismo en la URSS y en otros países, *ahora, en el periodo de crisis y de derrotas, permanece como la principal antítesis democrática real a la hegemonía del capital y de la burocracia, como fuente de transformaciones comunistas.*

Estas premisas pueden plasmarse, pueden resolverse las contradicciones del mundo de la enajenación, en primer lugar, “limpiando” de la dominación del capital corporativo a los retoños del comunismo que tienen existencia real en el mundo de hoy y, en segundo lugar, desarrollando por parte de los trabajadores el potencial de creatividad consciente que posee la historia.

La solución de la primera tarea –el derribar los institutos del poder burocrático capitalista corporativo– es un asunto *de las revoluciones popular-democráticas y socialistas* en el sentido estrecho, tradicional, de la palabra; la movilización de las energías de protesta de los trabajadores para la cuestión de una duradera “co-creación” de nuevas relaciones, el “cultivo” de los retoños del comunismo, es una tarea de la revolución socialista en el sentido amplio de la palabra, como un proceso ininterrumpido de creación social asociada, que comienza, pero que no termina, con la destrucción de las bases institucionales del “mundo de la violencia”, del mundo de la enajenación.

Este proceso de conformación de la nueva sociedad, que comenzara hace ya decenios, ha sido y será complejo, doloroso y contradictorio, con la inclusión de victorias (entre ellas también las pírricas, del tipo de las “victorias” del stalinismo o del maoísmo, de los polpotianos o de los kimilsunianos) y derrotas; de revoluciones y contrarrevoluciones; de reformas y de regresiones... Y este proceso de nacimiento no lineal de la sociedad comunista será inestable y reversible hasta que no sea cambiado y no se torne creador el contenido del trabajo de la mayoría de la humanidad; mientras el progreso de la cultura (y de la naturaleza

como parte de ella) no se convierta en lo dominante en su reproducción social.

El trabajo humano, hasta la culminación de este largo proceso de liberación del hombre, parecerá solamente su forma social, permaneciendo incompleto, inestable (por analogía con las relaciones de explotación capitalista en la sociedad pre-industrial). Este periodo –el socialismo- estará sujeto a las mismas amenazas de derrotas temporales (en ocasiones por decenios) y de mutaciones, que confrontara la sociedad burguesa a lo largo de los siglos XV-XIX, cuando transcurriera (en Italia, Francia, EE.UU. o Rusia mismas) a través de una cadena de guerras civiles, revoluciones, restauraciones, “conviviendo” con formas aberrantes de feudalismo o esclavitud.....

■ El comienzo del III-er milenio y las premisas del comunismo: la globalización de las contradicciones de la comunidad mundial y las premisas de un nuevo internacionalismo.

El siglo XX convirtió al mundo en algo vinculado, interdependiente y al mismo tiempo vulnerable, lo que no tenía precedentes. Esta vinculación está condicionada, primero, por la presencia de problemas globales (ecológicos, de la amenaza de empleo de armas de exterminio en masa, de sobrepoblación, y otros), vinculados a toda la humanidad, solubles sólo con la ayuda de esfuerzos internacionales.

Esta **concreta generalidad internacional de la humanidad característica del hito finisecular**, que posee, por añadidura, un carácter no imaginario sino eminentemente práctico, actual hasta la saciedad, es **la premisa más importante de las transformaciones comunistas**, dirigidas a la creación de una asociación única, libre, inter-nacional, de gentes.

Y, al mismo tiempo, casi toda la humanidad se encontró ahora en una dependencia absoluta de la arbitrariedad, de los resultados de la lucha de las más grandes corporaciones transnacionales, de un puñado de Estados avanzados (en primer lugar EE.UU. y los institutos internacionales – la OTAN, el FMI, etc.- subordinados a ese país). De esos mismos Estados depende, en lo esencial, la solución de los problemas de la paz y la guerra, de la supervivencia de la naturaleza, de la superación o profundización de la miseria masiva de $\frac{3}{4}$ de la humanidad, etc.

Pero en medio del camino para la solución de los problemas globales no solamente se encuentra el poder del capital corporativo de los países desarrollados. Los países del “tercer” mundo, y actualmente y cada vez más los del antiguo “segundo” mundo, se hallan “enfermos” con problemas no menos terribles, condenados como están en su mayoría a un retraso cada vez mayor (y, en su minoría, a un “desarrollo-para-alcanzar-a” , en el mejor de los casos, cuyas perspectivas son una lastimosa analogía de la “sociedad de consumo” occidental). La formación en estos Estados de estructuras corporativas de clanes, de uniones monopolistas (a menudo dependientes de las corporaciones transnacionales-CTN); la miseria, las tradiciones de burocratismo y de explotación pre-capitalista; el bajo nivel cultural y el aplastamiento de la conciencia nacional; la hegemonía del capital mundial corporativo, que oprime sus economías, que destruye la naturaleza, que desenlaza a una elite local – todo ello junto al imperialismo cultural e informacional, crea las bases para la formación de una nueva amenaza para la comunidad mundial. La de los regímenes corporativo-burocráticos de una serie de países del “tercer mundo” , orientados al separatismo, al nacionalismo y al militarismo como medios irracionales de solución de los problemas de su atraso y de su capitalismo dependiente.

El intento de construcción de un socialismo de mercado en China y en Viet-Nam, que constituye una excepción, al parecer, poco cambia el balance general de fuerzas, puesto que el poder real en estos países pertenece a la élite corporativo-burocrática (aunque esta elite y el carácter de su poder es substancialmente diferente de la hegemonía del capital corporativo y de las estructuras burocráticas en otros países), que en su mayor parte está orientada al “injerto pacífico del capitalismo” conservando al mismo tiempo en sus manos el poder económico y político principal. Las perspectivas para estos países son: una trayectoria del tipo “desarrollo-para-alcanzar-a”; un capitalismo de Estado paternalista; la transformación, dentro de 5-10 años, en una de las fuerzas que participan en la lucha por la reconfiguración de las esferas de hegemonía mundial, o la amenaza de una crisis (en el caso de profundización de la autodescomposición – que ya se perfila- de la hasta ahora unida elite corporativo-estatal), que repita los procesos que tuvieron lugar en la URSS a finales de los años 80.

En lo que respecta a Cuba, los problemas del “socialismo real” en los años 90 fueron allí extraordinariamente agravados por la traición de la URSS y de otros países del sistema socialista mundial, lo que produjo (junto con el incesante bloqueo por parte de EE.UU.) una fuerte crisis, ante todo económica. El hito del año 2000 marca un periodo de algunas esperanzas de la posibilidad de realización de una política en algo análoga a la de la NEP.

Corea del Norte, en vísperas del siglo XXI, permanecía siendo el único país que mantenía un modelo dictatorial, en extremo rígido, de mutación de los retoños de socialismo, constituyéndose en abanderado de una variante de evolución histórica “congelada” en el tiempo, como cajellón sin salida.

Independientemente de cómo se conformen en el futuro más próximo las circunstancias en China y en otros países del antiguo “sistema socialista mundial”, el fin del actual milenio sitúa al mundo ante una contradicción fundamental. Los problemas globales crearon la posibilidad y la necesidad de un desarrollo unificado de la humanidad, con el fin de realizar los intereses generales, en extremo concretos e inaplazables, inherentes a cada persona en la Tierra. Al mismo tiempo, la realización de estas tareas depende ahora de un estrecho círculo de elites corporativo-capitalistas y burocráticas, enemigas entre sí.

La solución de esta contradicción, *el traspaso del control por las decisiones acerca de los problemas globales de la humanidad a organizaciones realmente democráticas, plenipotenciarias, que se conformen en la esfera de la colaboración internacional voluntaria y que defiendan los intereses más fundamentales de los habitantes de nuestro planeta, dimanantes de la agudización de los problemas globales, constituye la tercera tarea en importancia de las transformaciones comunistas.*

Existen suficientes premisas fundamentales (los intereses únicos de los habitantes del planeta Tierra) para su solución, pero su plasmación en la vida real requerirá de decenios de duro trabajo por el desarrollo de poderosos movimientos internacionales que se desempeñen como fuerzas anticorporativas (sindicatos realmente independientes y otras organizaciones que defiendan los derechos de los trabajadores, asociaciones cooperativas y empresas colectivas, órganos de autogestión local y comunas, movimientos y uniones femeninas y juveniles, de defensores de la paz y de los “verdes”, etc.), capaces de contrarrestar la fuerza de las CTN y de la burocracia de los Estados nacionales y de los institutos internacionales. Ya hoy día resulta claro que estos movimientos no adquirirán semejante potencia sin una alianza con las fuerzas que deciden las tareas de las reformas sociales y de las transformaciones socialistas en diferentes países concretos (por ejemplo, en Cuba, en caso de un avance ulterior exitoso de ese país, o de otros países, por el camino de la democracia y el socialismo).

La realidad del paso del siglo XX al XXI no solamente está constituida por la unidad de la humanidad ante la faz de los problemas globales, sino también por una positiva *integración económica, social, cultural de países y regiones*, su transformación en un organismo socio-económico único. Esta integración se desarrolla a contracorriente con la profundización de las contradicciones del mundo intervencional contemporáneo. En el cuál se perfila cada vez de modo más rígido el conflicto entre, en un polo, los países que son “la patria” de las CTN y que monopolizan las altas tecnologías, el trabajo calificado y el control del movimiento de los capitales y, en el otro polo, los países y regiones enteras que constituyen fuente de materias primas, de fuerza de trabajo barata, lugares en los cuáles colocar las tecnologías sucias y de los cuáles extraer exportaciones de capital hacia los países desarrollados.

El actual modelo de las relaciones internacionales no puede resolver esta contradicción. La “libre competencia” y las fronteras abiertas se convierten en el mecanismo ideal para que los países que monopolizan el capital, las altas tecnologías, la potencia militar y el control de las organizaciones internacionales, puedan competir “libremente” con el “tercer”, y también con el “segundo”, mundos. Malgastando irracionalmente (el militarismo, el gigantesco sector parasitario perverso, el consumismo, etc.) la mayor parte del aún muy limitado potencial de una alta productividad del trabajo, el capital corporativo indefectiblemente mantiene a una “periferia”, dónde se conservan los remanentes de las tecnologías pre-industriales y “sucias” que han sobrevivido en el mundo contemporáneo, dónde, con el actual tipo de relaciones internacionales se mantendrán la miseria y los crueles conflictos internos.

Semejante camino de “integración” y de globalización de la comunidad mundial está acompañado de manera regular por el crecimiento del separatismo, de los conflictos internos e internacionales en el

“tercer” mundo. La integración del “primer” mundo no solamente “exporta” a los países en desarrollo sus más crueles contradicciones internas (creando a cuenta de ello grandes posibilidades para la autoreforma, garantizando una gran estabilidad de la “sociedad de los dos tercios”, “tolerando” a escala limitada la génesis de diversas formas de creación social), sino que provoca conflictos en el “tercer” mundo, actuando según el principio de “divide y vencerás”.

La superación de este modelo presupone la utilización de todas las premisas objetivas de las nuevas relaciones de gestión económica mundial, de la geopolítica, de diálogo entre culturas y civilizaciones, que han sido creadas por el desarrollo del siglo XX. Entre las más importantes de estas *premisas de un nuevo modelo de integración* está el nivel alcanzado contemporáneamente por la producción mundial, que es suficiente para asegurar las necesidades básicas de los ciudadanos de todos los países (a condición de la utilización racional de la riqueza social) y la experiencia de un desarrollo acelerado, de avanzada, de una serie de países anteriormente atrasados; la energía y la experiencia de la actividad social de las organizaciones internacionales y nacionales de los trabajadores, ecológicas, pacifistas y de otros movimientos análogos, las condiciones contemporáneas del transporte y de telecomunicación, que permiten fácilmente garantizar el diálogo de pueblos y culturas, y otras.

No obstante, no es posible la utilización de estas premisas, la solución de la señalada contradicción, si se mantiene la actual práctica de solución (más bien de expansión) de los problemas globales y de la realización de los procesos de integración; una práctica que está subordinada a los intereses de las CTN y a las élites de las superpotencias, que se apoya en las barreras del nacionalismo y del separatismo en el “tercer” mundo. La superación de estas limitaciones también puede ser vinculada a la renovación comunista del planeta. Su punto de partida pueden ser la variación radical internacional del balance de fuerzas en el mundo: cambios cualitativos de las relaciones socio-económicas, de la política y de la cultura (el comienzo de transformaciones socialistas), aunque de inicio sea en una serie de países avanzados del mundo; el fortalecimiento de la solidaridad internacional de los trabajadores y de las organizaciones de masas democráticas; el crecimiento de las tendencias antiburocráticas, antimilitaristas, pacifistas, sobre la base del aumento cualitativo de la influencia de los movimientos de izquierda; el crecimiento radical del papel de las organizaciones internacionales democráticas.

En esas condiciones se tornará posible el desarrollo de un modelo, nuevo por principio, de integración internacional: el libre acceso de cualquier país y de cualquier pueblo a las altas tecnologías, a la educación, a la cultura; el desarrollo social y tecnológico de avanzada de las regiones atrasadas sobre la base de un nivel igualitario de seguridad social y de salario para todos los países y regiones, de precios altos (que garanticen la conservación o la restauración de la biogeocenosis) de los recursos naturales; la utilización, para dichos fines, de recursos que sean liberados como resultado del corte de los gastos irracionales en los países desarrollados, etc.

■ El comienzo del III-er milenio: rasgos básicos del comunismo naciente .

Un análisis de las premisas materiales, tecnológicas y sociales ahora existentes para la sociedad comunista, así como de las contradicciones de la globalización y de la internacionalización de la vida social, permite mostrar cuáles pueden ser los rasgos básicos del comunismo naciente en el periodo de la liberación “formal” (referida principalmente a las relaciones socio-económicas) del hombre, del trabajo.

El comunismo, habiendo nacido como resultado del desarrollo de la socialización del trabajo y de la negación dialéctica de la forma actualmente dominante de enajenación en la economía: las relaciones mercantiles, es *la forma post-mercado de regulación del desarrollo socio-económico, del mantenimiento de las proporciones, de la distribución y de la rendición de cuentas por los recursos.*

No es posible construir “desde arriba” este modo más complejo y efectivo (con relación al mercado) de regulación, pues en ese caso se obtendría la consiguiente parodia burocrática de una planificidad de la producción social. Sólo puede emerger “desde abajo”, de manera histórico-natural, sobre la base del desarrollo de los procesos de socialización del trabajo y de la asociación de los trabajadores, atravesando una serie de estadios de madurez.

Su génesis son las relaciones de rendición de cuentas ante, y de control por, todo el pueblo (se tiene ya adquirida cierta experiencia de las mismas en nuestro país, en los primeros años del poder Soviético; y, en el Occidente, en los movimientos democráticos de masas, incluyendo el laboral); la regulación democrática y la limitación socio-ecológica de la economía de mercado, la rendición de cuentas normativa de la cantidad y de la calidad del trabajo. Todo ello no es una fantasía; se adivinan los primeros pasos y direcciones del desarrollo de tales relaciones tanto en los fenómenos de la Nueva Política Económica (la NEP) en la URSS, como de los modelos social-democráticos y de la planificación de la gestión interna en los marcos de gigantescas corporaciones.

Los nuevos mecanismos post-mercado se tornarán más maduros, desarrollándose hasta una programación democrática, de gestión popular, de la economía (ello hoy permanece como lo futuro, acerca de lo cuál podemos juzgar solamente intentando “limpiarlo” de las deformaciones burocráticas del sistema de planificación –mutante, y por lo mismo, no eficiente en sentido general – de los países “socialistas”).

Estos mecanismos, naturalmente, coexistirán por mucho tiempo de modo contradictorio con las relaciones mercantiles, siendo éstas sujetas a límites, reguladas (y, en esta medida, moribundas pero reales). Es de importancia que el mercado no ha sido, ni será, neutral hacia estas nuevas relaciones (sujetas a planificación); coexistirán ambos, hallándose en un estado de contradictoriedad, de adversariedad, de lucha. La regulación planificada, en estas circunstancias, tendrá solamente un basamento para desalojar al mercado: una mayor resultatividad económica y social. Los procesos de una real socialización del trabajo (hasta llegar al desarrollo del trabajo generalizado y a la difusión del mecanismo, descrito más arriba, de distribución de los gastos, que desaloja al intercambio equivalente a medida que se avanza hacia la sociedad informacional) y de la asociación de los trabajadores, pueden convertirse en una base para ello.

La sociedad comunista, emergiendo sobre la base del desencadenamiento de procesos de libre asociación de los trabajadores, desde el comienzo mismo se conforma como **un sistema de autodirección económica**, que conjuga en un todo único subsistemas tales como la autodirección productiva (en la brigada, en el taller, en la empresa); la participación de los representantes de los colectivos laborales y de otras asociaciones de los ciudadanos en la dirección de los procesos ramales y regionales; la planificación democrática (que elimina las contradicciones de “el ajuste del plan” de la época del “socialismo desarrollado”); la autodirección económica funcional (la actividad de organizaciones sindicales, de consumo y otras similares, plenipotenciarias en la regulación normativa de la economía), etc. Ya hoy existen elementos de estas relaciones, premisas de su desarrollo masivo, permaneciendo, no obstante, al mismo tiempo, no más que como retoños transicionales del futuro sistema de autodirección económica, que constantemente surgen y perecen (bajo la presión de los mecanismos dominantes de enajenación, en particular los del mercado, los de la hegemonía del capital corporativo).

Basándose en “la limpieza” de las formas perversas y en el desarrollo de los retoños reales de la creatividad social masiva que existen en el mundo actual, el comunismo emergerá como la sociedad en la cuál se desarrolla **la liberación del trabajo**, que desplazará a la explotación capitalista, al sometimiento, a la subordinación, estatal-corporativas del trabajo.

Y es aquí que la nueva sociedad tendrá que transitar por un largo camino, ante todo para haber completado la solución de las tareas burguesas de garantizar a cada cuál la libertad “negativa”, la libertad con relación a la desigualdad jurídica, a la dependencia personal, a la subordinación extra-económica burocrática –y de otra índole- del hombre.

Pero la génesis del comunismo propiamente dicho comenzará con el desarrollo de la libertad “positiva”, cuando ante los trabajadores no solamente se erija la cuestión de “expropiar a los expropiadores” y de redistribuir los ingresos, sino de por sí mismos organizar de nueva manera la producción, *convertirse, de hecho, en amos de la vida económica y social*. Y para ello es necesario “cultivar” un complejo sistema de relaciones de propiedad social que garanticen disponer de manera libre, conjunta e igualitaria del patrimonio general y de su apropiación. Este sistema incluye, por lo menos:

- Las ya mencionadas relaciones de autodirección (en la empresa, en la región, en el Estado), que permitan a los trabajadores participar, de hecho, en la toma de las más importantes decisiones de la gestión.

- Las relaciones de libre unión de los ciudadanos asociados con los medios de producción, que proporcionen empleo garantizado, acceso a la utilización de cualesquiera medios de producción en los marcos de unas u otras asociaciones (trabajo según las capacidades), posibilidad de calificación y recalificación, etc; justicia social, lograda sobre la base de garantizar la provisión de bienes materiales al nivel suficiente para una vida decorosa (que posibilite la actividad creadora), para el acceso libre a los valores científicos y culturales, para la estimulación del trabajo creador y con iniciativa y para el desarrollo de los fondos sociales de consumo en ámbitos tales como la educación, la salud, el cuidado de la naturaleza, la garantía de una vida digna a los discapacitados.

Sólo la experiencia de la creación, del “cultivo” conjunto por los trabajadores de estas nuevas relaciones podrá mostrar cómo precisamente, en la práctica, puede desarrollarse este sistema de relaciones, superadoras de la enajenación respecto al trabajo y sus resultados, respecto a la propiedad, a la dirección. No tiene sentido inventar ahora los detalles de estos mecanismos, aunque ya se conocen los primeros pasos. Los señalan la experiencia de las empresas colectivas de nuestro país y del extranjero, los retoños de la autodirección social en nuestro país en el periodo de la NEP y de la perestroika, el colectivismo y el entusiasmo de los constructores de ciudades nuevas, de “los físicos” y de los “líricos”, de los conquistadores del cosmos y de los ríos siberianos del periodo del “deshielo” jruscheviano, la experiencia positiva y negativa de Cuba, China, Viet Nam en el empalme de los siglos.

Todo esto, sin embargo, no es más que **la liberación “formal” del trabajo** (que tiene que ver solamente con la forma socio-económica del trabajo: las relaciones de producción). Coexistirá indefectiblemente con relaciones de enajenación con respecto al trabajo, a la propiedad, etc., en la medida en la que (abstrayéndonos de las condiciones políticas, internacionales, etc.) continúen dominando sobre el hombre la división social del trabajo, el trabajo reproductivo industrial (o, aún más, el manual). El hombre y su trabajo se tornarán **realmente libres (por su contenido)** sólo en la medida en la que éste último se torne, en su esencialidad, creador, se convierta en la conformación de un mundo de la cultura: de nuevas tecnologías y de chicos y chicas con buen humor en el jardín de la infancia; de producciones de arte y de buena salud de los ciudadanos.....

Y en la medida en la que *semejante* trabajo se torne dominante, comenzarán a fortalecerse *nuevos valores* (no tanto la acumulación de cosas, como el éxito en el trabajo y en el trato social, la autorealización, el logro del respeto por parte de los colegas, etc.), *nuevos estímulos* (un trabajo más interesante, tiempo libre, relaciones de compañerismo en el colectivo), y, por lo mismo, también *nuevas relaciones de distribución*. Si el trabajo creativo se convierte en la principal necesidad del hombre, entonces es posible **una distribución según las necesidades**, puesto que lo principal que extrañará la gente será.....un trabajo interesante y tiempo libre, y el lugar dominante de estas nuevas necesidades limitará, por sí mismo, las necesidades utilitarias del hombre.

Las nuevas relaciones de la sociedad comunista se convertirán en el fundamento y en el estímulo de su progreso: la programación democrática de la economía permite concentrar los limitados recursos de la sociedad en las direcciones de ruptura prioritarias hacia la sociedad post-industrial; la autodirección, el poder real de gestión de los trabajadores “de fila”, crean una poderosa motivación gestionadora, estimulan la innovación y la búsqueda; el interés directo en el crecimiento del tiempo libre y el progreso simultáneo del contenido creador del trabajo y el tránsito hacia un tipo de reproducción de tipo nooesférico abren una dirección única para el desarrollo, en la cuál se halla interesada toda la sociedad: las innovaciones técnicas, científicas, socio-económicas, etc. que garantizan el aumento constante de la productividad del trabajo (con el cumplimiento de la calidad del progreso dada por los requisitos de la cultura y de la ecología).

Y esto no es una expresión de deseo, esto es un pronóstico teórico basado en el análisis de los nuevos estímulos para el desarrollo que aparecen en las condiciones del capitalismo post-clásico, por limpiarse las formas perversas de los retoños del progreso de nuevo tipo que existieron en nuestro país a comienzos de los años 60, por generalizarse las regularidades histórico-generales de tránsito hacia unos estímulos del trabajo y hacia un progreso científico-técnico (PCT) que superen la enajenación.

De esta manera, es precisamente el trabajo creador por su contenido el que hace real la liberación del hombre y de la sociedad. Al mismo tiempo, los estímulos para el progreso científico-técnico y para el

desarrollo del contenido creador del trabajo crean su liberación social (mecanismos post-mercado de regulación, autodirección, desarrollo de uniones libres de científicos, de pintores, de pedagogos, el apoyo social a su actividad, la innovación.....). Estos pasos del “cultivo” de la sociedad nueva crean, precisamente, poderosos estímulos y objetivos y valores nuevos para el progreso del contenido creador del trabajo.

En esta doble conexión mutua está “el secreto” del autodesarrollo de la sociedad comunista a partir de las formas más simples e inestables hacia relaciones cada vez más y más complejas imposibles de prever hoy. Pero con suficiente confiabilidad puede predecirse que será un movimiento en dirección a un desarrollo del tipo noesférico, de una sociedad no sólo post-industrial, sino también post-económica, que yace “del otro lado de la producción propiamente material” (C. Marx), post-política (que elimine las formas enajenadas –clasistas, políticas, estatales- de unión de la gente), cuya historia y espacio de desarrollo se convertirán en medida total en la historia y en el espacio, en el mundo de la cultura: la creatoesfera. Y esto no es un sueño, sino una tendencia objetiva que define la dirección del progreso en el siglo XXI.

En la actualidad, el desarrollo *de los mecanismos post-políticos de regulación de la vida social* también se convierten una tendencia real. Uno de los rasgos reales de la vida del siglo XX son las relaciones de convivencia humanas no basadas en la violencia (o en la amenaza de violencia), ni en la subordinación burocrática del hombre, sino en los principios de **autoorganización** (la elaboración autónoma por los ciudadanos de formas y mecanismos de su actividad social conjunta). Y, ante todo, no se trata de los ejemplos sueltos de las comunas (existen cientos hoy en día), sino de las nuevas tendencias masivas y estables: diferentes formas de autodirección territorial y funcional; cientos de organizaciones y movimientos sociales nacionales e internacionales; miles de uniones y otras organizaciones por cuenta propia no gubernamentales que actúan y crecen en el mundo de hoy, basándose ante todo en formas de autoorganización, mientras que la burocracia y el dinero desempeñan en su actividad un papel “de apoyatura” pero no de “corazón”

Los *retoños reales de una futura autodirección social comunista* son los individuos libres jurídicamente (sobre la base de la observación consecuente de los derechos y libertades fundamentales del hombre) y económicamente (como co-amos reales, sujetos de una autodirección socio-económica, etc.), capaces de una creación histórica autónoma, en lugar de conformistas aislados que son fácilmente manipulados por los “amos de la vida”; los movimientos y uniones de ciudadanos – voluntarias, creadas sobre la base de la autoorganización, conscientes de sus intereses y capaces de actuar conjuntamente en aras de su defensa; un sistema de coordinación de la actividad de estas asociaciones voluntarias (análogas a los Consejos, que perdieran su forma estatal, que se alejaron de su enraizamiento con la burocracia y con el aparato de violencia sobre la base de “el adormecimiento” de éstas últimas)- basado en tales uniones, que represente sus intereses, conformado desde abajo, dónde cada representante de las asociaciones de base (diputados) tendrá un mandato imperativo y dependerá constantemente de los ciudadanos que lo promovieron.

El camino hacia semejante autodirección será largo y difícil, pero no hay que olvidar lo siguiente: la humanidad ya logró que en una serie de países el Estado funja no solamente como herramienta de opresión de las masas en interés de la clase dominante, sino también como garante de cierto mínimo de derechos y libertades de los ciudadanos y de sus alianzas.

Por paradójico que sea, el problema que casi resulta más complejo en la actualidad es el del “cultivo” *de los retoños de la sociedad comunista en la esfera espiritual*, donde la dominación de la “cultura de masas” es ahora más fuerte que nunca. Casi todas *las reformas y las revoluciones históricas comenzaron a partir de desplazamientos masivos en la esfera espiritual*: el Renacimiento y la Reforma, las revoluciones rusas y los movimientos nacional-liberadores, incluso la perestroika. Y ahora, al filo del III-er milenio, solo un desplazamiento cualitativo en las mentalidades y en la intelectualidad, y las amplias masas, con el despertar de su autoconciencia cultural por nuevos Marx y Erasmo de Rotterdam, Ernst Bush y Vladimir Visotski del siglo XXI, darán las premisas reales para las transformaciones socio-económicas y políticas. Garantía de que ello sucederá lo es la historia de la cultura universal, en la cuál nunca ha desaparecido para siempre la línea de la anticipación espiritual de los cambios sociales. Pero en la actualidad ha sobrevenido una profunda crisis en la vida del socialismo y sólo su futuro despertar intensificará el progreso de ese milenio de la historia viviente de la cultura, que se convertirá en la historia de la sociedad comunista, expulsando el conformismo de las mentes y corazones de la gente.

Y, no obstante todo lo anterior, repetiremos: en los siglos próximos no nos espera precisamente la sociedad comunista, sino, en el mejor de los casos, el mundo del socialismo, dónde los retoños de la liberación del trabajo en la esfera socio-económica se desarrollarán fundamentalmente sobre una base técnico-material no adecuada (el trabajo industrial y pre-industrial), y por eso estarán unidos contradictoriamente con el trabajo, la propiedad, la dirección, enajenadas; los retoños de la democracia y de la autodirección de base, en las condiciones de un insuficiente nivel de la cultura, del potencial y de la experiencia de creación social en masas significativas (ante todo por el carácter del trabajo, del modo de vida “aplastado” por la carga de la enajenación), coexistirán antagónicamente con el burocratismo y la violencia, mientras la creación espiritual lo hará con la cultura de masas y los dogmas ideológicos. Este será el mundo del socialismo que ha comenzado a nacer en los albores del siglo XX y ahora se halla en una profunda crisis.

El nacimiento de este mundo, el despliegue de esta época de transición hacia el comunismo, no puede no ser un proceso internacional. Hoy ya se delinear objetivamente los primeros pasos en el camino de la realización del modelo de *nuevo internacionalismo* y de nuevo globalismo.

En primer lugar, el logro de la solución prioritaria de los problemas globales a cuenta de la inclusión de normativas internacionales humanitarias, sociales y ecológicas obligatorias. El objetivo de las últimas es no sólo la conservación y el desarrollo de la biogeocenosis y la cultura, sino también relaciones equitativas entre las generaciones de ciudadanos de la Tierra, entre el hombre y la naturaleza, dónde ninguna de las partes se desarrolle a costa de la otra. En segundo lugar, el desarrollo de relaciones equitativas entre los Estados y los pueblos. Para esto es necesaria la superación de la monopolización de las tecnologías de punta y su difusión generalizada, entre otras cosas a través de programas a largo plazo de desarrollo “aventajante” (y no del tipo “persiguiendo a”, como ahora) para los países del “tercer” y del “segundo” mundo. En tercer lugar, la supresión de la extracción hacia estos países de las tecnologías sucias y el tránsito hacia un sistema tal de utilización de los recursos naturales (en particular de sus precios) que permita de manera integral restituir y/o conservar la biogeocenosis en los países exportadores de materias primas; estos cambios exigirán la transición hacia otro tipo (nooesférico) de reproducción en los países desarrollados. En cuarto lugar, una estrategia dirigida a objetivos para la igualación de los niveles de desarrollo social, que incluya igual pago por igual trabajo en el “primer”, en el “segundo” y en el “tercer” mundos, la distribución igualitaria de los bienes sociales, la educación, la cultura y la igualación de los niveles de seguridad social a costa de la contracción radical del sector transaccional, de los gastos para la guerra, del consumo parasitario, etc., en los países desarrollados.

Sin embargo, es suficientemente evidente que para la realización de este modelo es necesario un cambio cualitativo del régimen económico y político tanto en los países desarrollados como en los en desarrollo. De aquí se desprende una conclusión para el movimiento de izquierda contemporáneo: la solución coordinada, internacional, de las contradicciones del sistema de gestión post-capitalista mundial contemporáneo se convierte en nuestra tarea. De lo contrario, los intentos de transformaciones socialistas en el “tercer” mundo, al igual que en el “segundo” mundo que se precipita en el mismo foso, estarán condenadas a quedar abortadas, pues serán llevadas a cabo sin las necesarias premisas.

*

De modo que las contradicciones del II milenio que finaliza conforman premisas materiales suficientes para el comienzo de las transformaciones comunistas. Al mismo tiempo, ellas muestran que la extinción de las relaciones de enajenación no puede no ser un largo progreso no-lineal internacional. Precisamente lo que a menudo designan con la palabra “socialismo”.

Todo consiste, sin embargo, en desarrollar críticamente la comprensión lineal tradicional del socialismo únicamente como el primer estadio de la formación socio-económica comunista (el marxismo ortodoxo) o como no más que un sistema de valores que pueden parcialmente plasmarse en los marcos de la sociedad burguesa post-capitalista por la vía de las reformas (la social-democracia).

3. EL SOCIALISMO: CONTRADICCIONES, FUERZAS MOTRICES Y ESTRATEGIA DE TRANSFORMACIONES.

Si consideramos que el nacimiento de una nueva sociedad es un desplazamiento internacional global en la historia de la humanidad, entonces el propio proceso de las transformaciones adquiere también características nuevas. Por eso el socialismo puede caracterizarse no tanto como un estadio de una formación socio-económica, cuanto un proceso de transición desde la época de la enajenación hacia “el reino de la libertad”. Esta transición incluirá revoluciones y contrarrevoluciones; los primeros retoños de la nueva sociedad en países y regiones particulares (que con frecuencia tendrán mutaciones, un carácter deformado desde el nacimiento, a consecuencia de la dominación de un entorno hostil a ellos: la enajenación, característica del capitalismo post-clásico), su fallecimiento y nueva aparición; reformas y contrarreformas sociales en los países capitalistas; olas de progreso y de caída de diversos movimientos sociales y propiamente socialistas.

La especificidad del socialismo como proceso de nacimiento de una nueva sociedad a escala mundial está conformada por la no-linealidad, la contradictoriedad, la internacionalidad de estos desplazamientos.

3.1. El socialismo como época de transición.

El socialismo, como tal, es el proceso único (que tiene una naturaleza única) no-lineal, contradictorio, internacional, que transcurre según tres cursos interconectados: (1) el desarrollo de los retoños de la nueva sociedad en formas perversas (como que “vueltas al revés”, a consecuencia de la dominación de la enajenación) transicionales (que conjugan retoños del comunismo y relaciones dominantes de enajenación) en los países del capitalismo post-clásico (por ejemplo, la seguridad social, las limitaciones ecológicas y de índole parecida al mercado); (2) la actividad de organizaciones y movimientos democráticos y socialistas de masas (en primer lugar de las fuerzas que conforman la base social de las transformaciones comunistas) en la realización de reformas y revoluciones que marchan en dirección de la creación de las premisas, de los retoños, de las relaciones de la sociedad futura (en todas las esferas: desde la de la lucha por la paz y la limpieza de la naturaleza, hasta las revoluciones socialistas); (3) “el cultivo” de las relaciones de la nueva sociedad en los países en que las revoluciones nacional-democrática y socialista crearon ya las premisas institucionales para el dominio de estas nuevas relaciones, que permanecen, no obstante, como transicionales (incluyendo relaciones de enajenación como componente esencial, aunque gradualmente falleciente); los retoños de comunismo en esos países, al estar ausentes las premisas suficientes, pueden deformarse, mutar (ver la sección 4.1 para más detalles).

Estos tres “cursos” del socialismo como proceso único del nacimiento, en una u en otra forma, de la sociedad comunista, fueron reflejados como componentes del proceso revolucionario mundial por los teóricos de la izquierda. Sin embargo, frecuentemente estas formas eran bastante dogmáticas y no adecuadas al contenido (como, por ejemplo, la reducción de este proceso a la práctica de los países “del socialismo real”, del movimiento nacional-liberador y del movimiento comunista mundial, cargados de stalinismo; el ignorar o el absolutizar el papel positivo de las reformas social-democráticas, etc.).

Es esencial que los cursos del socialismo conformen realmente un proceso único: la historia del siglo XX mostró que los pasos positivos por el camino del comunismo (como sucedió, por ejemplo, en los años 20 y comienzos de los 30's, o en los años 60) sólo son posibles a condición de la internacionalización de las interacciones (1) de las reformas sociales en “los países del capital” (el dominio del reformismo social-demócrata en la Europa Occidental de los años 60) o de la profunda crisis de este sistema (como en los tiempos de la gran depresión); (2) de la reanimación de las organizaciones y movimientos democráticos (la lucha anticolonial, la lucha por la paz, contra la discriminación racial, etc., de los años 60); (3) de los logros positivos en la construcción socialista (la NEP, el “deshielo jruscheviano” en la URSS). Por el contrario, los periodos de reacción, de intensas deformaciones burocráticas en los países “del socialismo real”, condujeron a la actual crisis profunda del socialismo.

El socialismo, como proceso de nacimiento del comunismo (marchando al contrapunteo del socavamiento, de la gradual extinción de las relaciones de enajenación), incluye en todas sus componentes, naturalmente, formas esencialmente diferentes (diferentes no sólo para distintos países, sino también para periodos particulares del tiempo social y para “islas” del espacio social: desde el punto de vista del

socialismo mutante, el interior uzbekistano de finales de los 70's se diferenciaba más de Moscú del comienzo de los años 60, que Checoslovaquia lo hacía de Hungría en aquellos mismos años).

Transcurriendo en los tres mencionados cursos (las reformas en los países del capital; la actividad de las organizaciones de masas; el “cultivo” de las nuevas relaciones en los países del socialismo), **el socialismo, como un todo, puede ser caracterizado como un sistema de relaciones de transición**, la mayor parte de las cuáles es conocida hace mucho tiempo en la teoría socialista.

En primer lugar, el socialismo presupone la extinción de las relaciones mercantiles y el desarrollo de los mecanismos de regulación post-mercado de la economía, a medida que progresa la socialización del trabajo y la asociación de los participantes en la producción. esto lleva a un nuevo plano la cuestión del “socialismo de mercado”: el comunismo, teniendo una naturaleza “de post-mercado”, coexiste con las relaciones mercantiles en el estadio de su génesis – el socialismo, que viene a ser un periodo de extinción de las relaciones mercantiles a medida que se desarrollan relaciones de planeamiento y autogestión, más eficientes que las del mercado).

En segundo lugar, el socialismo es el proceso de liberación “formal” del trabajo en condiciones de la todavía dominante producción material de tipo industrial (aunque con la post-industrial en estado naciente), que conserva las relaciones de enajenación. esto significa la conjugación contradictoria de los retoños de la autodirección y la participación de los trabajadores en la rendición de cuentas, en el control, en la toma de decisiones, con el poder de los managers; la apropiación social y la privada de los medios de producción y de los resultados del trabajo; los estímulos creativos y del mercado al trabajo y a las innovaciones (con el dominio de los primeros y la extinción de los segundos). Semejante enfoque permite caracterizar al socialismo como una sociedad transicional en cada uno de sus eslabones: sean las empresas estatales, colectivas o por acciones de las que realmente dispongan no sólo los trabajadores sino también los funcionarios o las personas particulares; sea el individuo, con sus rasgos, no sólo de creador social, colectivo, sino de egoísta homo economicus, etc. En correspondencia, el desarrollo del socialismo resulta ser un proceso de extinción de la enajenación en los marcos de relaciones transicionales, un proceso de “eliminación” de las relaciones de transición y de maduración de las formas “puras” de las relaciones comunistas de autodirección, de apropiación social, y otras.

En tercer lugar, el socialismo es el proceso de extinción de las contradicciones clasistas y sociales (junto a ellas también del Estado), a medida que se eliminan las relaciones de enajenación. Las bases de esto es el desarrollo del contenido creador del trabajo (que elimina la contradicción de la división social del trabajo), de los mecanismos post-mercado de distribución de los recursos y de la liberación del trabajo (que elimina las contradicciones de las relaciones transicionales), etc. La única forma política adecuada para estos procesos socio-económicos (y recordemos que su esencia es la creación social asociada) la constituye el desarrollo consecuente de la democracia por el camino de la transformación hacia la autodirección del pueblo. (Estas características, las más banales aparentemente, del socialismo, permiten fundamentar económicamente la necesidad del desarrollo de una democracia de base, transicional, hacia la autodirección, y no de la dictadura de la burocracia y no del parlamentarismo tradicional, como la única forma política que corresponde al proceso de extinción de las relaciones económicas de enajenación: el mercado, el capital, etc.)

La democracia de base es el sistema de relaciones transicionales, desde una democracia burguesa hacia la autodirección comunista, que se desarrollan sobre la base de las revoluciones popular-democrática y socialista y que suponen la extinción (“el adormecimiento”) del Estado. Los rasgos de este sistema de relaciones pueden ser deducidos a partir de la experiencia (tanto positiva, por ejemplo, de los primeros pasos de los Concejos; como negativa, el stalinismo) y de los logros de la teoría socialista (desde “La Guerra Civil en Francia” de C. Marx y “El Estado y la Revolución” de V. I. Lenin, hasta el euro-comunismo).

Los componentes de la democracia de base incluyen a: (1) la realización consecuente y lo más completa posible de todos los derechos y libertades del hombre internacionalmente reconocidos (la libertad de palabra, de conciencia, de meetings, de reunión, de creación de partidos políticos y organizaciones sociales, y otras); (2) el desarrollo generalizado de la autodirección productiva (en diferente medida en empresas con distintas formas de propiedad) y territorial, como formas principales básicas de asociación de la población; (3) la transformación de las organizaciones y movimientos de masas democráticos (sindicatos, femeninas, ecológicas, de consumo) en sujetos plenipotenciarios de regulación de la vida social; (4) la

formación de un poder legislativo según el principio de la representatividad de los diputados de las organizaciones de base (órganos de autodirección) con un mandato imperativo (derecho de enjuiciamiento, de sustitución, etc.), la subordinación del poder ejecutivo (del gobierno) al legislativo, la elección de un poder judicial independiente en ausencia de institutos presidenciales o análogos; (5) la actividad de los partidos políticos (que representan a las clases en extinción) a través de organizaciones democráticas de masas, de órganos de autodirección, etc.

El camino hacia la democracia de base, repito, es la vía de una lucha prolongada por las reformas democráticas; por la formación de capacidades y experiencia de autoorganización de los trabajadores y de los ciudadanos; por la preparación y realización de la revolución popular-democrática y, posteriormente, de la revolución socialista.

En cuarto lugar, el socialismo muestra ser un periodo de establecimiento de un nuevo modelo de integración internacional, que crece sobre la base de premisas objetivas para transformaciones comunistas; un periodo de formación de institutos internacionales democráticos (organizaciones, acuerdos, programas, acciones conjuntas), que garanticen la solución prioritaria de los problemas globales de la humanidad. El progreso del socialismo es por eso posible sólo en la medida de la igualación de los niveles de desarrollo económico, social, cultural y de la integración igualitaria de los pueblos de la Tierra para la solución conjunta de sus problemas globales.

La comprensión del socialismo como un proceso internacional articulado de transformaciones, que incluye, en particular, reformas en los marcos del mundo capitalista y sus transformaciones revolucionarias, **permite plantear de modo nuevo los problemas tradicionales del movimiento de izquierda y gracias a esto darles nuevas soluciones, que respondan a “los desafíos” del siglo XXI.**

De este modo, la cuestión acerca de cuál deberá ser el sistema de relaciones “del estadio socialista del modo de producción comunista” o el sistema de valores socialistas abstractos, es sustituida por la de: cuáles son los rasgos del proceso mundial de transformación del “reino de la necesidad” al “reino de la libertad”. Esta nueva pregunta (relativamente nueva, por supuesto, pues emerge también del marxismo no-ortodoxo, de las hipótesis, entre otras, del propio Marx, de Lenin, de R. Luxemburgo, de las elaboraciones de Gramsci, de Sartre, etc.) da una nueva respuesta (relativamente –otra vea- nueva, pues “elimina” los enfoques tradicionales) que fue formulada más arriba en la forma de cuatro tesis.

El viejo dilema acerca de que la construcción del socialismo “en un sólo país” genera indefectiblemente mutaciones y deformación burocrática, mientras que la revolución mundial simultánea es evidentemente imposible a consecuencia del desarrollo extremadamente desigual de los países y regiones en el mundo contemporáneo, también recibe un nuevo giro. Esta paradoja es “eliminada” si planteamos la cuestión algo distinta.

En las condiciones del siglo XX, naturalmente, no era posible ninguna “victoria (y menos aún ‘definitiva’) del socialismo en un solo país”, entendida como el reinado de la formación económico-social comunista (en su primera fase); sin embargo, fueron realidades de ese siglo –y serán realidades del siglo XXI- las revoluciones socialistas exitosas y los primeros pasos de transformaciones comunistas en determinados países. Estos primeros pasos, en dependencia de las condiciones nacionales (y en grado aún mayor de las condiciones internacionales), pueden ser más o menos exitosas, culminando (como ocurrió en la mayoría de los casos en el siglo XX) en derrotas, mutaciones y autodestrucción o (como, estamos convencidos, será en un futuro no lejano), con un progreso internacional del socialismo en las tres direcciones (“cursos”).

Ya señalé que la victoria y la supervivencia de los retoños mutantes del socialismo en el siglo XX se mostraron posibles sólo gracias a los movimientos nacional-liberadores, sindicales, comunistas, social-demócratas, etc., en otros países; y estos movimientos fueron tan significativos cuantitativamente (y, al mismo tiempo, tan mutantes cualitativamente) porque estaban interrelacionados con la vida del “campo socialista”. *La nueva “ola” de transformaciones socialistas será también única (pero no igual) para todo el mundo*: y también solamente articulados –sobre la marcha de la conformación de una nueva cualidad del movimiento socialista, que supere las contradicciones de la etapa anterior, que extraiga las lecciones de sus

errores, que herede sus heroicos logros- pueden ocurrir movimientos sociales y revoluciones sociales y cambios en el balance mundial de fuerzas y en el tipo de relaciones “Norte”- “Sur”, “Este”-“Oeste”.

Este resultado positivo se tornará posible sólo a medida que se supere la más arriba mencionada “trampa del siglo XX”: la situación en que las contradicciones del mundo de la enajenación, del capitalismo, son suficientemente profundas para la explosión social (especialmente en el llamado “eslabón débil”), pero en que las condiciones materiales, la energía de la creatividad social y de la cultura de las fuerzas revolucionarias en el mundo son insuficientes para una irrupción en todos y cada uno de los tres “cursos” del desarrollo internacional del socialismo. En correspondencia con ello, los intentos de la “construcción del socialismo” en países aislados estarán destinados a la derrota o a la deformación hasta que esas premisas no se tornen suficientemente grandes para que (1) la revolución socialista exitosa en un país o en una serie de países no se detenga con la destrucción del viejo sistema y pase a la creación histórica consciente, por parte de los trabajadores, de las nuevas relaciones sociales; (2) las reformas (humanistas, ecológicas, etc.) en los países capitalistas desarrollados no se muestren como la tendencia principal de su vida social; (3) los movimientos democráticos y las organizaciones de izquierda no se tornen una fuerza capaz, (a través de acciones no violentas de masas, como, digamos, una huelga general, etc.) de contrarrestar activamente el poder del capital corporativo internacional y de la burguesía nacional.

Y a pesar de todo, incluso en este último caso, la lucha real revolucionaria y reformadora, que viene de abajo, no será inútil. Dará a las fuerzas del socialismo una experiencia práctica inestimable, fortalecerá sus “músculos sociales”, permitirá extraer lecciones teóricas y, en última instancia (a pesar del “retroceso” contrarrevolucionario, típico en las condiciones de derrota de las fuerzas progresistas), ocasionará desplazamientos positivos en el ámbito de las reformas sociales “desde arriba”.

De modo que el progreso del socialismo incluye transformaciones coordinadas que marchan en la dirección de una sociedad post-mercado, de la liberación del trabajo, de la democracia de base, de una integración internacional igualitaria y de una solución priorizada de los problemas globales. En esta misma dirección es que en principio se llevan a cabo las reformas orientadas social y humanísticamente en los marcos del capitalismo “post-clásico”, conducidas por iniciativa y por la presión de las asociaciones de trabajadores y de ciudadanos. A la solución de estas mismas tareas está dirigida la actividad de los movimientos y organizaciones de masas democráticas de izquierda; de las revoluciones democrático-populares (que destruyen la dominación de las elites corporativo-burocráticas) y socialistas (que destruyen el Estado burgués y el poder formal del capital). Estas transformaciones obtienen sus formas adecuadas en la nueva sociedad socialista, que provee como mínimo una liberación “formal” del trabajo y que se apoya en las “muletas” de las relaciones transicionales.

Semejante cualificación del socialismo permite, además de acentuar la receptividad y la transicionalidad, proponer un **criterio de sistema “socialista”** suficientemente sencillo: deberá garantizar una medida superior de eficiencia económica y, lo principal, de desarrollo armónico libre del hombre, que el capitalismo, incluso que el capitalismo “post-clásico”.

Más aún, los retoños del socialismo, las tendencias socialistas y los “oasis” , “islas”, de relaciones de transición al socialismo, pueden ser estables en el mundo de la enajenación sólo en el caso de que se basen en las más avanzadas tecnología, organización del trabajo, dirección, etc. El socialismo, como época de transición, *presupone el desarrollo de nuevas relaciones sociales sólo en aquella medida en la que ellas garanticen una efectividad económica y, lo principal, social, mayor que las anteriores (las burguesas, etc.).* Si no son suficientes las premisas para estas nuevas relaciones post-mercado, que se basan en la liberación del trabajo, etc., entonces se muestra objetivamente indefectible el movimiento hacia el socialismo a través de la utilización de los mecanismos burgueses más modernos, que incrementen la productividad del trabajo, que resuelvan las tareas de aumentar el carácter “civilizador” de la sociedad, etc.; (en ello estribaba, en particular, el sentido de la NEP). Subrayo: es necesario utilizar las formas más desarrolladas del capitalismo post-clásico, y no las formas pre-burguesas (la pequeña producción primitiva, la conminación extra-económica) o las de la burguesía inicial, pues las primeras servirán del modo más eficiente a la tarea de “terminar de construir” las premisas del socialismo.

Para el socialismo, como un todo, es característica la regla de: utilizar los principios comunistas sólo allí y por cuánto, dónde y por tanto sean económica y socialmente más eficientes. El trabajo libre, la

autodirección y la planificación democrática deben y pueden desarrollarse por doquiera que den los mayores resultados. Allí dónde no sean eficientes, son necesarias las formas transicionales. Si incluso éstas últimas “no funcionan”, entonces al socialismo le son necesarias “las muletas” de las formas contemporáneas del capitalismo post-clásico. Ésta es una de las facetas más importantes de la dialéctica del socialismo como proceso de transición.

El socialismo, en su desarrollo, atraviesa, como muestra la historia contemporánea, las siguientes etapas, como mínimo:

La primera, vinculada a la posibilidad potencial del inicio de transformaciones socialistas en las condiciones del capitalismo industrial desarrollado, estatal-monopolista. En esta etapa las premisas del socialismo están vinculadas, ante todo, con la socialización de la producción, industrial por su base; con el minado de las relaciones mercantiles consecuencia del desarrollo de los monopolios privados capitalistas y del Estado como súper-monopolios; y también con la agudización de las contradicciones interimperialistas y de las contradicciones entre las metrópolis y las colonias. En correspondencia con ello, la génesis del socialismo como sociedad nueva comienza con los intentos de una organización planificada de la producción socializada y con su socialización forzada (la nacionalización).

En las condiciones de un bajo potencial mundial general de creatividad social y de cultura de la mayor parte de la población, las explosiones revolucionarias tienen lugar en “el eslabón débil” (donde más fuerte es el yugo de la enajenación, la explotación, dónde es alta la energía de la protesta y es débil el régimen vigente), pero allí son también débiles las premisas de la creación social positiva (así era Rusia al comienzo del siglo XX). Esta tendencia conduce, de modo regular, al surgimiento de mutaciones burocráticas (sobre las “mutaciones sociales” hablaremos un tanto en la sección 4.1) y no puede generar formas adecuadas de liberación del trabajo. En “el eslabón fuerte”, sin embargo, “el eco” de estas explosiones contribuye al inicio de reformas socialmente, democráticamente, orientadas.

La segunda etapa, señalizada por la crisis de la gestión capitalista mundial en la primera mitad del siglo XX (la gran depresión, el fascismo, la segunda guerra mundial), estuvo vinculada con la aparición de nuevas premisas del socialismo; ante todo, de la necesidad objetiva de la socialización y la humanización (y no sólo de la regulación estatal) de esa gestión capitalista mundial. Como respuesta a este desafío del siglo XX, después del desastre de los intentos de resolver esas contradicciones por la vía de la facitización y no de la socialización, y después del desmoronamiento del colonialismo,

emergieron las reformas social-democráticas y el tránsito a “la sociedad de los 2/3” en los países desarrollados. La hegemonía del capital corporativo fue afianzada en formas reformistas (el apogeo de las democracias parlamentarias, de los mecanismos de apareamiento social, de defensa social, etc.); el modelo del mercado regulado, controlado por las CTN, permitió, aunque fuera en forma perversa (“la sociedad de consumo”, el crecimiento de la contradicción “Norte-Sur”, los problemas globales ecológicos y otros), utilizar los logros de la primera ola de la RCT e iniciar sus nuevos pasos.

El “sistema socialista mundial” reaccionó a ello con “el deshielo jruscheviano”, con los experimentos cubano, chino, yugoeslavo y húngaro, pero ninguno de ellos dio la socialización y la democratización de la dirección, en conjugación con un alto nivel de bienestar y con poderosos impulsos del progreso científico-técnico en las ramas civiles, que eran necesarios en la época de la RCT.

Con el final del “deshielo jruscheviano” el socialismo mutante comenzó inequívocamente a perder con el capitalismo post-clásico, que había sido capaz, por una parte, de desarrollar hábilmente las relaciones transicionales contemporáneas (“la gestión social de mercado”) y, por otra, garantizar “la exportación” de sus problemas y contradicciones hacia los países subdesarrollados, pasando a la política del neo-colonialismo. La práctica mostró que las relaciones del “socialismo mutante” resultaron ser, como un todo, menos efectivas, condicionando el retraso del “socialismo” con relación a los países desarrollados en el ámbito del progreso científico-técnico (PCT) y del consumo y no habiendo solucionado la “supertarea” histórica: la garantía de una más alta productividad del trabajo, de un desarrollo libre, armónico, del hombre.

La tercera etapa, vinculada con la nueva ola de la revolución tecnológica, estuvo señalizada por la computarización, la militarización y la flexibilidad de la tecnología, con el crecimiento del papel de las capacidades e iniciativas innovadoras individuales. El capitalismo post-clásico reaccionó a ello con el

renacimiento de las tradiciones del liberalismo, con el simultáneo fortalecimiento del poder de las más grandes corporaciones e institutos internacionales (el Fondo Monetario Internacional, etc.). En esencia, fue esa una reacción irracional, que utilizó los logros de la RCT, primordialmente en el sector de las transacciones (las finanzas, la gerencia, etc.) y que dio sólo un progreso insignificante incluso en el ámbito del crecimiento del consumo, sin hablar ya de la cultura.

El socialismo mutante llevó a cabo una serie de intentos de auto-reforma. La perestroika, con sus intentos de tránsito a un modelo “humano” y “democrático” del socialismo, con ayuda de reformas desde arriba (una suerte de “reforma burocrática del poder burocrático”), se desbancó, pues la descomposición del sistema había ido demasiado lejos, el potencial de creación social se había asfixiado casi definitivamente hacia principios de los 80. Por eso incluso la gorbachoviana “lucha burocrática con el burocratismo” dio sólo tímidos intentos de desarrollo de la autodirección y de la autoorganización hacia finales de los 80, pero fueron rápidamente aplastados tanto por la ola conservadora-burocrática, como por la derechista-liberal (ésta última, por añadidura, coincidió con el crecimiento de la reacción internacional, que contribuyera no poco a la quiebra del “socialismo”).

Hasta ahora permanece siendo relativamente más exitosa la experiencia de construcción del “socialismo con especificidad china” (transformaciones análogas se llevan a cabo en Viet-Nam), dónde, como ya se señaló, se realiza el intento de “el injerto pacífico de la burocracia estatal-paternalista con el capitalismo”. Este proceso es y será eficiente para los países que han escogido la trayectoria de la industrialización y del desarrollo del tipo “persiguiendo a” (a condición de que la auto-descomposición de la nomenclatura no induzca el desmoronamiento de la pirámide única burocrática y la cruel “guerra de todos contra todos” entre los clanes corporativos, como sucediera en la ex -URSS). Pero nunca garantizará ni la solución de las contradicciones del socialismo mutante, ni la utilización de la nueva ola de la RCT. La perspectiva de China y de Viet-Nam (a condición de que les sea factible mantener el actual modelo de reformas) es la transformación en países industriales de nuevo cuño, con una economía de mercado regulada paternalista, estatal-corporativamente; con un sistema político autoritario y con elementos de una ideología formalmente socialista, junto a un conformismo masivo y un consumismo por parte de la mayoría de la población; o sea, no más que una variante del modelo del socialismo mutante.

Permanece abierta la cuestión acerca de los caminos de evolución de Cuba, dónde, por un lado, se ven elementos del socialismo (en el ámbito de la seguridad social, cierto igualitarismo, retoños de autodirección), y por otro lado, como le pareció al autor, crece la flacidez social, el desarrollo del afán de lucro (inevitable, por lo visto, en las condiciones de la más difícil de las crisis) provoca el arribo del espontaneísmo pequeño- burgués y de otros fenómenos no-socialistas.

Como resultado, el socialismo, en todos los ámbitos (incluyendo hasta la teoría) se halló herido por la crisis, cuyo síntoma más vivo fue el auto-desmoronamiento del “sistema socialista mundial”. Esta crisis, al mismo tiempo, porta consigo una ola de limpieza y renovación del socialismo.

La cuarta etapa, en cuyo límite nos hallamos hoy en día, puede ser pronosticada como un periodo de crecimiento cualitativo del papel del trabajo creativo y de la innovación social colectiva. El capitalismo post-clásico hace ya tiempo que busca vías de integración “al sistema” de nuevas formas (en parte colectivas) de relaciones laborales, de propiedad, etc. La cuestión de hasta que punto le será ello factible permanece por ahora abierta, pero ante el socialismo, en el umbral del siglo XXI, está unívocamente planteada la tarea de hallar respuesta a este desafío; para lo cuál no es necesario una nueva ola de estatalización, sino el desarrollo de una real creatividad social asociativa de las masas.

Lo principal en todas estos problemas es la cuestión acerca de quién, cuáles fuerzas sociales son capaces de llevar a cabo las transformaciones socialistas y estén interesadas objetivamente en ellas.

3.2 La base social y las fuerzas motrices de las transformaciones revolucionarias.

Los desplazamientos en las bases tecnológicas y en la estructura de la producción social, la autoreforma del capitalismo post-clásico, las contradicciones de la internacionalización, cambiaron significativamente **la estructura social de la comunidad mundial contemporánea.**

La clase de los trabajadores asalariados en los países desarrollados no es, en su mayor parte, un proletariado industrial, sino trabajadores de la esfera de los servicios y empleados del sector de las transacciones. Al mismo tiempo, en los países subdesarrollados domina el trabajo industrial y se conserva el trabajo manual masivo, no está extinguida la sujeción extra-económica; son significativas por principio las diferencias profesionales y socio-económicas entre las diferentes capas de esta clase (y ella abarca actualmente a billones de gentes: desde los braceros de Méjico hasta los gerentes de las corporaciones transnacionales). No se puede dejar de tenerlas en consideración si queremos comprender los intereses y acciones sociales reales de las diversas capas de la clase de los trabajadores asalariados en diferentes países y regiones.

La anterior tesis acerca del proletariado industrial como la única fuerza revolucionaria consecuente, interesada en las transformaciones revolucionarias, ahora exige una corrección, partiendo de los cambios mencionados más arriba, que caracterizan el hito del milenio, el inicio del tránsito de “la pre-historia” hacia “el reino de la libertad”.

De idéntica manera, por un lado, *la clase de los burgueses* está sustancialmente cambiada por el proceso de “difusión” de la capa de burgueses y de altos empleados; por otro lado, tiene lugar la ulterior concentración del poder económico y político real en las manos de un estrecho círculo de elites corporativas capitalistas que controlan las finanzas, las relaciones de propiedad, la producción, el poder estatal. Estas elites incluyen a un círculo pequeño de personas, unidas en “clanes” permanentemente en rivalidad (parcialmente formalizados, como, por ejemplo, los altos empleados de las CTN y las personalidades estatales dirigentes del Grupo de los 7 (G-7); parcialmente semi-ocultas, como, por ejemplo, los amos de los grupos financieros más poderosos; o parcialmente no legales, como “los reyes” de la mafia), y ellos precisamente son actualmente los amos de la economía, de la política, de la ideología mundiales.

Los desplazamientos descritos más arriba conducen a que en el umbral del siglo XXI, la contradicción “clásica” entre el trabajo asalariado y el capital, es complementada (sin eliminarse), *por una nueva contradicción socio-clasista del capitalismo post-clásico*. En un polo de esta contradicción está personificado el capital corporativo internacional organizado. Esta elite es la de los amos reales de las corporaciones transnacionales (cada una de ellas posee un poder comparable con el poder de un Estado; su actividad se coordina por “las súper-corporaciones”: los Estados nacionales y las estructuras corporativas transnacionales del tipo del Fondo Monetario Internacional), que implementan una síntesis sui-géneris de la subordinación burocrático-totalitaria y de la explotación capitalista. En el otro polo de esta contradicción están aquellos trabajadores (las gentes del trabajo asalariado y del trabajo libre) que son capaces de resistir en la práctica a este poder, siendo sujetos de la creación social, capaces de auto-organización, de auto-defensa, de una conformación dirigida-a-fines de nuevas relaciones en la vida económica, política y cultural.

Como resultado, la sociedad no se divide simplemente en propietarios de capital y trabajadores asalariados. Surge otra división (como que por la diagonal que secciona la pirámide tradicional clasista): una frontera sumamente móvil, *la contradicción de los conformistas y aquéllos que son capaces de una creatividad social conjunta*. Los primeros constituyen una función de las estructuras corporativo-capitalistas (desde el gran gerente hasta el trabajador asalariado “de filas” que está preocupado sólo por el problema de la venta ventajosa de su fuerza de trabajo y del cumplimiento de las reglas “de una vida decente”; desde el billonario-rentista hasta el pobrete-jubilado que cumple obediente todas las reglas de vida del Estado-corporación). Los segundos son los sujetos de creatividad socio-económica asociada: esos mismos trabajadores asalariados y personas de las profesiones liberales, pero despertadas a la actividad autónoma transformadora de la sociedad en las más variadas formas.

Es bastante evidente que mientras más fuertemente esté el hombre atado, por su posición social, a la propiedad, a la posición jerárquica y a otros institutos del mundo dominante de la enajenación, más difícil le será romper con este vínculo que lo esclaviza e incluirse en la creatividad social.

Se puede presuponer que el status de trabajador libre, incluido en el trabajo creador colectivo, organizado por los propios trabajadores, sea el que más se adecue a una actividad social no-conformista. Pero formas tales del trabajo son, por ahora, la excepción y por ello *el trabajador asalariado* (es decir, parcialmente dependiente del capital, pero contrario a él por su interés clasista; parcialmente enajenado de

sus compañeros, a consecuencia de la competencia de los que venden su fuerza de trabajo, pero colectivista por el carácter de su trabajo), *poseedor de capacidad para la creatividad social* (particularmente con un alto nivel de cultura y de hábitos para la autoorganización colectiva) *es el sujeto potencial más masivo para la lucha positiva con la enajenación* (por reformas socio-humanistas y, después, también por las revoluciones popular democráticas, socialistas).

Los más alejados de este papel son el propietario de capital y las capas “servidoras” del hegemonismo del capital corporativo: los altos empleados del sector de las transacciones y del aparato estatal (incluida la cúpula del ejército y de la policía), las personas ocupadas en la “producción de ideología” (la intelectualidad “inscripta” en el mundo de la enajenación y que la reproduce con su trabajo; por ejemplo, en los medios masivos de comunicación y en la “cultura de masas”), y también las capas marginales tornadas lumpen, criminales. (Es substancial también la división, dentro de estas “fuerzas de la enajenación”, entre sujetos de hegemonía, que son en medida significativa coincidentes con la clase de los explotadores y “esclavos” de la hegemonía que, como regla, son las capas más aplastadas de los explotados. Las últimas, en ciertas condiciones, son capaces de apoyar tanto las transformaciones socialistas (pero provocarán si deformación), como también las formas extremas de hegemonismo del capital : el fascismo, el nacionalismo, etc.).

No es difícil concluir que la división de la sociedad en conformistas y en creadores sociales está condicionada en su base **por la contradicción del hegemonismo del capital corporativo** (la más alta forma de enajenación hoy en día) **y la creación social asociada**. La división descrita puede ser ilustrada, de modo algo condicional, con un esquema (que, naturalmente, simplifica significativamente las relaciones reales) - ver más abajo- que muestra -ver más abajo- la “superposición” y el mutuo condicionamiento de las divisiones socio-clasista (capitalista-trabajador asalariado, con múltiples “capas” entre estos polos) y socio-creativa (la división en conformistas y en sujetos de creatividad social) de la sociedad.

LA ESTRUCTURA SOCIAL DEL CAPITALISMO POST-CLÁSICO CONTEMPORÁNEO

LOS CONFORMISTAS

| *Sujetos*
 ✓ *de hegemonismo*

elite corporativo-capitalista (sujeto de hegemonismo del capital corporativo)

burguesía media, altos gerentes, intelectualidad “de elite” y otras personas que “realizan” de modo inmediato el hegemonismo del capital corporativo
 pequeña burguesía, granjeros,
 trabajadores asalariados,
 sector de las transacciones

SUJETOS
 DE

sujetos de trabajo libre creador

trabajadores co-dueños asociados
 (en las cooperativas, etc.)

CREACIÓN SOCIAL
 ASOCIADA

trabajadores asalariados, ocupados en
 el trabajo creador (incluye a la “intelectualidad de filas”)

trabajadores asalariados, ocupados en el trabajo industrial reproductivo (subordinados a las máquinas) o en el trabajo manual

trabajadores esclavizados no sólo económicamente, sino también por la sujeción extra-económica, por las tradiciones patriarcales, etc.

pauperizados, lumpens, etc.
 LOS CONFORMISTAS

/\ *Objetos*
/ *de hegemonismo*

En el primer caso (la división vertical), están representadas las clases y estratos que son distinguidos según los criterios marxistas tradicionales, vinculados al lugar del hombre en el sistema de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción (teniendo en cuenta los factores súper-estructurales) de la sociedad contemporánea, donde las relaciones del capitalismo post-clásico conviven con las supervivencias de la sujeción extra-económica. En calidad de rasgos conformadores de las clases (teniendo en cuenta la estratificación intra-clasista) se toman los del lugar en el sistema de la división social del trabajo (en particular, la división en trabajo reproductivo, pre-industrial e industrial y trabajo creador, etc.); la relación con la propiedad (aquí puede añadirse un nuevo criterio, el del volumen de los derechos de propiedad que se concentran en el estrato dado: desde la situación de dueño real, pasando por la del control de la función de usufructo de la propiedad, hasta la de enajenación con relación a la propiedad); el carácter de la liberación/enajenación (explotación, subordinación) del trabajo: desde el trabajo realmente/formalmente libre, hasta el trabajo asalariado esclavizante o incluso el trabajo con dependencia personal; el volumen y modo de obtención de la ganancia, y otros.

En el segundo caso representado en el esquema (el corte diagonal), la “divisoria de aguas” no pasa por los rasgos clásicos conformadores de las clases, sino sobre la base de otro criterio socio-material, tributario de la base social: el ser del individuo como función, objeto, “esclavo” de la enajenación o como sujeto asociado de la transformación creadora y activa de las relaciones sociales (en correspondencia con las regularidades de su desarrollo, como es natural).

A diferencia de la división en clases, esta frontera es mucho más hábil y es portadora de un carácter “de medida” (por eso está mostrada en el esquema por líneas inclinadas diagonales); cada hombre, en determinada medida (y no de modo absoluto) es un “esclavo” de la enajenación y un sujeto de la creación social asociada. Además, esta frontera es muy hábil en el tiempo y en el espacio: en los periodos de auge revolucionario, y tanto más en las revoluciones, la frontera se desplaza agudamente hacia la izquierda, amplias masas se incorporan a la creatividad social; en los periodos de crisis del movimiento de izquierda y de fortalecimiento del hegemonismo del capital, crece el conformismo, disminuye el potencial social-transformador. Por eso es que la tarea primordial de los activistas del movimiento socialista y comunista es el cambio de esa medida, la creación de condiciones para una participación cada vez más masiva, activa, capaz de los trabajadores en la conformación autónoma de su vida social.

De ese modo, *la base social de las transformaciones socialistas* está constituida por la gente del trabajo asalariado y del trabajo libre, en la medida en que: (1) sean objeto de enajenación y de hegemonía del capital (incluyendo la explotación); (2) concienticen este hecho ideológicamente (que se conforme en ellos la autoconciencia correspondiente) y prácticamente, habiendo comenzado a accionar en contra de este hegemonismo y explotación sobre la base de la auto-organización; (3) posean las capacidades (el nivel de cultura) y la experiencia (los “músculos sociales”) para la creatividad social autónoma, para la transformación de las relaciones de enajenación en relaciones de la nueva sociedad.

Esta medida, en países diferentes, en periodos diferentes, ha sido y será diversa, pero el proceso de conformación de la base social de las transformaciones socialistas presenta un carácter internacional (y, al igual que el progreso del socialismo, es *no lineal*) y está directamente vinculado en los últimos decenios con *el carácter antagónico del proceso de globalización e internacionalización de la comunidad mundial contemporánea*. Ésta última no se muestra escindida simplemente en ricos y pobres. Sus contradicciones son ahora complejas y de múltiples niveles. En el origen: la contradicción entre el trabajador de la mayoría de los países del “tercer” mundo y el del “primer” mundo, de una parte; entre el capital transnacional y nacional de esos mismos países, por otra parte.

Los trabajadores de los países del “primer”, del “segundo” y del “tercer” mundos tienen diferencias esenciales, concernientes a las condiciones específicas de la enajenación y de la explotación (en el primero: el dominio del hegemonismo “civilizado” del capital y de la alianza social; en el tercero: formas “bárbaras” del capitalismo junto a la sujeción extraeconómica), al nivel de cultura, de la organización, de experiencia, es decir, al potencial de creatividad social, etc. En estas condiciones existen contradicciones objetivas entre los trabajadores de los países “pobres” y “ricos”. La contradicción “Norte”-“Sur” creó y crea las bases para la

“paz de clase” de las clases antagónicas en ambos grupos de países. En los “ricos”: para la defensa de sus privilegios “comunes” (de aquí el terreno fértil desde abajo para el racismo, para el apoyo al militarismo, para el “nuevo orden mundial” en los países desarrollados). En los “pobres” : para la lucha conjunta contra la hegemonía del “Norte” (de aquí el fundamento para el nacionalismo, el separatismo y el militarismo en los países en desarrollo).

De una parte las contradicciones entre el trabajo y el capitalismo, que atraviesan todo el mundo contemporáneo; de otra parte los conformistas (los sujetos y los “esclavos” del hegemonismo del capital y de la burocracia) y los sujetos de la creatividad social; y de una tercera parte los ciudadanos de los países atrasados y desarrollados, crean un cuadro extremadamente complejo de disposición de fuerzas sociales en el mundo contemporáneo.

Como resultado *la lucha contra la opresión nacional, contra el neoimperialismo, adquiere un carácter ambivalente*: apoyándose en los conformistas, que a menudo se revisten de formas agresivas y conservadoras en los países del “tercer” y del “segundo” mundos, esta lucha redundante en apoyo a los movimientos autoritarios, patriarcales, semif feudales; a la “nostalgia” por el “socialismo desarrollado”, etc. Al mismo tiempo, la lucha por la liberación nacional y por el nuevo tipo de relaciones internacionales se torna parte indisoluble de las transformaciones socialistas si se apoya en el internacionalismo; si se lleva sobre la base de la creación, de conjunto con las asociaciones de los trabajadores de los países desarrollados (si no no habrá éxito), de formas nuevas de vida social a escala nacional e internacional (desde las reformas sociales, orientadas humanísticamente, hasta las revoluciones popular-democráticas y socialistas).

A su vez, la mayoría conformista de los trabajadores de los países desarrollados es capaz, manifestando chovinismo, de apoyar el hegemonismo del capital corporativo “de la patria” o, por el contrario, de orientarse a la solución internacionalista de los problemas de la liberación de los trabajadores.

Como resultado, los “esclavos” de la enajenación en los países del “Norte” y del “Sur” orientándose al nacionalismo o al chovinismo, apoyando a sus elites, conservan de hecho, apoyan, el poder del capital corporativo en los países desarrollados, de los regímenes nacionales burocráticos en los países en desarrollo, lo que conduce a la eternización de los antagonismos mundiales actuales. Por otra parte, ascendiendo hacia el internacionalismo, hacia las formas internacionales de creación social conjunta, sus sujetos crean *la base social internacional de las transformaciones socialistas* en la lucha (a través de reformas y revoluciones) tanto contra la hegemonía del capital corporativo como contra el nacionalismo y el separatismo.

Asimismo, *la base social de lucha contra las amenazas globales a la humanidad* se conforma, en fin de cuentas, a partir de aquella parte de la sociedad que es capaz, debido a sus condiciones de vida, de asimilar, de concientizar, la prioridad de estos problemas humanístico-generales. Se puede arribar a semejante concienciación: (1) teóricamente (ésta ha sido y será la estrecha porción “intelectual” de estos movimientos), (2) prácticamente (lo que se convierte en participación de un número creciente de ciudadanos, que se topan con los problemas ecológicos, con los horrores de las guerras, con el genocidio, etc.) y (3) a través de formas superiores de la lucha organizada por el socialismo (los trabajadores, que constituyen los sujetos de la creatividad social).

Solamente la fusión de estas tres fuerzas puede, en fin de cuentas, proporcionar la base social para la solución de los problemas globales a medida que cambian las relaciones sociales a escala internacional. Sólo en este diálogo podrán los dos primeros grupos, de hecho (con la experiencia de la lucha conjunta por las reformas etc.), convencerse de que los problemas globales son insolubles sin la creación de nuevas relaciones socialistas en la sociedad. Y el tercer grupo, convencerse de la imposibilidad de las reformas sociales (y tanto más aún de las revoluciones) fuera de la solución de los problemas globales internacionales; de lo imperdonable del apoyo a las fuerzas del nacionalismo, del militarismo, del expansionismo, del curso a un modelo sin salida de una “sociedad de consumo”, que oprime a la cultura de la Tierra (y, en particular, a la naturaleza).

El acento en las contradicciones internas en el medio trabajador y “la difusión” de la clase burguesa, en lo respecta a los problemas de la internacionalización y la globalización, exigen la “eliminación” crítica de las representaciones anteriores acerca de **la misión histórica de la clase obrera**.

Cuando comprendemos el tránsito hacia el comunismo como, antes que todo, una transformación global de todo el mundo de la enajenación (y no sólo del capitalismo) en la sociedad post-económica, post-industrial, de hecho ponemos en duda la vieja tesis acerca del proletariado industrial como la fuerza motriz principal de las transformaciones socialistas. Se promueve una concepción más compleja (muchos de cuyos componentes son conocidos hace ya tiempo a la “nueva” generación de la izquierda en Occidente).

En efecto, en la medida en la que el trabajo industrial y la tarea “tradicional” de la lucha contra la explotación capitalista se conservan en el mundo contemporáneo, el proletariado industrial será potencialmente el sujeto más activo de esta lucha, pero una vez más, no todo ese sujeto, sino sólo aquella parte suya que “asciende” hasta la comprensión práctica de sus intereses clasistas.

Las tareas más complejas de conformación de movimientos democráticos de masas que lleven a cabo los pasos reformadores prácticos aunque sea para la superación parcial de la enajenación, serán realizadas por aquella parte de las personas del trabajo asalariado y del trabajo libre, que posea el deseo y la capacidad de construir por sí misma su nueva vida. En los países con tecnología desarrollada y con un potencial cultural será en su mayoría fundamentalmente la parte socialmente activa de la intelectualidad “de filas”: los trabajadores asalariados incluidos en el trabajo creador (aunque sea parcialmente) colectivo (los ingenieros y los maestros, los programadores y los médicos), y también los trabajadores calificados (en el proletariado industrial tradicional tales personas constituyen la minoría).

Precisamente a partir de estas capas sociales, que hayan acumulado una experiencia de actividad transformadora y creadora, es que se puede conformar, en determinadas condiciones (descritas más arriba) el sujeto de las transformaciones socialistas revolucionarias.

Al mismo tiempo, la intelectualidad, reproduciendo la hegemonía cultural-ideológica del capital (los expertos de las corporaciones transnacionales, del CMI, los trabajadores de los medios masivos de comunicación, para no hablar de los empleados administrativos y estatales medios y superiores, etc.) en su mayoría se verá, por la índole de su modo de vida “del otro lado de la barricada” en la lucha por las transformaciones socialistas; generando de su medio, sólo en el periodo de crisis del sistema de enajenación (y, para eso, como excepción) teóricos que estén próximos al movimiento de izquierda.

En las condiciones del tránsito hacia una época en la que la producción material queda desplazada por la “producción” de cultura y que el trabajo industrial reproductivo colectivo es desplazado por el trabajo creador generalizado, adquiere particular significación el atraer hacia las acciones sociales reformadoras y revolucionarias a determinadas personalidades que posean un potencial de creación particular, único. A semejanza de cómo en la esfera de la producción social tal hombre es capaz él mismo de crear riqueza social por el valor de los resultados prevalecientes del trabajo por sobre miles de trabajadores “comunes”, asimismo en la vida social estos sujetos de la actividad creadora son capaces, en los hechos prácticos, de esfuerzos equivalentes, por sus resultados, a movimientos de masas. No el engrandecimiento de los líderes y el empujamiento de las masas, sino, por el contrario, la inclusión en los movimientos de izquierda de un número significativo de individualidades –irrepetibles, creadoras, diversas, irreductibles a un denominador común. Una suerte de individualización de la base social de los movimientos de izquierda, un acento en las personalidades que los conforman, y no en la masividad, es también un rasgo distinguidor de la base social perspectiva de las transformaciones comunistas.

3.3 La estrategia de las transformaciones socialistas: tareas y medios de su solución.

La comunidad mundial contemporánea del capitalismo post-clásico internacional está dividida en un complejo sistema de contradicciones sociales. En correspondencia con ello surgen asimismo varios “niveles”, **cada uno subsiguientemente más complejo, de tareas estratégicas de lucha por la liberación social**, cada una de las cuáles puede ser solucionada por determinadas fuerzas sociales.

El primero, condicionado por el antagonismo clásico del mundo de la enajenación: la explotación de los trabajadores y, en particular, la explotación del trabajo asalariado por parte del capital. El objetivo clásico

de esta lucha [y ella es actual en la medida en que (1) existe una masiva explotación de los trabajadores de los países del “tercer” y del “segundo” mundos y (2) se conserva la explotación de los trabajadores en los países desarrollados, a pesar de cierta redistribución de la plusvalía en favor de la actualmente cada vez más desarrollada “clase media”] es la redistribución del plus-producto a favor de los trabajadores, .

En el mundo contemporáneo esta lucha puede y debe tornarse antes que todo una lucha internacional por la redistribución del plus-producto utilizado irracionalmente en fines militares, en el desarrollo hipertrofiado del sector pervertido, en el sobreconsumo parasitario tanto nacional como -y ante todo- internacional del capital (privado y estatal).

En el mundo contemporáneo esta redistribución puede y debe ser orientada ante todo a (1) el aumento de la calidad de la vida de los trabajadores fuera de los países desarrollados y de las capas más desposeídas de los países desarrollados, pues el nivel del consumo utilitario de la “clase media” en los países desarrollados hace tiempo que alcanzó standards racionales; (2) la reducción y la liquidación del desempleo; (3) el progreso del contenido creador del trabajo, el crecimiento del tiempo libre y el desarrollo de la accesibilidad igualitaria a los bienes culturales (en sentido amplio: educación, trato social, salud, etc.) para todas las capas trabajadoras; la solución de los problemas globales más agudos e imposterables.

La base social de esta lucha pueden ser prácticamente todos los trabajadores que hayan concientizado sus intereses económicos básicos (como vendedores de fuerza de trabajo o como otros que laboran explotados tal como lo hacen los campesinos, etc.) y que han ascendido hasta la concienciación práctica de la necesidad de una lucha solidaria contra la explotación. Probablemente los trabajadores asalariados de los “países de nueva industrialización” y de los países del extinguido “sistema socialista” se conviertan en la parte más activa de esta lucha internacional, así como los trabajadores de aquellas esferas de la economía de los países desarrollados (como regla, las ramas industriales tradicionales) donde sean más “transparentes” las relaciones de explotación, alta la amenaza del desempleo, bajo el nivel de vida y, al mismo tiempo, suficientemente alto el potencial sociocultural de los trabajadores, su capacidad de concientizar aunque sea sus intereses económicos clasistas.

Los obstáculos principales en este camino son: 1) la subordinación de los trabajadores (de su modo de vida social, de su ideología) al capital corporativo, al Estado, a las corporaciones pre-burguesas (los clanes, las castas, etc.), lo que les priva de su capacidad para la defensa autónoma de sus más simples intereses; (2) la división dentro de los trabajadores (las contradicciones entre trabajadores de diferentes ramas, regiones, naciones, grupos étnicos, razas, Estados, etc.), formas especialmente peligrosas del cuál son el nacionalismo y el racismo.

Las vías más importantes para superar estos obstáculos son los mecanismos hace tiempo conocidos de solidaridad entre trabajadores (entre ellos los internacionales), unidos en organizaciones que defiendan sus intereses económicos (los sindicatos y otras).

El segundo nivel es el de la lucha reformista de los trabajadores por la realización de sus intereses estratégicos más complejos, vinculados con la superación, aunque sea parcial, de la enajenación con relación a la dirección, a la propiedad, al trabajo y a otras formas del modo de vida del hombre en los marcos del “viejo” sistema social. Las formas prácticas conocidas de esta lucha son: la contabilidad y el control por parte de los trabajadores, la participación en la dirección y el desarrollo de la auto-gestión en las empresas; la unión de los trabajadores en asociaciones para la concertación de acuerdos colectivos en los niveles local, nacional e internacional; la lucha de los trabajadores por la redistribución de las acciones a favor del colectivo como un todo, y no sólo de miembros aislados del mismo, la creación de empresas colectivas (cooperativas) y sus asociaciones; la formación de asociaciones democráticas abiertas de ciudadanos, llamadas a dar los primeros pasos para la superación de su conformismo, de su subordinación al establishment en la vida social; las uniones de consumidores y ecológicas, la autogestión local, las asociaciones pacifistas, de mujeres, de jóvenes.

Una condición para el avance por esta vía es la capacidad de los trabajadores, de los ciudadanos, para la colaboración social, y ella se forma en el proceso de asimilación de la cultura por el hombre, de la creación social en toda la multivariada de sus formas, desde los aficionados fabriles hasta el gran arte accesible a todos (sean esto las hojas de propaganda de Mayakosvski o los cuentos y las novelas de

Hemingway); desde el club deportivo del barrio hasta los poemas pedagógicos creados por maestros tales como Makarenko; desde la alfabetización económica de los trabajadores hasta la educación universalizada realmente accesible para todos e independiente del poder del capital y de la burocracia.... En correspondencia con ello, la lucha por el desarrollo prioritario de la esfera socio-cultural (y, naturalmente, la solución de problemas globales más complejos que los del primer nivel) se convierte en condición y parte integrante de la lucha por la liberación del trabajo, basándose en la tendencia mundial del progreso del contenido creador del trabajo e intensificando esta tendencia.

Aquellas capas de los trabajadores que hayan prácticamente concientizado la necesidad de una defensa colectiva de sus intereses generales como obreros, consumidores, pobladores, gente; interesadas en la solución de los problemas ecológicos, etc. y también poseedoras de un nivel suficientemente alto de cultura y no sólo de instrucción (repito: un obrero-innovador es más culto que un profesor-dogmático) pueden convertirse en la base social de las formas “complejas” (pero aún reformistas, transicionales) de la creación social y cultural descritas más arriba. Tales capas sociales son las que más activamente pueden manifestarse en los países del “primer” y “segundo” mundos, poseedores de significativos sectores de desarrollo industrial y post-industrial.

Permaneciendo globalmente como relaciones de una reforma de la vida en los marcos del “reino de la necesidad”, los aludidos mecanismos de lucha chocarán (como con un obstáculo de máxima importancia) con la enfermedad de la auto-deformación y de la adaptación a las relaciones dominantes de enajenación, con las tendencias a “incorporarse” a las estructuras corporativo-capitalistas y corporativo-burocráticas existentes, a subordinarse a ellas, con la burocratización interior, con la capitalización. Como consecuencia, tales estructuras perderán el apoyo de los miembros de fila y se auto-deformarán.

Como antídoto contra esta enfermedad pueden fungir: (1) la constante renovación de la composición de tales estructuras, su apertura y movilidad, su accesibilidad generalizada y voluntariedad, el carácter democrático de su dirección; (2) la constante orientación a la solución de tareas prácticas evidentes, dónde sea posible garantizar un éxito aunque sea pequeño, pero real, apoyando en los hechos la efectividad y vitalidad de los mecanismos de creación social aún en los marcos de la enajenación; (3) la elevación de estas formas transicionales hasta la altura de las tareas de la transformación cualitativa, revolucionaria, del mundo de la enajenación.

En correspondencia con ello, la tarea más importante de los activistas de izquierda (los comunistas, los socialistas) es la labor constante (en el papel de “**progresores**”, como aquéllos quiénes, con su trabajo e inteligencia y no por su status, se ganan la autoridad y el liderazgo no formal; y, en ocasiones, en el papel de “médicos” o “jardineros”) por apoyar las tendencias progresivas más importantes en los movimientos democráticos de masas.

El tercer nivel de lucha por la liberación del trabajo es la conformación del sujeto de la creación social revolucionaria. Este sujeto debe: (1) no sólo convencerse en la práctica de que por el camino de las reformas no es posible lograr una solución principal ni de los problemas socio-clasistas ni de los globales; de que no es posible superar la hegemonía del capital corporativo, la explotación, la miseria, el desempleo; de que no es posible garantizar la creación, a escala de masas, de nuevas formas (socialistas) de la cultura, del trabajo, de la dirección, de la propiedad, de las relaciones del hombre y la naturaleza, etc.; sino también (2) poseer suficiente energía de creatividad social (en particular, un nivel de cultura y fuertes “músculos sociales”), y también (3) encontrarse bajo la presión de contradicciones suficientemente rígidas, como para romper con los estables estereotipos conformistas de vida.

Si tal fuerza social se halla presente en un país donde (4) estén suficientemente desarrolladas las premisas para las transformaciones socialistas, y (5) se halle en crisis el sistema de relaciones de enajenación (incluyendo a las clases dominantes y el Estado), entonces, en estas condiciones pueden tornarse reales la revolución democrático-popular y, a renglón seguido, la revolución socialista (se conforma una situación revolucionaria).

La primera de ellas deberá quebrar el poder de las estructuras corporativo-capitalistas burocráticas, creando un sistema político consecuentemente democrático y garantizando la posibilidad de una lucha “igualitaria” entre el trabajo y el capital (siendo pacífica y democrática por naturaleza, esta revolución puede adoptar las formas de una lucha armada en el caso de resistencia violenta a las reformas por parte del capital corporativo y del viejo aparato estatal, del ejército, de la policía, etc., que no gocen del apoyo expresado democráticamente de la mayoría de la población) La segunda de ellas, en las condiciones de la victoria de las transformaciones democrático-populares, será posible como la victoria democrática pacífica de la mayoría trabajadora, organizada para la creación de una nueva sociedad y poseedora de la capacidad para tal creación.

Semejante enfoque obliga a volver a pensar las lecciones que ya extrajera V. I. Lenin a partir de la experiencia de nuestras revoluciones, concernientes a la solución del problema de **la correlación entre las revoluciones sociales y las reformas**. Si comprendemos a la revolución no solamente como la destrucción del viejo sistema y la sustitución del Estado burgués por el socialista, sino también como el primer acto de una creación histórica consciente de las masas, entonces adquiere una significación de primer orden la cuestión de la capacidad de estas masas para (1) crear conscientemente por sí mismas estas nuevas relaciones, más eficientes que las anteriores en el plano económico, social, etc.; (2) destruyendo las formas voluntaristas de relaciones de enajenación, mantener la cultura material y espiritual del pasado.

Es bastante evidente que las masas pueden adquirir estas capacidades solamente en la actividad social práctica conjunta. Una experiencia semejante de trabajo en los marcos del anterior sistema puede ser proporcionada sólo por unas reformas que permitan al sujeto de las transformaciones revolucionarias, en primer lugar, concientizar sus intereses ríigales, comprender cuáles fuerzas sociales ayudarán y cuáles se resistirán a su realización; en segundo lugar, acumular experiencia y energía de creación de nuevas relaciones, “cultivar los músculos sociales”; en tercer lugar, convencerse en la práctica de la limitación de las reformas y en la necesidad de cambios ríigales revolucionarios.

Además, la cuestión de la correlación entre las revoluciones socialistas y las reformas no puede plantearse de otra manera que como algo internacional: la revolución en uno o en una serie de países nunca será exitosa sin poderosos movimientos reformistas en otros países, y estos movimientos pierden gradualmente su potencial si no están vinculados con la creatividad socialista en los países de revolución triunfante.

La quiebra revolucionaria de las instituciones que garantizan las premisas voluntaristas de la reproducción de la hegemonía del capitalismo, ante todo de las normas jurídicas, del aparato de violencia fue, es y será un componente necesario no sólo de la revolución socialista, sino también de la democrático-popular (en este sentido conserva una absoluta justeza la consigna de “La Internacional”: “Destruyamos desde la base a todo el mundo de la violencia... [NB!]). Esta quiebra no deberá en lo absoluto ser generalizada. Es necesaria la conservación de las fuerzas productivas (y, más aún, eliminarle barreras a su desarrollo), la conservación de la cultura material y espiritual del pasado, la conservación del aparato de dirección de la economía, de la sociedad, etc. (con el cambio evolutivo de su esencia, métodos y formas de

actividad). Al mismo tiempo, es inevitable la sustitución de la Constitución y de la legislación, de los principios de formación, los mecanismos de funcionamiento y de dirección superior de los aparatos represivos (el ejército, la policía, etc.) e ideológicos (los medios masivos estatales de comunicación), y también del resto de las estructuras que garantizan la subordinación económica, política, y espiritual de la sociedad a la elite corporativo-capitalista. Precisamente el hegemonismo multilateral de ésta última, que subvierte la acción real incluso de las libertades democrático-burguesas, condiciona la necesidad de una revolución anti-burocrática, anti-corporativa, anti-mafiosa, etc., o sea, de una revolución democrático-popular.

Por eso **la revolución democrático-popular**, destruyendo el hegemonismo del capital corporativo y conformando las condiciones para una democracia real (de base), es la base absolutamente necesaria de una revolución socialista democrática exitosa, apoyada por la mayoría en todos los países donde existe una real opresión de los ciudadanos por las corporaciones, por la burocracia, por los medios masivos de comunicación ,etc.

La base social de las revoluciones democrático-populares puede ser aquélla parte de los ciudadanos de la comunidad mundial que (1) sufre de modo inmediato la hegemonía del capital y de la burocracia; (2) posee un nivel de cultura suficiente para la concienciación de este antagonismo y de sus intereses colectivos asociados (desde un colectivo de trabajadores de una empresa y los habitantes de un micro-barrio hasta el “colectivo” de los habitantes del planeta Tierra, a los cuáles les amenaza una multitud de catástrofes globales); (3) capaces, por el género de su modo de vida, de organizarse y de acciones colectivas. En su mayor parte éstas son las personas de trabajo asalariado y una creciente capa de estudiantes, de alumnos (la educación y la recalificación se convierten en un asunto concerniente a un número cada vez mayor de los actuales o potenciales trabajadores asalariados) y también las capas sociales discriminadas (ante todo las mujeres, las minorías nacionales y raciales, etc.) que responden a los parámetros objetivos aludidos más arriba.

Las condiciones para la transformación de esta base social potencial en creadora real de la revolución democrático-popular revolucionaria” son las circunstancias descritas más arriba como “situación revolucionaria” y también (1) la unidad (incluyendo la internacional) de diversas organizaciones democráticas y (2) la presencia en su seno de un “motor” y de un “cerebro”, capaces de dirigir su energía creadora hacia un curso de transformaciones sociales radicales, que se salgan de los marcos de los intereses de cada una de las organizaciones particulares (sean sindicales, ecológicas, etc.). La realización de esas condiciones es la misión histórica de las fuerzas que actúan como sujeto de las transformaciones socialistas. Solamente estas fuerzas (su base social fue caracterizada más arriba) son realmente capaces de hacer avanzar a las organizaciones y movimientos democráticos de masas que son reformistas por su esencia hacia el apoyo de las acciones revolucionarias (en parte esto sucedió en la ola de la lucha antifascista en Portugal en 1974; con la conformación de los frentes populares en Italia y Francia después de la segunda guerra mundial, etc.)

Una tarea de la máxima importancia de la revolución democrático-popular es la creación de las premisas de una democracia de base, que comience desde la contabilidad y el control desde abajo, masivos, en la vida económica y social, incluyendo la limitación radical o la sustitución del secreto comercial (incluso en la esfera financiera); la privación de privilegios y de ventajas a la burocracia; el control del aparato estatal por las organizaciones democráticas de masas; la desmilitarización de la economía, la reducción del ejército y de la policía secreta, la amplia utilización de la milicia popular y de las formaciones voluntarias para cuidar el orden público; el desarrollo multilateral de la autogestión productiva y territorial (y no sólo de las municipalidades, como especie de “parlamentarismo regional”); la ampliación de la plenipotenciariad y el aumento del papel de los movimientos democráticos de masas (sindicatos, organizaciones de mujeres, ecológicas, de consumidores, etc.); finalmente, la transición a la formación del poder judicial a partir de los representantes de las asociaciones inferiores (productivas, territoriales, funcionales) de ciudadanos (a través de las cuáles pueden y deben trabajar los partidos políticos, ganándose su confianza en el trabajo y no comprando cada 4 años los votos de electores aislados y subordinados a la hegemonía del capital). Los diputados de tales órganos legislativos deben poseer no solamente mandatos imperativos, que le den a las uniones de base de los ciudadanos la posibilidad de pedirle cuentas y sustituir a los diputados en cualquier momento, sino al mismo tiempo también el apoyo por parte de estas mismas uniones de base, que le den la posibilidad de una ayuda organizativa, informativa, consultiva, a sus diputados.

Sin la solución de este mínimo de tareas no es posible el derrumbe de la hegemonía del capital corporativo en el mundo contemporáneo. Cuán pacífico e indoloro sea dependerá de las circunstancias concretas. Se puede suponer que el crecimiento de la influencia y de la combatividad de los movimientos de masas y de los partidos de izquierda en los países con profundas tradiciones social-democráticas puede hacer que este viraje sea relativamente suave e incruento. En los países donde el poder esté en las manos del capital de nomenclatura especulativa y de clanes semi-mafiosos, tal viraje estará con mayor probabilidad conjugado con la violencia.

Las tareas **de la revolución socialista** son mucho más profundas; como mínimo: (1) la destrucción de las bases institucionales de la propiedad privada capitalista; la nacionalización (manteniendo los derechos de los accionistas menores) y el traspaso de las grandes corporaciones capitalistas (en primer lugar, pero no solamente, de las financieras) a la gestión de los colectivos de trabajadores (actuantes en los marcos de programas y normativas estatales); (2) el traspaso del poder político a las manos de las fuerzas sociales interesadas en las transformaciones comunistas (y que las realicen en la práctica).

En las condiciones de una revolución democrático-popular exitosa, esta transición puede y debe suceder por la vía pacífica democrática, sobre la base de la decisión voluntaria de la mayoría, representada por las estructuras de una democracia de base, conservando los derechos de la minoría (aunque ello pueda ser al riesgo de la restauración). Es bastante evidente que tal poder político no será ni el parlamentarismo ni la “dictadura del proletariado” en el sentido tradicional de esta palabra.

Otra cosa es que el derrumbe del poder económico y político de las corporaciones capitalistas, de la burocracia, de los órganos represivos, ideológicos, etc. del capital, con mucha probabilidad dé lugar a la violación por parte de ellos, de los derechos y libertades democráticas, al uso de la violencia hasta el desencadenamiento de la guerra civil.

¿Deberán las fuerzas de izquierda dar pasos revolucionarios siendo (como representantes de los trabajadores, o sea de ciudadanos pacíficos) las menos interesadas en la violencia, pero sabiendo que existe el riesgo del desencadenamiento de la guerra civil por el adversario? Sí, pero sólo cuando la situación interna e internacional haya creado las premisas necesarias y suficientes para la victoria pacífica de las revoluciones democrático-popular y socialista y cuándo frenarlas artificialmente esté preñado de la amenaza de la dictadura burguesa y de una violencia no menor.

Asimismo, no se debe sobrevalorar el carácter “pacífico” de la hegemonía del capital: en el siglo XX dos guerras mundiales y cientos de guerras locales fueron desencadenadas por él. Además, el actual “nuevo orden mundial” (“desorden”, mejor sería decir) que es un sistema de poder del capital corporativo de las superpotencias y de los regímenes nacionalistas burocráticos en el “tercer” y “segundo” mundos, desencadenó o provocó masivamente guerras en los últimos años (Irak-Irán, el Golfo Pérsico, Yugoslavia, Chechenia, etc.), que se llevaron cientos de miles de vidas; practica a escala masiva métodos inhumanos de “bloqueos” (contra Cuba, por ejemplo), guerras secretas e informáticas, etc. De modo que la conservación de esta hegemonía es el mantenimiento de guerras permanentes, la amenaza de las catástrofes termonuclear, ecológica, etc.

El principal problema, sin embargo, es **la amenaza de deformación (de “mutación”) de la revolución** en las condiciones de una ausencia de suficientes premisas. Esta amenaza existirá siempre (aunque la tarea de las fuerzas de izquierda es llevarla a un mínimo), pues la revolución es un acto histórico-natural. Frenarla artificialmente esta preñado de consecuencias tan trágicas como su provocación artificial. Tanto más importante es la presencia, múltiples veces subrayada, de las premisas objetivas (ante todo del potencial de creación y de cultura sociales) y la significación de una estrategia y táctica correctas de las fuerzas revolucionarias, capaces de orientar hacia un curso creativo la energía de la explosión social.

En los próximos años seguirán siendo extremadamente poco probables las revoluciones popular-democráticas y socialistas exitosas (ante todo debido a las condiciones subjetivas). Al mismo tiempo, la expansión de la globalización neoliberal en los países en desarrollo, ante todo en América Latina, la profunda crisis y la agudización de las contradicciones del capitalismo “salvaje” en una serie de países del “segundo” mundo (especialmente en Rusia) son capaces de provocar un explosión social, la cuál (debido a la ausencia

de suficiente potencial de creación social, de auto-organización, de cultura de las fuerzas revolucionarias, del conformismo de la mayoría aplastante de la población, etc.) terminará más probablemente o con una derrota, o con una mutación en el espíritu de un capitalismo paternalista-popular. Por eso en estos países la tarea estratégica para el futuro próximo sigue siendo la conformación de un nuevo movimiento de izquierda y la conformación de una base social para las futuras revoluciones.

*

¿Cuáles podrán ser **la estrategia, los principios de la organización y de la actividad social de las fuerzas de izquierda en el umbral del nuevo milenio**, partiendo de aquellas premisas objetivas para su activismo y de aquellas tareas que quedan definidas por las contradicciones de la comunidad mundial contemporánea?

Las respuestas a estas preguntas (con toda su escala y complejidad) están, en su fundamento, definidas de antemano, por una parte, por la experiencia de las fuerzas de orientación socialista (incluyendo a aquellas como el Partido de los Trabajadores en Brasil, el Partido del Socialismo Democrático en la RFA, el Partido de Renovación Comunista en Italia, las fuerzas de izquierda de España y otras), que hayan superado exitosamente la actual crisis del movimiento de izquierda, y por otra parte, por el análisis teórico de las premisas, de las tareas y de la base social de las transformaciones socialistas, y también de los trabajos generalizadores de nuestros predecesores socialistas acerca de los problemas de la estrategia y la táctica de las fuerzas de izquierda.

Este fundamento permite distinguir las siguientes direcciones, formas y métodos de actividad social principales de las fuerzas de izquierda, dirigidas a la solución de las tareas del **nivel** correspondiente.

El primer nivel que es el de la solución de las tareas de redistribución a favor de los trabajadores (a escala nacional e internacional) de la plusvalía creada por ellos, condiciona la conservación de la vigencia de prácticamente todas las consignas básicas estratégicas elaboradas por el movimiento obrero en los últimos ciento y tantos años. La novedad es introducida principalmente por la nueva cualidad de las relaciones de explotación en los países desarrollados (la redistribución parcial de la ganancia a favor de los trabajadores) y por la profundización de los problemas internacionales.

La estrategia principal de la izquierda en el umbral del siglo XXI en este nivel, es la de “elevar” esta lucha aunque sea hasta el segundo nivel: el apoyo a la auto-organización de los trabajadores que se manifiesten contra la hegemonía multilateral del capital y de la burocracia, y no solamente contra la explotación económica.

En el primer nivel la cuestión casi más compleja de la estrategia de la izquierda se torna su actitud hacia las organizaciones de trabajadores en los países en desarrollo y en los ex - países “socialistas”, orientadas nacionalistamente, y también hacia las organizaciones de trabajadores en el “primer” mundo que apoyan la hegemonía mundial de sus países. Aquéllas y éstas organizaciones, como hemos mostrado, son ambivalentes en las condiciones del “nuevo orden mundial”: defendiendo el interés económico táctico (y en el primer caso, el socio cultural) –comprendidos de modo estrecho- de los trabajadores de “sus” países, “trabajan” estratégicamente para el fortalecimiento de la hegemonía de las diversas elites corporativo-capitalistas y de los clanes burocráticos que se contraponen unas a otras.

De aquí que una de las direcciones más importantes de la estrategia de la izquierda sea el trabajo activo “por abajo” de agitación, propaganda y organizativo, en tales organizaciones, y también la actividad social ideológico-cultural, dirigida a la superación de la orientación nacionalista conformista (cuando no también chovinista, racista) de tales estructuras. Uno de los medios más importantes de solución de este problema es el rompimiento por parte de las organizaciones de trabajadores (sindicatos, uniones “patrióticas”, etc.) con relación a la unión con la burocracia nacional y el capital, su re-orientación hacia la colaboración, la solidaridad con otras organizaciones democráticas de los trabajadores (especialmente internacionales). Por lo demás, estas son ya tareas del segundo nivel.

En el segundo nivel una estrategia relativamente nueva se conforma como la más actual para la

mayoría de las fuerzas de izquierda en el entorno del siglo XXI. Su esencia es no sólo el apoyo y la iniciación de la actividad social de las organizaciones tradicionales de los trabajadores (los sindicatos), la realización de los objetivos (el salario, las condiciones de trabajo, la seguridad social) y las formas de lucha (huelga, convenios colectivos) tradicionales, sino también el traslado del centro de gravedad hacia direcciones relativamente nuevas.

Entre ellas, en primer lugar, la liberación del trabajo, aunque sea parcial (portadora de formas transicionales) con relación a la subordinación formal y real al capital, sobre la base del desarrollo –desde abajo– de la contabilidad, del control, de la participación en la dirección y la autogestión; las formas colectivas de organización del trabajo; las empresas colectivas y la participación en la propiedad; todas direcciones que radicalizan agudamente al reformismo burgués y crean oasis de formas transicionales al socialismo.

En segundo lugar, la liberación, aunque sea parcial, del hombre con relación a la hegemonía del capital corporativo en el ámbito del modo de vida que se sale de los marcos laborales: la familia y las relaciones entre los géneros (la emancipación de la mujer, la humanización de la formación); los problemas raciales, étnicos y nacionales [la lucha por la igualdad nacional, la defensa de los derechos de los inmigrantes y de las minorías nacionales, la resistencia activa a la política imperial (en particular la del establishment de Rusia, de la OTAN, etc.)]; el consumo (la crítica práctica y de ideas a la “sociedad de consumo”, el desarrollo de formas asociativas del consumo, de organizaciones de consumidores y cooperativas); la cultura (el apoyo al auténtico arte popular, la defensa de los creadores independientes con relación a la hegemonía del capital, el desarrollo de alternativas diversas a la cultura de masas); la educación (el apoyo a las formas democráticas de educación, la gratuidad, la variación de los programas escolares, el desarrollo de métodos nuevos de enseñanza, por ejemplo, siguiendo el ejemplo de las comunas de Makarenko, etc.); finalmente, los problemas globales y las tareas de la solidaridad internacional de los trabajadores (la coordinación y concertación de la actividad social, la internacionalización y la radicalización de las organizaciones anti-corporativas democráticas de masas, hasta llegar a la creación de asociaciones de organizaciones y movimientos democráticos de masas nacionales e internacionales de ciudadanos y trabajadores que planteen la tarea de la lucha práctica contra la hegemonía del capital corporativo).

En tercer lugar, la elevación radical de la cultura y el desarrollo de una base social real del movimiento, la cooperación al crecimiento en su seno, sobre esta base, de una autoconciencia socialista científica.

En cuarto lugar, la formación de condiciones para el desarrollo de una tendencia antihegemónica, democrático-popular y socialista en el seno de la intelectualidad creadora y, sobre esta base, la “expulsión” de la autoconciencia de los trabajadores de la ideología oficial y de la cultura de masas (en parte, algo análogo a tal influencia pudieron ser, en la URSS de los años 60 y 70, las canciones de V. Visotski o la fantástica de I. Efremov y de Strugatski).

Las formas de solución de los dos primeros grupos de problemas son suficientemente conocidas: la colaboración a la auto-organización de personas interesadas en la realización de las transformaciones aludidas, la formación con ellas de uniones (organizaciones, movimientos) contruidos sobre la base de principios cercanos al máximo al modelo de una asociación libre.

La colaboración a la creación, activación, radicalización, de las asociaciones libres de trabajadores, de ciudadanos que superen su conformismo (la orientación a reformas profundas al máximo, y, a largo plazo, a la expulsión de las relaciones de hegemonía del capital y de la burocracia sobre el hombre); la colaboración al logro de la unidad y de la concertación de acciones de estas uniones es la principal componente de la estrategia de las fuerzas de izquierda en los países que, en lo fundamental, hayan resuelto las tareas del primer nivel.

Aquí es clave la interrogante: ¿en qué condiciones surge la tendencia objetiva y subjetiva hacia la radicalización de los movimientos y organizaciones democráticas de masas? La respuesta definitiva está sólo por encontrar y fundamentar, pero ya está claro que a ello colaborarán: (1) el crecimiento del hegemonismo del capital corporativo con la simultánea disminución de la efectividad, la podredumbre y la descomposición de los institutos actuantes de poder (ante todo del Estado), y también la disminución del papel regulador de la tradición; (2) el crecimiento del potencial de la creación social asociada; (3) el choque práctico de las

organizaciones democráticas con la imposibilidad de la realización de sus objetivos, de la defensa de los intereses de sus miembros en los marcos del sistema dominante; (4) el trabajo “unitario”, activo y constructivo, de los socialistas y comunistas (como “progresores”) dentro de tales organizaciones y movimientos.

Los métodos de colaboración al desarrollo de la auto-organización de los trabajadores y ciudadanos son en principio de conocimiento generalizado: la agitación y la propaganda; la colaboración práctica al trabajo de asociación de los trabajadores, de los ciudadanos, de los movimientos democráticos de masas, por medio de la inclusión en su actividad social; la resistencia activa a la burocratización y comercialización interna (y también bajo la influencia externa directa o indirecta del mundo de la enajenación) de estas organizaciones, el apoyo a la auto-gestión, la voluntariedad, la flexibilidad en las formas de la organización de su actividad social; la consulta y la enseñanza, la colaboración en la asimilación y la difusión de la experiencia práctica, la selección de formas y métodos eficientes de actividad social de estas asociaciones, incluyendo la utilización de los medios masivos de comunicación accesibles a la izquierda, las telecomunicaciones, etc.; la cooperación a la adopción de actos y normas legislativas, utilizando (allí dónde sea posible) sus canales parlamentarios y muchos otros.

Este trabajo de la izquierda no solo permitirá radicalizar a los movimientos democráticos de masas - como sucedió, por ejemplo, en Seattle, E.U., al final del otoño de 1999 (lograr, por ejemplo, la ulterior participación de los trabajadores en el capital por acciones con la participación en el control y la dirección; la cooperación en la transformación de las huelgas “comunes” en ocupaciones; iniciar campañas de desobediencia civil; fortalecer por métodos políticos la presión sobre el Estado para la solución de las cuestiones vitalmente importantes para los trabajadores, etc.), sino también coordinar su actividad social a escala nacional y posteriormente internacional, y a largo plazo transformándolas en campañas internacionales duraderas, dónde las acciones y los asuntos de los sindicatos, de las organizaciones de los ecologistas, de las mujeres, de los consumidores etc., “trabajen” por objetivos unitarios; finalmente, precisamente tal actividad social proporcionará un crecimiento a la base social del movimiento de izquierda propiamente dicho, fortalecerá sus propios “músculos sociales”.

En lo que respecta al trabajo “cultural” de la izquierda, sus formas deben ser cercanas al máximo a los métodos más progresivos de formación y de enseñanza que se fundan en unidad con la actividad social; con una atención extrema al desarrollo, a la constante renovación de la teoría, a la completa libertad de discusiones ideológicas.

Pero la cuestión más compleja es el trabajo con la intelectualidad creadora. Aquí los métodos deben ser en extremo delicados e individualizados, dirigidos a un diálogo largo y difícil (pero no a presionar).

Para semejantes direcciones, formas y métodos, naturalmente, no son adecuados los **modelos** tradicionales **de organización política de la izquierda**: el partido de tipo parlamentario o “de vanguardia”. Más bien este trabajo deberá llevarse a cabo de una forma que esté al máximo cercana al modelo de asociación libre como sujeto de creación social: un núcleo “duro” (compuesto de personas para las cuáles la actividad social-transformadora constituye interés principal y asunto vital, aunque no es obligatorio que sea su actividad profesional), alrededor del cuál se terminan de construir las estructuras complementarias “suaves”, “según los intereses”, que presentan fronteras, formas, bastante difusas y que viven exactamente tanto, cuánto se prolonga aquélla u otra actividad social concreta (una consulta o la enseñanza, los meetings en defensa de los derechos del hombre o la publicación de una revista).

En correspondencia con ello, las formas y estructuras de estas uniones, su composición, resultan ser movibles, abiertas, subordinadas a la esencia del asunto dado (a diferencia, por ejemplo, de un partido, creado como una organización con una estructura precisa, un programa, una membresía).

Para tales organizaciones la lucha por asientos parlamentarios o gubernamentales (que son, indudablemente, útiles para el apoyo de las tendencias reformistas que vienen de abajo, ampliando la posibilidad de utilización de los medios masivos de comunicación, del aparato estatal, etc.) no se convierte en un fin en sí mismo, sino una consecuencia de su trabajo “hacia abajo”: ganándose el apoyo de las uniones de masas de los trabajadores y de los ciudadanos, sobre esta base, en esta medida, tiene sentido luchar por un lugar en el parlamento o en el gobierno; sin semejante apoyo desde abajo el éxito de la izquierda en las

elecciones o bien da un efecto marginal o bien conduce a la deformación de esta organización en un partido parlamentario “normal” y al subsiguiente deslizamiento hacia posiciones social-demócratas.

El papel en sí de una “vanguardia combativa” (pero no en el sentido stalinista, sino leninista y, para ello, corrigiéndolo en buena medida) puede y debe ser adquirido por las organizaciones políticas de izquierda sólo en los momentos de explosiones revolucionarias, de acciones radicales decisivas. En los periodos restantes a la izquierda le corresponde jugar un papel inconmensurablemente más complejo de “progresores”, permaneciendo con ello ciudadanos “de filas”.

La estrategia de las fuerzas de izquierda en el tercer nivel de las tareas de las transformaciones socialistas: la preparación y realización de la revolución, la subsiguiente creación social de las masas, difícilmente pueda ser hoy en día caracterizada de manera algo concreta. Las causas son varias: la extrema limitación de la experiencia previa (además, separada de nosotros por épocas enteras), la casi completa ausencia de una base teórica contemporánea, la pequeña probabilidad de avances revolucionarios en el mundo en los próximos años.

Podemos, no obstante, apoyándonos en el análisis y en la experiencia de las acciones revolucionarias relativamente exitosas del pasado (Rusia en 1917, Cuba en 1959, Chile en 1971, Portugal en 1974 y otras), concluir que **la estrategia de las transformaciones socialistas revolucionarias** supondrá, en primer lugar, un curso hacia la revolución socialista sobre la base, y en la medida de, la realización exitosa de las transformaciones democrático-populares por los trabajadores y ciudadanos organizados asociativamente (estas transformaciones son en sí mismas abanderadas de la solución de las tareas del segundo nivel).

En segundo lugar, la formación de las asociaciones de trabajadores, dirigidas a la realización de las transformaciones socialistas propiamente dichas y capaces de realizarlas, se convierte en una dirección principalísima de esta estrategia (en particular, los órganos de autogestión productiva y sus asociaciones, capaces de tomar en sus manos la dirección del proceso de “asociar de hecho la producción”).

En tercer lugar, será una tarea estratégica la creación de estructuras políticas socialistas (comunistas), capaces de ganar democráticamente el poder en una situación de transformaciones democrático-populares. Tal estructura política, por lo visto, no deberá ser un “partido de vanguardia” (a las organizaciones políticas de la izquierda en la etapa dada les continúa perteneciendo el papel de “progresores”), sino una coalición suficientemente amplia de organizaciones sociales y órganos de autogestión (ante todo productiva), interesadas objetivamente en la realización de las transformaciones socialistas y subjetivamente preparadas para llevarlas hasta su completud.

En cuarto lugar, las estructuras que se preparan a tomar el poder económico y político deberán estar preparadas para garantizar la conservación de la cultura material y espiritual del pasado, y también para tomar para sí la organización de la defensa de las transformaciones democrático-populares y democrático-socialistas en el caso de violencia contrarrevolucionaria (en tal caso se requerirá precisamente una organización política del tipo “vanguardia”).

En quinto lugar, hacia el momento del inicio de las transformaciones socialistas será preciso llevar a completud la creación de un espacio cultural de ideas alternativo a la “cultura de masas”, capaz de rápidamente ampliarse y ganar las mentes y los corazones de una parte suficientemente grande de la sociedad en condiciones de la quiebra revolucionaria de los standards y de las normas de vida, de los ideales y de los valores.

Una real solidaridad internacional de las fuerzas de izquierda y su solidaridad con las organizaciones dirigidas a la solución de los problemas globales deberá convertirse en una premisa del éxito de las acciones estratégicas en estas direcciones. La tarea de estas dos últimas estructuras es, aunque sea parcialmente, paralizar la bastante probable agresión internacional del capital corporativo contra las transformaciones socialistas exitosamente comenzadas en uno o en varios países. Por eso los esfuerzos en el ámbito de la solidaridad internacional y de los problemas globales deberán convertirse en una de las estrategias dominantes de la izquierda en el tercer nivel de lucha por el socialismo. Tanto más es esto importante en las condiciones cuando incluso el “sistema mundial del socialismo” dejó de contrarrestar la hegemonía del capital mundial.

Es inútil adivinar ahora cuáles serán precisamente los métodos de la izquierda y en qué formas llevará a cabo estos pasos. Más arriba ya señalé que para las fuerzas sociales que marchan hacia la revolución (y son éstas los ciudadanos pacíficos y sus organizaciones democráticas) la utilización de la violencia contradice directamente sus intereses. A diferencia de ellas, el capital corporativo (de modo inmediato amalgamado con el aparato de violencia) puede mucho más fácilmente acudir a la lucha armada en el caso de que pierda la competencia democrática con las fuerzas de izquierda. Esta amenaza será más que real, por esto una consigna estratégica importantísima de éstas últimas deberá ser (lo que es conocido ya desde los tiempos de la Nana) el ganarse el apoyo de las capas bajas del ejército y de los órganos de mantenimiento del orden. Cómo precisamente puede ser esto logrado (especialmente en las condiciones de la conformación de estos órganos con mercenarios altamente pagados, lo que es característico para la mayoría de los países desarrollados) es una cuestión que permanece abierta hasta el presente.

Sin embargo, una revolución relativamente pacífica es actualmente posible sólo con la presencia de tal apoyo y con condiciones internacionales favorables.

Es bastante fácil suponer que ninguna revolución real podrá cumplir todas estas “reglas” (y muchas otras que nos son ahora desconocidas), que crean cierta garantía contra su deformación o su derrota. En correspondencia con ello, como ya fué subrayado, las victorias no serán solamente una regularidad de la próxima época histórica -época de las transformaciones socialistas- sino que también lo serán las derrotas, las mutaciones de las revoluciones democrático-populares y socialistas. Tanto más importante es una y otra vez buscar práctica y teóricamente estas reglas, extraer lecciones a partir de los errores ya cometidos, cuidándonos de los futuros.

4. RUSIA EN EL MUNDO POST-“SOCIALISTA”: LAS CONDICIONES OBJETIVAS Y LA ESTRATEGIA DE LUCHA POR EL SOCIALISMO.

Las premisas objetivas y los primeros pasos de las transformaciones revolucionarias vinculadas con la subversión de las relaciones de enajenación al final del II-do milenio resultaron cambiadas en su esencia por una profunda crisis interna y seguidamente por el derrumbe de los retoños (mutantes) iniciales del socialismo en la URSS y en los países de Europa del Este. En el mundo de los años 90 apareció una nueva realidad post-“socialista” (entendiendo con la palabra “socialista” entrecomillada las relaciones e ideología reales de los países del “sistema socialista mundial” y de las correspondientes organizaciones de izquierda en otros países). Precisamente en este nuevo contexto mundial podemos y debemos analizar las perspectivas de desarrollo de los retoños del “reino de la libertad” en países y regiones particulares en los años que yacen en la articulación de dos siglos; precisamente en este contexto analizaremos el futuro del socialismo en Rusia.

4.1 Desde el socialismo mutante hacia el capitalismo mutante: la esencia y el contexto global de las transformaciones en los países post-“socialistas”.

No solamente el desmoronamiento de tal orden en los países de Europa del Este y en la URSS (en cuya base se hallaba la incapacidad fundamental de este sistema –pero no del socialismo en el sentido científico de la palabra- para garantizar una más alta productividad del trabajo, un espacio para el desarrollo multilateral del hombre) se ha convertido en testimonio de la crisis multilateral del “socialismo”, como ya fue señalado, sino también la aguda disminución del papel de la izquierda en el mundo, el estancamiento de la teoría del socialismo, la aguda disminución de su influencia en la ideas, y muchas otra cosas.

La naturaleza propia del “socialismo” se convirtió en causa de todo ello. La esencia de ese anterior régimen, en forma sintética, puede ser expresada por la categoría de **“socialismo mutante”** (entendiendo por él una variante de sistema social conducente a un cajellón sin salida históricamente hablando, presente al iniciarse un periodo transicional del capitalismo al comunismo de carácter mundialmente generalizado; un sistema social que se sale fuera de los marcos del capitalismo pero que no conforma un modelo estable, que sirva de fundamento para el subsiguiente avance hacia el comunismo). Desde mi punto de vista, esta categoría permite de manera breve responder a la pregunta: ¿de dónde salimos [Rusia, la Unión de Estados Independientes (UEI), Europa del Este]?

Habiendo surgido como consecuencia de una tendencia mundialmente generalizada a la socialización y a la humanización de la economía, como producto de las profundísimas contradicciones del imperialismo que generaron la primera guerra mundial, este nuevo mundo socialista resultó enfermo, deformado (mutante) desde el parto. La caracterización de este sistema como “mutante” es factible no comparándolo con un ideal teórico abstracto, sino con una tendencia real de la socialización y la humanización de la vida social (que fue mostrada en la parte I-ra).

Las causas de la naturaleza mutante del “socialismo” (y junto a ello las causas del surgimiento y de la pronta derrota histórica de este sistema) no descansan solamente en el bajo nivel, tradicionalmente señalado por los investigadores, del desarrollo industrial de Rusia, en la poca escala cuantitativa del proletariado, etc. El problema es más profundo y reside en lo que hemos llamado “la trampa del siglo XX”: el mundo como un todo estaba preparado (debido a lo profundo de las contradicciones) a la destrucción del sistema existente (especialmente allí donde realmente estaba podrido), pero no estaba preparado para la creación de una sociedad cualitativamente nueva. El dominio de las tecnologías industriales y la amplia difusión de las tecnologías pre-industriales (y como consecuencia la rígida subordinación del hombre a la máquina, a la división del trabajo y hasta a la tradición), el bajo nivel de cultura, el dominio de formas bárbaras de enajenación, de explotación, crearon una poderosa energía de protesta y condiciones materiales mínimas necesarias para la transformación. Pero estos mismos factores condicionaron que el potencial para la creación social (la capacidad para la auto-organización y el nivel de cultura) de las masas revolucionarias fuese insuficiente para las acciones adecuadas a las posibilidades, que por primera vez aparecían objetivamente, de cambio cualitativo de las relaciones socio-económicas. Como resultado de esta “trampa del siglo XX” surgieron formas paliativas de solución de la contradicción entre la necesidad de cambiar el sistema imperialista mundial y el insuficiente potencial de las fuerzas reformadoras.

Una de ellas, perversa (negadora de su propio contenido y creadora de una apariencia inversa a la

real) se convirtió en la forma de un socialismo mutante. Las tendencias mundiales a la socialización (la regulación consciente del desarrollo social, su orientación hacia el desarrollo libre de la personalidad, al colectivismo y a la elevación de los trabajadores a la creación de una nueva sociedad: el “entusiasmo”, la justicia social) surgieron en este mundo a escala de masas por primera vez, pero adoptaron la forma de mutaciones burocráticas (la economía de orden y mando, el aplastamiento de los derechos y libertades personales, la estatalización generalizada, el igualitarismo, etc.)

Como consecuencia de esta mutación en los marcos del “socialismo”, a medida que se apagaba la energía de creación social generada por la revolución (y esta extinción transcurría de modo no lineal: recordemos el éxito de la NEP, el heroísmo masivo en los años de la Gran Guerra Patria, el romanticismo de millones en los años del “deshielo jruscheviano”), comenzaba a crecer el papel de ilimitados sucedáneos, que ayudaban a sobrevivir y a mover al mutante. Se tornaron tales (y lo fueron) el capitalismo de Estado, la sujeción extra-económica, el mercado subterráneo, el capitalismo privado y burocrático-estatal, latente (e incontrolado por las uniones de los trabajadores, no como suponía Lenin que estaría).

Articulados en un todo único por el poder burocrático-totalitario, estos elementos comenzaron a “diluir” la economía y la sociedad de los países del “sistema socialista” a medida que se “fatigaba” y resquebrajaba el cemento del totalitarismo. La sustitución de este sistema era inevitable y ella sobrevino, pero la vía de solución de esta crisis arrojó a nuestros países y al movimiento de izquierda internacional en una crisis no menos dura. (¿Existió otro modelo de transición al camino de las transformaciones socialistas democráticas? Por lo visto había cierta probabilidad de victoria para este curso; podía realizarse sobre la base de una tendencia al desarrollo de la autogestión y de otras formas de auto-organización en el periodo de “reconstrucción”. Pero esta probabilidad era objetivamente pequeña; el factor subjetivo –el movimiento democrático y socialista organizado- era extremadamente débil).

Como resultado del auto-desmoronamiento del “socialismo” el mundo se halló ante una nueva realidad, que no por accidente coincidía con la tercera etapa de la génesis del socialismo y del proceso de auto-negación del capitalismo post-clásico.

En ese mundo los diversos “clanes” del capital corporativo alcanzaron una hegemonía cercana a absoluta. Sin embargo, en las condiciones de las contradicciones immanentes a la propia naturaleza del capital corporativo y también entre los diferentes “clanes” de aquél, entramos en el umbral del siglo XXI al estadio del **“nuevo desorden mundial”**.

Entre sus características está el crecimiento de la influencia y del gigantesco papel (hasta la mitad de los ocupados, en los países desarrollados) del sector perverso: compuesto mayormente de la esfera parasitaria que manipula con capital ficticio, operaciones financieras, con la dirección burocrática, con el marketing, etc., y que se ha convertido en una forma irracional de utilización de los RTI; en particular de las tecnologías computacionales, que es casi el mayor logro tecnológico de finales del siglo XX. Sobre esta base las corporaciones transnacionales (y sus alianzas explícitas e implícitas) de firmas privadas se convirtieron en centros de la hegemonía del capital mundial, de la regulación no sólo económica, sino también de la vida política, ideológica de la comunidad mundial. Poseyendo semejante poder, ellas profundizaron su articulación con los institutos de opresión estatales nacionales y con los internacionales y transnacionales (ejemplo de los cuáles son la OTAN, las cumbres del Grupo de los 7, el FMI, etc.).

Como resultado se conformaron una suerte de “clanes” transnacionales que incluyen: las CTN unidas en grupos informales, los empleados asalariados de estas corporaciones que están en completa dependencia de ellas (no sólo económica, sino también con toda su vida, a veces incluso moralmente); los lobbies que representan a las CTN y a sus grupos financieros en los institutos estatales nacionales e internacionales; y en ciertos casos los propios órganos represivos e ideológicos de estos “clanes”, más los que controlan las IIC.

Surge la cuestión de la distribución de los derechos de propiedad: gran parte de ellos no está simplemente concentrada en las manos de los poseedores de los capitales, sino en la cúspide de sus uniones corporativas, en las élites (que poseen formalmente en ciertas ocasiones una fracción no grande de las acciones), con una difusión significativa de la plenipotenciariad de administración. Unida a las profundas contradicciones internas, esta difusión genera la burocratización y la desorganización en la distribución de

los derechos de propiedad.

Estos cambios se montan en el mundo contemporáneo sobre la ola del neoliberalismo o, con más precisión, del “neo-individualismo” y la “neo-privatización” de toda la vida económica y social, ocasionada por esas mismas causas fundamentales.

La “neo-privatización” abarcó no sólo las relaciones de propiedad, sino también esferas económicas tales como la de las relaciones concernientes a las divisas. El poder de los grupos financieros, junto a la universalidad del mercado financiero y la simple ausencia de información sobre el movimiento de las divisas, subvierten la regulación estatal de la circulación monetaria. Pero ello es sólo un símbolo del proceso general. La “neo-privatización” llegó al poder estatal: las corporaciones “privatizan” (utilizando mecanismos de lobbies, de corrupción, etc.) a algunos empleados estatales, a parlamentarios particulares e incluso a “segmentos” enteros del aparato estatal, cuando no también a los gobiernos de ciertos otros países. La “neo-privatización” invadió la vida personal (el auge del separatismo, de la desvinculación, del aislamiento del hombre con respecto a los problemas sociales), creando la tendencia a la resistencia no sólo corporativa sino profundamente individualista, privada, a la asociación libre y a la creación social. Todo esto fortalece a la ya sólida dependencia del hombre con relación a la hegemonía del capital corporativo; como resultado, el hombre cada vez más se manifiesta como customer, es decir, como cliente de las corporaciones, y no como ciudadano.

En condiciones de agudización de los problemas nacionales, de las contradicciones “Norte-Sur”, estos procesos provocan el crecimiento de las pseudo-asociaciones: uniones nacionalistas, chovinistas, de clanes, etc. En ellas el conformismo de las personas individuales, su trato social formal (como ciudadanos de algún Estado que sirven a alguna corporación, etc.) y no la actividad social libre conjunta, es el que une a la gente y por eso se tornan esclavos de este enlace formal, en herramientas en las manos de las élites corporativas, nacionalistas (y, en condiciones extremas, militaristas e incluso fascistas).

La protesta personal irracional contra ello: la adicción a drogas, la criminalización de la vida, el terrorismo. se convierte en el anverso de este separatismo individual, de la dependencia corporativa del hombre, del conformismo hartado y de la hipocresía asfixiantes. El mundo “civilizado”, utilizando su poderoso aparato de violencia intenta “desplazar” estos fenómenos hacia la periferia. Pero los países desarrollados están signados a permanecer como objetos fundamentales del comercio de drogas, del terrorismo y del delito, pues precisamente ellos concentran en sus manos la parte leonina de la riqueza social creada por la humanidad y son los más sofisticados en los intentos de sepultar las contradicciones indefectibles de su orden social (lo que inevitablemente conlleva una reacción individual dolorosamente deformada de una población exteriormente en bienestar).

Finalmente, en el mundo tuvo lugar el derrumbe del contradictorio equilibrio –peligroso, pero de todas formas relativamente estable- de dos bloques que poseían armas nucleares. En el presente, las armas de exterminio en masa en esencia están “privatizadas” por las élites burocráticas de un puñado de Estados, los cuales son potencialmente capaces de utilizarlas para sus fines geopolíticos en las circunstancias del “nuevo desorden mundial”.

Los rasgos básicos del “nuevo desorden mundial” son: el poder de las corporaciones, reguladoras no sólo de la economía, sino también de la sociedad y “privatizando” (los lobbies, la corrupción) “círculos” aislados de los institutos nacionales estatales e internacionales, con el fortalecimiento de la competencia y de la contradicción entre las CTN; el aislamiento y el conformismo de la vida personal, cada vez más dependiente del capital corporativo; las contradicciones entre clanes y entre Estados, el militarismo y el nacionalismo, que generan infinitas guerras “locales”; la agudización de las contradicciones globales (especialmente las del “Norte-Sur”), en condiciones de la “privatización” de las armas de exterminio en masa.

Esta atmósfera crea condiciones en extremo desfavorables para el desarrollo del socialismo (en todas las hipótesis), que no por accidente se halla en un estado de profunda crisis. Su superación puede estar vinculada ante todo saliendo al segundo nivel de la estrategia de las fuerzas socialistas tratada más arriba.

Hipertrofiada expresión (y en una serie de casos –la UEI y otros- por lo visto paródica, e incluso

monstruosamente trágica – Yugoslavia, Chechenia, Abjasia, Tadjikistan) de las contradicciones del “nuevo desorden mundial” llegaron a **ser los países con sistemas económicos, sociales y políticos -y con cultura e ideología- de transición.**

En el entorno de los años 80-90 del siglo XX la humanidad fue testigo del comienzo de procesos no tradicionales de transformación, que se evidenciaban como una transición desde el “socialismo “ al “capitalismo”. Sin embargo, el real **contenido de los procesos transformativos** es significativamente más complejo. Descansa en la intersección de tres tendencias: 1) la extinción gradual (tanto natural como artificial) del “socialismo mutante”; 2) la génesis de las relaciones de la gestión económica capitalista “post-clásica” mundial (la economía de mercado contemporánea, basada en la propiedad privada-corporativa); 3) el progreso no lineal de la socialización (el crecimiento del papel de los valores sociales –grupales, nacionales e internacionales- en la determinación de la conducta) y de la humanización de la vida económico-social como premisa fundamental de cualesquiera procesos transformativos contemporáneos.

La primera tendencia es la abanderada de la presencia estable, pero gradualmente en extinción, de las regularidades del pasado en las sociedades transicionales.

Como ya se expresó, este proceso puede ser descrito resumidamente como la auto-descomposición del socialismo mutante. Este proceso, por lo visto, tuvo carácter revolucionario, pero en su esencia se hallaba la sustitución de formas de dominación de la burocracia (y de sus frutos de descomposición, hasta llegar a la mafia). Siendo componentes immanentes del pasado, el capitalismo estatal-burocrático, la sujeción extra-económica y el resto de los atributos del “socialismo realmente existente” asfixiaron los fragmentos moribundos del socialismo, sustituyeron a las formas políticas y económicas (la “democratización”, que significaba la transición al poder no del pueblo, sino de los “demócratas”: una nueva generación de la vieja elite y también de los nuevos ricos; la “privatización”, es decir, el fortalecimiento definitivo formal de los derechos básicos de propiedad de la nomenclatura y de la nueva burguesía; la “liberalización”, es decir, el desarrollo de una mezcla de un medio de mercado débilmente institucionalizado, con el caos y la violencia), se transformaron en unos u otros modelos de un capitalismo mutante, monstruosamente sub-desarrollado, de la nomenclatura-(también criminal)-corporativa.

Pero los escombros del pasado están vivos en la sociedad de transición y mueren en extremo más lentamente que lo que le parece a ciertos reformadores.

La segunda tendencia de las transformaciones (de la génesis del capitalismo) puede ser comentada bastante resumidamente. Señalemos que el parto de la economía de mercado contemporánea (de la burguesía post-clásica) y del correspondiente sistema social y político, de la ideología y de la cultura, es un proceso de simultánea endo y exo-génesis (es decir, condicionado tanto por factores internos como externos). No sólo la especificidad del pasado en descomposición, sino también la atmósfera universal generalizada del mundo burgués (incluyendo al mercado), paren la génesis de estas relaciones en los sistemas transicionales. (Una de las formas más rígidas de esta dualidad es, en particular, la lucha de las tendencias compadronas y de gran potencia en Rusia y en muchos otros países).

En la medida en que la crisis del socialismo mutante resultó irreversible (y la perestroika mostró que la energía de la renovación democrática del socialismo era pequeña), no sólo la génesis exógena (traída de afuera), sino también la endógena del capitalismo en los países con anterior “sistema socialista” se tornó un proceso inevitable (por lo menos en una perspectiva histórica a corto plazo). A partir del zig-zag-gueo del socialismo mutante (debido a la debilidad del viejo potencial de creación del socialismo –y del potencial que aparece de nuevo) no salimos hacia delante, sino hacia atrás, hacia un capitalismo mutante, lo que ya costó y costará aún incontables víctimas a nuestros países y pueblos.

Al mismo tiempo, a pesar de la presencia de algunos límites objetivos (también endo y exógenos), ante las sociedades transicionales en Rusia y en la UEI están abiertas, en una perspectiva histórica a corto plazo, ciertas posibilidades de selección de modelos de expansión del capitalismo “post-clásico”.

Es el espectro de modelos según las escalas “de desarrollo” de los países, según la medida de su regulabilidad, de la socialización de su economía, de democratización de la sociedad, etc. Nuestro futuro más próximo, globalmente hablando, está bosquejado por contornos movedizos. En un polo - el “éxito” - la

salida al camino del progreso al estilo de Turquía (el modelo chino no puede ser copiado en una perspectiva histórica a corto plazo debido a que ha ido demasiado lejos la transformación capitalista de la nomenclatura y a la mucho más profunda auto-descomposición de esa nomenclatura, cuyo poder conforma la principal causa de la estabilidad de la RPCh; al mismo tiempo, conservamos una probabilidad de utilización de una serie de mecanismos económicos que se erigen en la frontera entre el “socialismo de mercado” y el capitalismo regulado burocráticamente, el mercado; estos mecanismos, globalmente hablando, son menos destructivos que la “terapia de choque”. 2) En el otro polo - la “derrota” - el deslizamiento al pantano de una guerra civil del tipo de la de Yugoslavia. En el espacio entre ambos polos están variantes del tipo del peronismo, del capitalismo mafioso colombiano, de las reformas pinochetistas en el espíritu de las recetas del FMI, etc. (en la Rusia del año 2000, por lo que parece, venció el modelo del poderío del capitalismo mutante). ésta es una respuesta en principio a la interrogante de ¿“hacia dónde” se lleva a cabo la transición? (diferentes vías hacia estos estadios finales se manifiestan en las experiencias de las transformaciones, esencialmente diversas, en Rusia y China, en Yugoslavia y en la República Checa).

En una perspectiva histórica a largo plazo, ante los países del “segundo mundo” está abierta la posibilidad de revoluciones democrático-populares y socialistas, pero para que fuesen exitosas, tendremos todavía que transitar un largo camino de acumulación de energías, experiencia y cultura de transformaciones sociales.

Para ello nuestra transformación deberá, en la máxima medida posible, llevar a vías de hecho la tercera tendencia, que define los rasgos y las regularidades concretas de la transición; un proceso – universal (en el espacio) y civilizatorio (en el tiempo) - de socialización y de humanización, que se ha tornado particularmente intenso precisamente ahora, en la frontera con el tercer milenio.

Sus componentes, suficientemente fundamentados en detalle en los trabajos de diferentes escuelas del marxismo creativo (desde A. Gramsci hasta J. P. Sartre), de la escuela del “Club de Roma”, y otras, fueron señalados por nosotros más arriba caracterizando las premisas del comunismo en el umbral del siglo XXI. Efectivamente, en un mundo dónde el dominio de la producción material se ve sustituido por la dominación del universo de la cultura (la educación, la formación, la ciencia, el arte, la recreación); dónde el recurso principal se torna el potencial creador, innovador del trabajador; dónde los problemas ecológicos adquieren una significación de primer orden, introduciendo no solamente rígidas limitaciones, sino también nuevos objetivos para el crecimiento económico - en ese mundo, el grado de regulabilidad y de socialización de la economía no puede no crecer, aunque este crecimiento es portador también de un carácter estrictamente no lineal.

Por lo tanto, el contenido de los procesos transicionales puede ser caracterizado (a consecuencia del entrecruzamiento de las tres tendencias nombradas) como un proceso doble: la transformación del socialismo mutante en un capitalismo corporativo-burocrático de tipo dependiente y, al mismo tiempo, la acumulación de premisas para un nuevo estadio cualitativo socio-económico: el socialismo.

Como resultado de ello las sociedades transicionales se convierten en la encrucijada de dos clases de contradicciones. La primera: la contradicción del tránsito desde un socialismo mutante hacia una u otra variedad de capitalismo mutante. La segunda clase: la contradicción entre, por una parte, la necesidad objetiva de las transformaciones comunistas (que pueden y deben convertirse en la forma social y en el estímulo para el desarrollo de tecnologías post-industriales, para el desarrollo del hombre, para la solución de los problemas globales) y, por otra parte, los significativos obstáculos (de carácter socio-político, geo-político, socio-psicológico, etc.) en el camino de tales transformaciones, la baja probabilidad para los países transicionales, a corto plazo, de otro camino que no sea el del capitalismo dependiente.

Este camino, como ha mostrado la experiencia, se caracteriza, como regla (por supuesto que hay también excepciones: Cuba, China y Vietnam), por la crisis socio-económica y cultural, la inestabilidad institucional, jurídica, política. En países particulares esta crisis puede ser más corta y menos profunda; en otros, prolongada y destructora de la sociedad hasta sus bases, causando guerras civiles, el desmoronamiento de Estados, la desindustrialización, la degradación cultural y física.

Surge de modo natural la pregunta: ¿por qué surge esta crisis, qué determina su profundidad y duración?

Al número de fundamentales causas de la crisis de las sociedades transicionales, como típica forma de la

etapa inicial del proceso transformativo, son pertinentes, por una parte, la auto-destrucción del socialismo mutante; por otra parte, la práctica de reformas de la economía y de la sociedad por la vía del “shock sin terapia”, que no se adecua ni a la tendencia civilizatoria de la socialización, ni a las condiciones específicas de los países post-“socialistas”.

La crisis de las sociedades transicionales se ha mostrado tanto más profunda, cuánto más fuerte fue la mutación del “socialismo” y cuánto más avanzó su modo de auto-expresión; mientras más débil fue el potencial de auto-organización de los trabajadores, mientras más fuerte fue “la pendiente hacia arriba” del modelo de reformas y mientras más débil fue la base institucional de las “reformas”. Globalmente hablando, las contradicciones de la auto-destrucción del socialismo mutante y la génesis del capitalismo post-clásico (corporativo) hacen nacer el carácter corporativo y de nomenclatura y simultáneamente criminal-mafioso de las relaciones burguesas. Tiene lugar la suma de un tipo dependiente de capitalismo atrasado tecnológica, económica e institucionalmente, que marcha (en dependencia de los factores listados más arriba, y de la situación política e influencia internacional) por el camino, en el mejor caso, del desarrollo tipo “en-pos-de”, cuando no de un desarrollo rezagante.

Pero la tendencia mundial a la socialización y los retoños de socialismo característicos para nuestro pasado, generan tendencias alternativas popular-democráticas y socialistas (que en ocasiones tienen formas perversas, burocrático-parterneralistas). La contradicción y la lucha de estas tendencias determina la esencia de los procesos transicionales.

Si tomamos en calidad de ejemplo típico los sistemas transicionales de Rumanía entonces **los rasgos básicos de las sociedades transicionales cristalizan actualmente con suficiente claridad.**

En la esfera económica, como resultado de la “liberalización”, surgió una mezcla de mecanismos formales de mercado con una regulación burocrática, de una naturalización y dominio de los monopolios pseudo-privados y estatales (legales e ilegales), como principales agentes que regulan las proporciones (mejor decir, que conservan las desproporciones), que determinan (mejor decir, que hacen crecer en espiral) los precios, etc.

Las relaciones de propiedad, a medida que se completa la privatización burocrático-criminal, conservan el rasgo fundamental tanto del precedente socialismo mutante, como de todas las otras sociedades del periodo de la “pre-historia”: la enajenación del trabajador con relación a los medios de producción y al usufructo de los resultados del trabajo. En las sociedades transicionales esta enajenación se conforma como la intersección de la subordinación estatal-corporativa y capitalista-privada del trabajo con diversas formas de violencia (estatal, criminal y otras). Como resultado de la realización de tal “liberalización” y privatización, durante una serie de años la gigantesca trampa estagflacionaria se tornó el destino de las economías transicionales: la caída de la producción y del nivel de vida, el caos económico (la estancación) junto a la inflación.

A consecuencia del contenido específico de la propiedad (la enajenación corporativo-capitalista del trabajador con relación a los medios de producción) y de la inercia del pasado, se conformó una estructura social específica de la sociedad con una economía de transición. Así, el trabajador, desde ser un asalariado del Estado, que poseía algunas garantías sociales y “entusiasmo”, se convirtió en una nueva capa social para la cuál es característico: (1) la realización de una actividad laboral operativa; (2) la dependencia económica y no económica con relación a las corporaciones capitalistas de nomenclatura; (3) la conservación de un “colectivismo formal” (la vinculación a colectivos laborales y otros, que existen bajo determinado control de esas mismas corporaciones) y de tradiciones de igualdad social.

El crecimiento del desempleo doble (la unión de desempleo “común” y del “desempleo en el trabajo”), conducen a la formación, dentro de la capa dada, de depauperados potenciales y, más allá de sus fronteras, de depauperados reales, que se transforman en un grupo social de particularmente rápida ampliación.

La elite capitalista (de nomenclatura y criminal) se convierte en la capa social contraria con relación a los trabajadores (debido a la dominación de las relaciones de enajenación, junto a la debilidad de las tendencias reformistas de asociacionamiento).

“La clase media”, que ocupa una posición intermedia entre las dos primeras, se conforma en la economía transicional (a diferencia de la de los países desarrollados, donde a ella pertenecen principalmente gentes del trabajo creativo, trabajadores calificados e ingenieros, pequeños propietarios) principalmente no como clase, sino como una capa bastante estrecha de personas que sirven a la elite (empleados de firmas privadas exitosas –como regla empresas financieras y comerciales con participación de capital extranjero, la burocracia media estatal y corporativa, empresarios pequeños y especuladores, los que protegen y los ‘concusionadores’ etc.).

La unión, en un proceso de reproducción único, de los mencionados rasgos específicos de las relaciones de producción de la sociedad transicional conducen a la transformación (al “vuelco”, al “virado-al-revés”) de la regularidad general de la economía socialista (su contenido lo determinan aquellas tendencias socio-históricas acerca de las cuáles expusimos en la Parte 1-ra: mientras mayor la riqueza económica de la sociedad, mayores las posibilidades de desarrollo libre armónico de la personalidad; mientras mayor el potencial creador, innovador, del hombre, mayores las posibilidades de crecimiento de la riqueza económica; la doble posibilidad aducida se convierte en realidad con la presencia de un sistema de relaciones sociales económicas que garantizan la orientación social de la economía).

En la economía de transición esta regularidad civilizatoria generalizada se lleva a cabo de un modo perverso: mientras más alta es la concentración del poder económico en manos de la elite corporativo-capitalista, más bajos son el potencial económico y la posibilidad de un desarrollo libre armónico del hombre; mientras más profunda es la asocialidad del desarrollo económico, mayor es la posibilidad para el crecimiento del poder corporativo como reacción a la desorganización de la economía y a lo difuso de las instituciones, más grande es la degradación y la pauperización de amplias capas de la población.

Para el sistema institucional de la sociedad de transición como un todo es una regularidad lo difuso de las instituciones (poca definición, indeterminación de los marcos institucionales del mercado, de los caminos y medidas de regulación estatal, etc., la violación de la interacción de las diferentes instituciones) y el bajo papel de la regulación jurídica de la economía y de la vida social (la capacidad de los sujetos económicos de llevar a cabo la actividad social de gestión a escala de masas sin la observación de las normas jurídicas; la criminalización masiva de la vida, el crecimiento del papel de la criminalidad organizada y la mafia).

Como resultado, en las sociedades de transición, en primer lugar, se conforma un poderoso sector “en la sombra” (la circulación de mercancías fuera del control fiscal o de otro tipo, en particular el contrabando; el movimiento ilegal de capitales; la actividad social anti-jurídica: la corrupción, el concusionismo, los oficios prohibidos, etc.), comparable por su escala con el legal; en segundo lugar, como consecuencia de lo difuso y de la inestabilidad de las instituciones y de la base jurídica los límites entre estos dos sectores están poco definidos en todos los niveles (en Rusia incluso el Presidente viola –sin sanción- la Constitución y las leyes con sus propias directivas y disposiciones no formales).

La crisis global de la sociedad de transición causa ese carácter difuso y al mismo tiempo la profundiza. Por eso la superación de la crisis jurídico-institucional es en principio posible a cuenta, o bien de la eliminación de las causas profundas que causan la crisis sistémica y el desarrollo de una creación social colectiva (la revolución democrático-popular); o bien, como paliativo, a cuenta del logro de un consenso nacional de las fuerzas socio-políticas alrededor de uno de los escenarios de congelación y gradual superación de la crisis (por analogía con el acto de la Moncloa en España).

Globalmente hablando, en las sociedades transicionales se puede distinguir una interacción estable: mientras más grande lo difuso de las instituciones y menor el papel regulador del Derecho (y, añadido, de las normas morales), más profunda la crisis socio-económica. Junto a esto, en la medida en que la economía sea inestable, que la creación socio-económica no esté desarrollada, y que el consenso socio-político no esté logrado, se conforma en la sociedad de transición una dependencia directa de la cualidad del sistema institucional (y medianamente de la dinámica social y económica) con relación a la composición de las fuerzas socio-políticas, a la situación nacional y geopolítica, y también a los factores ideológicos y socio-culturales. El carácter difuso mismo de las instituciones y el caos jurídico son tanto mayores, cuánto en mayor grado se haya desarrollado el sistema burocrático del pasado (y mientras más profunda haya sido su auto-descomposición), mientras menor sea el nivel de auto-organización y mayor el conformismo de las masas, mientras en mayor grado la “nueva burguesía” esté fusionada con los

funcionarios corruptos y con la economía en la sombra.

En la esfera política la sociedad transicional se caracteriza por la inestabilidad de los partidos y de otras instituciones de la sociedad civil, las cuáles, como regla, sólo indirectamente están vinculadas con unas u otras capas socio-económicas. El poder real (incluso en aquellos casos cuándo está oculto por una envoltura democrático-formal) pertenece a la cúpula de representantes de diversas uniones corporativas (una suerte de “clanes”), que incluyen a los representantes de la vieja y de la nueva nomenclatura, y también a las elites corporativas surgidas (representadas por los lobbies industrial-financieros, regionales, etc.) El papel de las uniones democráticas de masas de los trabajadores y de los ciudadanos (como también de otras instituciones no estatales de la sociedad civil) permanece, como regla, insignificante. Por el contrario, es extremadamente grande el papel del “sector en la sombra”: la lucha entre diversos agrupamientos que poseen un significativo poder político no formal y vinculados con los amos de la “economía en la sombra” y con las estructuras criminales.

Globalmente hablando, las sociedades post-socialistas del resto del mundo reflejaron la tendencia universal al crecimiento de la hegemonía del capital corporativo: en nuestro caso, esta hegemonía está representada, en sus formas más bárbaras, por la “guerra sin reglas” entre clanes sui-generis, hacia los cuales derivan las corporaciones. Estos clanes, precisamente, y su lucha (víctimas de la cuál son los trabajadores de nuestros países) determinan la vida económica y política de las sociedades transicionales.

Naturalmente que las características generales dadas más arriba para los procesos transformaciones poseen una significativa especificidad en países diferentes e incluso en las regiones del antiguo “sistema socialista”.

Meditando acerca del futuro de los países con un sistema social transicional, es necesario señalar que en realidad la ruptura cualitativa más radical del socialismo mutante pudiera consistir no en la sustitución de una forma (burocrático-estatal) de enajenación de los ciudadanos con relación a la dirección, y de los trabajadores con relación a los medios de producción, por otra forma (capitalista-corporativa); sino la superación revolucionaria (por el contenido, pero no obligatoriamente por la forma: comparar con los métodos de la “revolución de terciopelo”) de esta enajenación. esto último haría posible la realización del modelo “romántico” de las transformaciones democrático-socialistas, que suponen la máxima utilización, en el proceso de las transformaciones, de la tendencia civilizatoria generalizada a la socialización y humanización de la vida económica en los marcos de una economía mixta con el dominio del sector social de las empresas de auto-gestión, un mercado socialmente limitado y una programación y regulación democráticas de las proporciones y de la dinámica económica; la completa realización de los derechos y libertades democrático-burguesas con transición hacia una democracia y auto-gestión básicas.

4.2 Rusia: la especificidad de los procesos de transformación y los escenarios del futuro.

Por lo visto, no será una exageración decir que las contradicciones del periodo que comenzaba en el siglo XX de una transición de la humanidad desde el “reino de la necesidad” al “reino de la libertad”, adoptaron en nuestra Patria las formas más brillantes, grandiosas, trágicas y a veces con un carácter de farsa. Aquí se manifestaron en medida total los contrastes tecnológicos (el primer hombre al Cosmos, la mitad de los capaces de trabajar ocupados en la esfera del trabajo manual), las contradicciones económicas (retoños de las formas más progresivas de organización del trabajo, de la planificación, del colectivismo y una ineficiencia casi anecdótica del sistema burocrático), los contrastes socio-políticos (el entusiasmo real de millones de constructores del socialismo y los Gulags estalinistas, el conformismo briezheviano), los altos logros de la cultura, de la educación y el monstruoso dogmatismo y totalitarismo en la ideología (y no sólo aquí)... Y hoy Rusia como que de modo particular se haya otorgado el objetivo de constituirse en un foco de todas las posibles contradicciones de la transformación.

Las particularidades de la historia contemporánea de nuestra Patria se conjugan bastante contradictoriamente con **particularidades históricas** más profundas **de Rusia**, con una composición en extremo contradictoria de las características socio-psicológicas e histórico-culturales que les son propias.

Desarrollándose durante siglos como un imperio feudal, manteniendo todo ese tiempo las tradiciones de una comunidad patriarcal, nuestra Patria se encontró tocada bastante superficialmente por la

civilización burguesa. Las formas de la enajenación por el mercado, capitalistas, no penetraron demasiado profundo en los plastos socio-psicológicos y nacional-culturales de la vida. El individualismo y el vínculo rígido del “YO” propio con la propiedad privada y con las capacidades personales empresariales, que habían jugado en una etapa determinada de la historia su papel positivo; el fetichismo del dinero, que penetró en todos los poros de la vida y la construcción de las relaciones interpersonales bajo la forma de la competencia; lo utilitario de las necesidades y el pragmatismo de los intereses; todos estos rasgos no fueron extirpados de la mentalidad rusa y se desarrollan ahora más bien como un producto de la descomposición de ‘lo brieshneviano’, del modelo de las reformas de mercado, de la atmósfera del modo de vida burgués, que como el renacimiento de las tradiciones rusas. Los productos de esta descomposición conducen ahora la “iniciativa personal”, en buena medida, al consumismo parasitario, cuando no también expoliador (con relación a la naturaleza y a los con-ciudadanos) y no a la creatividad.

Al mismo tiempo, las tradiciones patriarcales, que se han desarrollado como un alter ego de la represión autocrática y extra-económica de la personalidad, condujeron (junto con decenios de sistema totalitario) a la formación de una suerte de “estar acostumbrados” a la presencia de un cuidado paternalista por parte de la burocracia ante la imposibilidad de realización de las cualidades personales propias de otro modo como no fuese por vía de la inscripción en la maquinaria burocrática. Como resultado, la actividad social individual creadora y el potencial para una auto-organización basada en la iniciativa personal libre (y no en la tradición), se hallaron históricamente oprimidas. Las relaciones de un colectivismo popular desde abajo, en Rusia, fueron y permanecen siendo la antítesis de este conformismo patriarcal. Este colectivismo, como regla, ha tenido y tiene formas perversas: la comunidad patriarcal; durante un corto periodo el colectivo de trabajadores asalariados; después el colectivismo obligado del periodo del socialismo mutante. Sin embargo, en los periodos de brote de la creación social, manifestó su capacidad para la generación, con extraordinaria rapidez, de nuevas formas, como los Soviets en 1905, como el movimiento guerrillero en 1941-45, como los clubs de canciones aficionadas en 1960-70, como el CJM en los 80. Este colectivismo popular se convirtió en una de las premisas del éxito de las limitadas fuerzas clasistas en la revolución socialista y junto con el entusiasmo –la potente explosión de energía social de 1917 y de los años post-revolucionarios- permitió sobrevivir, durante largos decenios, a los retoños del socialismo en nuestro país. Y, a pesar de ello, ese colectivismo popular nunca fue y nunca será el factor decisivo de las transformaciones socialistas; en Rusia no pudo y no podrá, en definitiva, cambiar radicalmente la situación.

No son menos contradictorias tampoco las relaciones nacionales del país. Siendo un Estado multi-étnico y multinacional con tradicional tolerancia hacia las diferentes naciones y grupos confesionales a nivel cotidiano, Rusia, al mismo tiempo, era un país donde por siglos dominó una nación: la rusa; una religión, la cristiana-ortodoxa. El poder de la burocracia central no podía no hallarse vinculado unívocamente con la nación rusa, lo que, a su vez (en condiciones de crisis del sistema) no podía no generar una lucha anti-burocrática y nacional-liberadora bajo lemas no solo democrático-generales, sino también poseedores de una forma anti-rusa (o más bien “anti-moscovita”). La reacción a este separatismo objetivamente condicionado, de modo indefectible se torna un chovinismo de gran potencia, que representa una forma irracional de la tendencia a la unidad del país, objetivamente conformada y eficiente en el sentido económico y humano.

Indudablemente que la mayor particularidad de la historia de Rusia en el siglo XX ha sido que ella se convirtió en la Patria de las primeras transformaciones socialistas a gran escala y al mismo tiempo en la metrópolis del socialismo mutante. Ello es uno de los factores más significativos y, simultáneamente, característicos de la especificidad de la transformación rusa de los años 90 (la transición es eso, transición, porque en ella está todavía vivo el pasado).

En nuestro país se hallaron al máximo desarrollados los retoños de una nueva vida socialista, los elementos de una liberación formal del trabajo. (En relación a esto no puedo no subrayar: el socialismo no se puede crear y mantener solamente sobre la base del entusiasmo, pero sin entusiasmo, sin el optimismo creativo acumulado por la mayoría de los trabajadores, sin la alegre y vital energía de la creación social, de la construcción de nuevas ciudades y formas de vida, el socialismo no puede ni nacer, ni vivir). Recordemos de nuevo la creación de formas nuevas de organización del trabajo, del consumo, de la cultura, del deporte, de la contabilidad y el control, en los años 20; el real entusiasmo y colectivismo de los constructores de nuevas fábricas y ciudades en los 30 y los 50. (Recuerde a V. Mayakosvski: “Yo sé que habrá ciudad; yo sé que el jardín florecerá, cuando gentes tales hay en el país soviético”); lo romántico de la apertura de nuevas tierras y nuevas ideas en el periodo del “deshielo” jruscheviano con sus tímidos intentos de superar las

“mutaciones” del estalinismo (de qué vale una discusión acerca de los “físicos” y “límpicos” de los 60); el desinterés y la despreciativa actitud hacia el dinero de millones de nuestros compatriotas....

Estos retoños de creación social y cultural no por gusto fueron tan significativos precisamente en la URSS y, en particular, en Rusia: la enorme energía de la Gran Revolución socialista de Octubre, añadiéndose a las tradiciones históricas de Rusia; la transformación de la URSS en la Patria de las transformaciones socialistas mundiales; todo ello creó las premisas objetivas para estos logros.

Por otra parte, nuestra Patria concentró en sí misma las más profundas contradicciones y vicios de este sistema. La amplia utilización de la sujeción extra-económica al trabajo (el trabajo masivo de los presos, la “colectivización” forzada) y la fijación de los campesinos a la tierra en los años 30 hasta el comienzo de los 50; la explotación capitalista-estatal de los trabajadores; el régimen totalitario político e ideológico; todo esto, añadiéndose a las tradiciones de la Rusia zarista, tampoco fue una casualidad y continúa incidiendo en la historia contemporánea de nuestro país.

En fin de cuentas, las causas del derrumbe del socialismo mutante en nuestro país se hallaron vinculadas con que: las premisas objetivas y subjetivas para las transformaciones socialistas resultaron ser demasiado débiles; el burocratismo (aún incluso el ruso pre-burgués y el específicamente soviético), y también la tecnología de dirección, generada por circunstancias objetivas, en condiciones de la gran producción maquinizada y de la gestión económica industrial altamente socializada, resultaron ser demasiado fuertes. La construcción burocrático-totalitaria “se fatigó” y desplomó bajo su propio peso como un sistema económicamente poco eficiente y socialmente injusto.

Debido a estas causas, la bancarrota del “orden socialista” en nuestro país se mostró extremadamente dolorosa y conllevó a toda una serie de consecuencias destructivas. El país perdió, en los años de las “reformas” (1991-2000) cerca de la mitad de su potencial industrial; se congeló por años (y en una serie de esferas por decenios, debido a la “fuga de cerebros”) el desarrollo del sector post-industrial; hacia el año 2000 la calidad de la vida de la mayoría de los trabajadores se halló al nivel de hace un cuarto de siglo, crecieron agudamente la mortalidad y la criminalidad; la cultura del país se degradó ante los ojos de una generación. Como resultado, Rusia se encontró en el fondo del foso de la más profunda crisis socio-económica, donde se “estabilizó”.

A la medida de esta “estabilización” fue cambiando también el tipo de capitalización: a partir de pseudo-liberales “reformas de-trato-duro” (“shock sin terapia”) los poderes vigentes pasan a **un tipo estatal-corporativo (“de poderío”) de capitalismo mutante**. En él, el papel dirigente lo comienzan a desempeñar las corporaciones privadas y capitalista-estatales financiero-comerciales (emergidas sobre la base de la concentración de capitales con un pasado semi-criminal: desde los clanes mafiosos hasta las finanzas estatales “pri-arrebatadas”¹) y financiero-industriales (su base es el “pri-arrebato” de las empresas estatales por la nomenclatura), que gradualmente se unían en “clanes” amorfos e inestables. En sus intersticios se conserva el negocio privado semi-delictivo, semi-dependiente (con relación a la arbitrariedad estatal, a la mafia, etc.) extremadamente inestable. En cuanto a la política, cada vez más se transforma en una batalla de representantes (lobbies, corrupción) de estos “clanes”. Las masas de trabajadores, antes rebajadas por la crisis hasta el estado de casi completa pasividad, gradualmente comienzan a “presionar”, desorganizadamente, semi-conscientemente, pero aún así cada vez mas fuertemente (a través de las elecciones, de los cambios en el clima espiritual –la “nostalgia” , las huelgas y, desde finales de los 90, la des-privatización de empresas, el amago del control obrero, etc.) sobre las elites políticas en competencia; globalmente hablando, sin embargo, los trabajadores se mantienen lejos de la influencia directa y determinante sobre la política, son poco capaces para la auto-organización, para la concienciación de sus intereses ráigales y su defensa consecuente.

El triunfo solemne en Rusia del capitalismo corporativo de la nomenclatura no es accidental. Más arriba fueron nombradas las causas históricas para ello (ante todo el modo de auto-descomposición del socialismo mutante). No menos importante es que aún en el seno del sistema briezheviano en descomposición, se conformaron fuerzas sociales objetivamente interesadas en la realización de este camino

1 *Juego de palabras en ruso –imposible de trasladar al castellano- entre `privatizatsia´ (privatización) y `prijetatizatsia´ (neologismo equivalente a “pri-arrebatación”). (Nota del Traductor).*

de transformaciones, uno de los más destructivos (para el potencial humano, económico, de la naturaleza, del país)

Entre esas capas sociales estaba la nueva generación del cinismo, en parte integrante de la alta –pero primordialmente de la media- nomenclatura y de la intelectualidad “de elite”: los hijos de aquéllos que estaban “asociados” a la vida de la aristocracia partidista-estatal del pasado, pero en papeles secundarios, obteniendo sólo las migajas de su mesa de privilegios. Estos “hijos” (los ‘gaidares’ y compañía), y parcialmente también sus “padres” (los ‘yéltines’, los ‘chornomirdines’, etc.) estaban subjetiva y objetivamente interesados en la redistribución y en el cambio de las formas de poder: quitárselas a los “ancianos”, “cambiar” los anteriores mecanismos de dominio estatal-burocráticos (envejecidos, enormes, poco eficientes) por el poder + el capital, por el poder + la propiedad; tal era su interés objetivo. No menos interesados en el desarrollo del capitalismo especulador estaban los negociantes de la economía en la sombra y los empresarios legales aparecidos en los años de la perestroika. (No puedo no apuntar que la misma amenaza existe hoy en China, en Vietnam, en Cuba).

Pero la principal premisa social del “shock sin terapia” fue el conformismo, la pasividad de la mayoría de la población y la ingenua fe de decenas de millones de rusos aunque, por supuesto, no todos) en las posibilidades ilimitadas del mundo del mercado (lo que no es, por supuesto, culpa sino pena, de los ciudadanos “de filas” de nuestro país; pero es la culpa de los “autores” de la reforma y de sus ideólogos, de aquella parte de la intelectualidad que, debido a su ignorancia o cinismo, prometió una vida paradisíaca a nuestros ciudadanos 500 días después del inicio de las transformaciones de mercado).

El curso hacia el capitalismo corporativo-mostró ser el adecuado para una autoconciencia enajenada y para un interés (una suerte de “pedido social”) de la mayor parte de las capas pequeño-burguesas, del pancismo en nuestro país (aunque más tarde las golpeará).

Estas ilusiones y conformismo pequeño-burgueses no surgieron accidentalmente. En primer lugar, lo generaron la opresión totalitaria de las iniciativas personales y colectivas, junto con el real desarrollo (aunque velado vergonzosamente) del fetichismo del dinero, del consumismo (esencialmente agresivo en condiciones de “déficit económico”), donde el consumo no está limitado por los ingresos, sino por barreras artificiales). En segundo lugar, el interés progresivo de las masas en el derrumbe de la pirámide de poder burocrático descompuesto e ineficiente, chocó con la baja capacidad de los ciudadanos para la auto-organización y reforzó el lastre del individualismo de mercado. En tercer lugar, el descrédito de los valores e instituciones democráticas por los llamados “demócratas” en el periodo de la “perestroika” (reconstrucción) y de las “reformas”, que se añadió a las conservadas y diversas formas de dependencia del hombre con relación a los clanes corporativos.

Todo esto ocurrió como una potente ola de agresiva de pancismo, especialmente peligrosa porque, habiendo chocado con el derrumbe de las ilusiones por el mercado, es capaz de marchar por el camino de la restauración del anterior sistema y, como ello resultará imposible, de girar hacia el lado del apoyo de un nuevo régimen autoritario de derecha.

Debido a todas estas particularidades históricas, nacional-culturales, geo-políticas y otras, en Rusia hacia el año 2000 se conformaron **condiciones** extremadamente contradictorias **para el movimiento comunista y socialista** y más aún para las transformaciones socialistas.

Ello tiene que ver, en primer lugar, con las premisas materiales, tecnológicas, de la génesis del “reino de la libertad”.

Rusia heredó un sector post-industrial y de tecnologías industriales desarrolladas en proceso de destrucción, pero aún significativo; un nivel de cultura, de ciencia, de educación, en disminución, pero aún alto; territorios ecológicamente limpios y enormes riquezas naturales.

Al mismo tiempo, gran parte de la economía está, por su nivel técnico, retrasada en muchos decenios con relación a los países desarrollados; más aún, se desarrollan procesos de des-industrialización y de reducción del sector post-industrial. En los años 90, Rusia se halla en estado de permanente crisis ecológica y cultural humana.

En segundo lugar, las premisas sociales de las transformaciones socialistas también se diferencian por los contrastes extremos.

Por una parte, debido a las mencionadas particularidades históricas y nacionales, en nuestro país está presente una experiencia, casi única en el mundo contemporáneo, de relaciones colectivistas (formas de asociación que, aunque primitivas, a veces mutantes, son reales y masivas) y por ello, el potencial de su renacimiento. Estamos, relativamente menos que otros países, subordinados al fetichismo mercantil, al standard del individualismo y a la vida privada. Extinguiéndose en las generaciones contemporáneas, en Rusia, de todos modos, está viva la memoria social acerca del “colectivismo popular” y del entusiasmo de masas, y esto es algo que ha abarcado a decenas de millones (escala única en la historia del siglo XX) de las formas más simples (a veces mutantes, como todo el “socialismo” en la URSS) de creación social.

Por otra parte, la mayor parte de nosotros no pasó a través del proceso antagónico, pero en determinada medida progresivo, de individualización, que “curte” al homo economicus (al hombre “económico”), libre de formas de dependencia patriarcales, comunales, de clan, burocráticas (corporativas, hoy en día), del pseudo-colectivismo corporativo (ahora esta dependencia, idealizando, en ocasiones intentan representarla como un retoño del socialismo), etc. Y mientras tanto, la individualización es una premisa necesaria de la liberación positiva del hombre, de su participación consciente en la creación histórica como personalidad y no como un “tornillo” en el mecanismo de las “masas” conducidas por los líderes.

El mundo de la enajenación en el imperio Ruso, después en la URSS y ahora de nuevo en Rusia, siempre estuvo construido, de una u otra forma, sobre la base de la opresión totalitaria por la burocracia no solamente de la libertad personal, sino también de las formas de auto-organización de los trabajadores, de los ciudadanos. En nuestro país, a pesar de todo, no se conformaron las clases “normales” de la sociedad burguesa que son ahora características incluso para muchos países en desarrollo. La autoconciencia de clase de los trabajadores, que no llegaron a constituirse del todo en una clase de trabajadores asalariados, no se elevó (con unas relativamente pocas excepciones) incluso hasta el nivel de la defensa organizada de sus intereses económicos (el despojo de los trabajadores por los poderes a comienzos de los años 90 no generó incluso huelgas de cierta escala). En Rusia están ausentes los sindicatos de masas realmente fuertes y otras formas de auto-organización de los trabajadores asalariados; son extremadamente débiles los movimientos democráticos de masas (para países con un nivel tal socio-cultural y con tal profundidad de problemas ecológicos, de las mujeres, de la juventud, etc.).

En tercer lugar, el contexto internacional de las perspectivas socialistas en Rusia es también extremadamente contradictorio.

La destrucción de la URSS no condujo a la solución, sino a la profundización de las contradicciones ínter-naciones, pues fue destruida no tanto la forma burocrática del “centro” (la misma sólo se multiplicó, desplazándose a las antiguas repúblicas), sino la real integración económica, personal, cultural, de los pueblos de nuestra Patria. Todo esto generó un poderoso proceso inverso: la aspiración de distintas capas de la sociedad (ante todo los trabajadores) hacia la unidad del país.

Teniendo en cuenta la tradición de solidaridad internacional (y la misma, siendo burocráticamente falsa en la forma, tenía raíces reales por debajo) podía esperarse un poderoso brote de internacionalismo en los antiguos países de la URSS. Sin embargo, la aspiración a la integración, debido a las particularidades históricas y sociales del país bosquejadas más arriba, a la especificidad de las transformaciones (el dominio de las formas corporativo-burocráticas de la expansión capitalista, junto al caos y la desorganización) condujeron a que las bases del internacionalismo se deformaran hacia una forma perversa de tendencias al poderío. En éstas últimas, la necesidad objetiva de la re-integración de los pueblos de la Unión se transformó en una tendencia subjetiva (pero que tiene bases reales) al renacimiento del poder burocrático, llamado a restaurar el orden, a hacer regresar el status geopolítico ido de gran potencia y a cuenta de ello resolver los problemas internos.

Esta tendencia tiene también significativas bases en la geopolítica de las potencias capitalistas líderes (“el nuevo desorden mundial”), y también en la ideología y la práctica de las reformas supuestamente liberales dentro del país. Tanto una cosa como la otra condujeron a la degradación de un país en algún

momento realmente poderoso, al desarrollo de un tipo dependiente de capitalismo, al desencadenamiento en Rusia de un proceso de “tercermundialización” (la transformación en un país del tercer mundo). Esta negativa influencia del capital corporativo internacional (su símbolo en Rusia se tornaron el FMI y los E.U.) no fue contrarrestada por ningún apoyo internacional en algo significativo a las tendencias socialistas en Rusia por parte de las fuerzas democráticas de izquierda de otros países (lo que puede ser perfectamente comprendido: su crisis interna era igualmente profunda).

El resultado es que el ambivalente proceso –que tiene lugar en el mundo contemporáneo- de lucha nacional-liberadora tomó en Rusia formas principalmente perversas de poderío. La superación, objetivamente indefectible, de la “cortina de hierro” se convirtió para nosotros en la amenaza de permanecer en la trampa del tipo rezagante de desarrollo. Y ello en un país con un poderoso potencial (en el ámbito de las altas tecnologías, de la educación, de la ciencia, de la cultura), con una integración internacional igualitaria, con tradiciones de internacionalismo, con un pasado del país que fuera una fuerza principal que se contrapuso (aunque fuera en formas irracionales) a la hegemonía del capital mundial en las relaciones internacionales y en el ámbito de una serie de problemas globales (la guerra y la paz, ante todo).

No es difícil suponer que mientras la atmósfera que incide sobre Rusia, que no sólo es la vigente sino también la absolutamente dominante internacionalmente, sea la del “nuevo desorden mundial” como forma contemporánea de hegemonía del capital, nuestro país permanecerá ante la elección entre un curso hacia la el “poderío” o hacia la “tercermundialización”. El tercer camino, hacia el modelo ya descrito más arriba de una integración en la comunidad mundial sobre la base de la igualdad y el internacionalismo, permanecerá no más que como una tendencia mientras el socialismo como proceso internacional no salga de la crisis, mientras no se tornen reales los pasos hacia el socialismo en una serie de países líderes, mientras no comience una nueva ola de reformas y de socialización en los países desarrollados, etc.

En cuarto lugar, las condiciones políticas e ideológicas del movimiento comunista y socialista en Rusia son también extraordinariamente contradictorias.

En un polo están las simpatías tradicionales hacia los partidos políticos con etiqueta comunista (el Partido Comunista de la Federación Rusa –PCFR- es el mayor del país) de una parte significativa (cuidado no un tercio) de los trabajadores, empobrecidos por la crisis; una poderosa nostalgia cultural y de ideas por el modo de vida, la cultura, etc. soviéticas.

Pero existe también otro polo. El principal aval del PCFR y de sus aliados –la nostalgia por el “socialismo”- es capaz de ayudar en la protesta contra las actuales formas de poder del capital de la nomenclatura y mafioso, pero es en extremo poco útil para la creación real, desde abajo, de una sociedad; pues está vinculado, principalmente, con la esperanza conformista en la solución de todos los problemas desde arriba por una elite paternalista (pero no por una cínico-burguesa, como al principio de los 90). Solamente un movimiento socialista-democrático (una alianza), construida sobre los principios de libre asociación, sobre bases de auto-organización, puede revivir las cada vez más extinguidas tradiciones de un colectivismo y un entusiasmo reales del pasado. Mientras tanto, las organizaciones de los trabajadores que crecen desde abajo en el país son extremadamente pocas. La única fuerza política real –el PCFR- reproduce las tradiciones básicas del PCUS con su aparato burocrático, del cuál salió el 90% de sus miembros y casi toda su dirección.

¿Cómo pueden ser resueltas en un futuro próximo, precisamente estas profundísimas contradicciones, características de las condiciones del movimiento socialista en Rusia? Por lo visto, el pronóstico más probable sea poco optimista: en el mejor de los casos serán congeladas.

En nuestras circunstancias específicas (circunstancias de la tercera etapa de la génesis del socialismo en el mundo), que se conjugan con una nueva ola de la revolución tecnológica, con el crecimiento de las contradicciones entre el capital transnacional de los países desarrollados y el retraso que se profundiza de la mayoría de los países en desarrollo, y con los mantenidos conflictos de transformación en los países del “segundo mundo”, Rusia está ante la elección de uno de los siguientes **escenarios de futuro**.

El primero. En el país continúa la introducción de un modelo “pro-occidental” de capitalismo especulativo de la nomenclatura, que tiene como su punto de origen la ejecución de una “terapia de shock”.

Este escenario, a partir de mediados de los 90, gradualmente se torna cada vez menos real, aunque lo apoyan determinadas fuerzas sociales: el capital medio y pequeño del sector de las transacciones, orientado principalmente a las operaciones de exportación-importación (sencillamente una especulación con las finanzas, con los bienes inmuebles, con mercancías); una parte significativa de la nueva “clase media” (los empleados de los bancos, los sindicatos, la intelectualidad “de elite”, etc.); una parte no significativa de las personas de trabajos por cuenta propia y asalariado, ocupadas en las empresas privadas prósperas y en los sectores privilegiados de la economía. En la vida política estas fuerzas están representadas por múltiples partidos del espectro “democrático” (en las elecciones a la Duma, en 1999, la mayoría de ellos se unió en una alianza de las fuerzas de derecha).

La resultante de la realización de este (repito, ahora poco probable) escenario, se torna el deslizamiento acelerado del país hacia el pantano de los países cada vez más atrasados del “tercer” mundo, con alguna esperanza de, dentro de decenios, comenzar el tránsito hacia la clase de “nuevos países industriales”. En una perspectiva a corto plazo, en las condiciones de Rusia, esta variante puede sólo dar una profundización de la caída de los sectores industrial y post-industrial, un aumento relativo (y para muchas capas, también absoluto) de la miseria de los trabajadores, del desempleo y de la tensión social, con la “apertura” del Estado para la piratería económica de las CTN.

El segundo escenario comenzó a realizarse por la mayoría de la elite dominante después del golpe de estado de Octubre (del año 1993) y los subsiguientes juegos a las elecciones y al referéndum. Los rasgos básicos de este escenario son: la combinación de métodos monetarios de política económica en la esfera financiera (como consecuencia el no pago masivo a las empresas, la crisis de la esfera presupuestaria, el colapso de las inversiones); con una regulación burocrática de la economía por parte de los grupos industrial-financieros que tienen poderosos lobbies en el gobierno.

Semejante modelo “de poderío” del capitalismo de nomenclatura tiene el apoyo de algunos grupos-clanes concurrentes entre sí (dentro del complejo combustible-energético, del CMI, de los grupos regionales, etc.), que tienen lobbies en el gobierno, en el parlamento y en el equipo presidencial; de la mayoría de los representantes de la burocracia estatal y de la cúpula de estructuras de fuerza; de parte del negocio privado (ante todo del gran capital), y también de determinadas capas de “ciudadanos de filas” (ante todo de los trabajadores de las empresas que pertenecen a los “clanes” privilegiados). Una importante premisa para el éxito de este escenario lo constituye también el mantenido conformismo de la población, a la cuál, además, intentan acostumbrar a las en extremo peligrosas formas de chovinismo de gran potencia y a una orientación hacia el poder “de mano dura” .

Políticamente este escenario significa el reforzamiento de la tendencia al autoritarismo y al expansionismo (por ejemplo, las guerras en Chechenia); su conformación ideológica se torna la retórica autocrática del poderío de mercado y el moderado chovinismo ruso. En la vida, este escenario se llevará a cabo (parcialmente ya se hace) por parte de uno de los grupos concurrentes de la elite estatal-corporativa: presidencial, orientada a un primer-ministro o cualquier otra de sus variantes; es posible también la consolidación temporal de estas elites.

El resultado de la realización de este escenario será la conservación de una economía industrial atrasada (con una orientación hacia las materias primas y/o militar-industrial), una “moderada” estagflación, una baja calidad de vida de la mayoría de la población; la victoria del poder del capital estatal-corporativo, corrupto; en cuyos “intersticios” vivirá el negocio pequeño y medio, semi-criminal. Este régimen, en las ideas políticas, será un autoritarismo-de-poderío.

El tercer escenario es el modelo “paternalista-populista” de capitalismo corporativo de la nomenclatura; en sus rasgos básicos es parecido al segundo escenario, diferenciándose de él ante todo por una mayor atención a la regulación de la economía, con el propósito de apoyar al sector estatal y al negocio nacional, y también para evitar la caída del nivel de consumo real de la mayoría de la población.

En tanto este escenario puede ser realizado sólo en un bloque del ala corporativa de la burocracia paternalista con amplias capas conformistas de los trabajadores y que las fuerzas que lo representan están apartadas ahora del poder, por cuánto, ideológicamente, este modelo deberá tener una forma radical-populista (en el mejor caso social-populista, en el peor, de poderío-nacional). La base social para este camino

es la burocracia orientada paternalmente y el negocio privado vinculado a ella, junto a la parte empobrecida y conformista de los trabajadores y jubilados.

Las fuerzas políticas capaces de dar vida a este escenario son ante todo diversos lobbies de la burocracia paternalista, los partidos de centro-izquierda y – casi como la principal estructura – el PCFR. El resultado de su realización puede ser, por sus consecuencias, menos pesado para los trabajadores, pero en esencia es el mismo modelo de sociedad que en el segundo caso.

Los últimos dos escenarios permanecen como los más reales a corto plazo, aunque a partir del año 2000, el último se torna cada vez menos probable. Al mismo tiempo, las fuerzas democráticas de izquierda mantienen algunas oportunidades de ejercer una esencial influencia sobre el PCFR, de evitar su enlace con los funcionarios-del-poder, y de garantizar la posibilidad del desarrollo de formas de auto-organización de los trabajadores que creen premisas para reformas orientadas social-humanísticamente, y en perspectiva, para una transformación cualitativa de nuestra sociedad.

4.3. La izquierda democrática de Rusia: orientaciones programáticas.

*Nuestra Patria se halla ya por decenios en una crisis que se ha tornado particularmente intensa en los últimos años, conllevando el retraso cualitativo del país con relación a los logros tecnológicos de los países desarrollados. La condición del renacimiento de nuestra Patria es la variación principal del curso de desarrollo, la reorientación hacia **una estrategia de desarrollo aventajante**, que responda al llamado del III-er milenio, a la realización prioritaria de los valores socio-culturales, al tránsito hacia un tipo de desarrollo noo-esférico, que se apoya en el progreso del trabajo creador por su contenido, como la esfera de vanguardia de la actividad social humana.*

En un país económicamente atrasado, semejante plan parece una utopía, pero ésta es la única alternativa para el tipo de desarrollo rezagante e incluso para el desarrollo tipo “que va detrás de”. Las principales esferas de realización de la aludida estrategia deben ser la educación y la formación, la salud y el deporte, la ciencia fundamental y aplicada, las tecnologías de avanzada limpias ecológicamente, el arte. Sobre esta base, Rusia puede incluirse en la división mundial del trabajo como un productor de las mercancías más caras actualmente: el know how, los conocimientos, los productos y servicios tecnológicos de avanzada, las condiciones de vida ecológicamente sostenibles, etc.

Este salto desde un sistema industrial actualmente en decadencia, hasta una sociedad orientada a “la tercera ola” de la revolución científico-técnica (el tránsito hacia “la producción” no sólo de información, sino de cultura: conocimientos, nuevas tecnologías, las capacidades creadoras del hombre, las biogeocenosis estables), no es más fantástico que el plan de electrificación en la Rusia destruida por la primera guerra mundial y la guerra civil en los años 20 del siglo XX. Para la realización del “salto hacia el siglo XXI” hay en el país suficiente potencial humano (sabemos aún enseñar a la gente, la tierra rusa hasta ahora no está empobrecida de talentos), riquezas naturales y potencial conservado de tecnologías de avanzada.

Pero, como se dijo más arriba, en la Rusia contemporánea no está presente lo principal, sin lo cuál no es posible tal salto: un sistema adecuado de relaciones sociales, que cree estímulos suficientemente poderosos y a plazo largo, para la unificación de la parte más activa de la sociedad alrededor de la solución de esta tarea; no existe la voluntad política, ni las fuerzas capaces, de elevar a la mayor parte de los trabajadores a la solución de estos problemas.

Para dar vida y seguidamente “domar” a la “tercera ola” de la RCT, se necesita un sistema de creación social de masas, que cree nuevos estímulos para las innovaciones, para el adiestramiento y la recalificación, para la superación de la enajenación en las relaciones humanas.

*En otras palabras, es necesario **un sistema de transformaciones socialistas**, que incluya los pasos fundamentados más arriba al analizar las premisas y la esencia del comunismo y el socialismo:*

Programas a largo plazo de una reconstrucción estructural: la reducción de las tecnologías industriales sucias, de la componente irracional del sector transaccional, etc., estimulando (por métodos directos e indirectos) el desarrollo prioritario de las esferas que garanticen “el salto al siglo XXI”; la reducción del tiempo de trabajo (y no el crecimiento del desempleo), el crecimiento del tiempo libre y de la posibilidad de su utilización para el desarrollo del hombre; la reproducción de la naturaleza como un valor cultural.

La formación consecuente de nuevas relaciones socio-económicas: (1) relaciones de contabilidad democrática, de control y de regulación; la auto-gestión en todos los niveles y en diferentes esferas de la vida económica y social; las relaciones de mercado que se conserven, pero en extinción, en estas condiciones, deben funcionar en los marcos de normativas y programas sociales, ecológicos, humanitarios, democráticamente elaborados, creando “viejos” estímulos económicos de la actividad social (particularmente importantes en las esferas industriales tradicionales); (2) la propiedad, social por su contenido (no solo jurídicamente), que cree las condiciones para la liberación “formal” del trabajo, en particular la concentración de los derechos básicos de propiedad en las manos de los colectivos laborales y sus asociaciones (los soviets) en los niveles regionales y federales, conservando las formas que se extinguen (y que funcionan bajo el control social y en determinados marcos) de propiedad individual (familiar) privada y de propiedad capitalista democrática por acciones; (3) relaciones de justicia social, que incluyen la

distribución según el trabajo, orientada a la creación de estímulos al trabajo creador, con incitativa, como la forma principal de distribución; el aumento los impuestos a las ganancias que se conserven a partir de la propiedad y del capital; el control social democrático de los ingresos de los ciudadanos y su utilización (cuentas personales unificadas, etc.); la auto-defensa social; la gratuidad y el desarrollo prioritario (o como mínimo la accesibilidad generalizada para todas las capas de la población) de la educación y la recalificación permanente, la cultura, la salud y el deporte;

La des-burocratización consecuente de la vida socio-política sobre la base de: (1) la realización completa de los valores y derechos humanos democrático-generales reconocidos internacionalmente; (2) la formación de una democracia de base del tipo soviético (pero no stalinista-briehneviana) y el tránsito gradual hacia la auto-gestión social; (3) el otorgamiento de los derechos a la auto-determinación a las naciones y a los pueblos y también a las regiones de la Federación Rusa, hasta llegar a la separación, con la más activa colaboración económica, cultural, ideológica, a su integración voluntaria tanto dentro de Rusia (una Federación), como a escala de la URSS (una confederación, una unión de estados independientes), a medida que se llevan a cabo las transformaciones democrático-populares y socialistas en cada uno de los países;

Una auténtica **revolución cultural**: (1) “que eleve hasta una altura inalcanzable” (material y moral) ante todo a los trabajadores culturales “de abajo” (maestros, médicos, bibliotecarios, trabajadores de clubs, etc.); (2) que desarrolle nuevas formas democráticas (basadas en el diálogo del maestro y el alumno, de la escuela y la sociedad, en la auto-gestión escolar) de educación y formación de los niños y de educación continua, de elevación de la calificación de los adultos; (3) que libere al máximo a un artista de la dependencia monetaria e ideológica (el apoyo estatal y social a la creación); (4) que transforme la cultura artística no sólo en algo accesible a cada cuál, sino también en algo espiritualmente cercano, que despierte al hombre al entusiasmo creador, a la aspiración al perfeccionamiento propio y del mundo; (5) que realice una política estatal de “expulsión” de la cultura de masas, tanto la occidentalizante como la territorializante; (6) que suponga una libertad incondicional de conciencia y tanto la actividad social religiosa como la atea, con una separación, igualmente incondicional, de la iglesia con relación al Estado y a la escuela.

Los pasos básicos de las transformaciones socialistas son bastante unificados, prácticamente hablando, para todos los países de mediano desarrollo del ex “sistema socialista”. En Rusia (como también en muchos otros países parecidos a ella por la historia del “socialismo” y por el tipo de transformaciones) la salida a esta vía exigirá como mínimo *una revolución anti-corporativa, democrático-popular* (y, en perspectiva, también socialista).

Las causas de esto es el tipo de orden económico, político y aún ideológico, que se haya conformado en el país; precisamente el poder del capital corporativo de la nomenclatura, fusionado con la criminalidad organizada; un poder que conserva la tradición del totalitarismo y sólo superficialmente “democratizado” a la manera de occidente. Esta esencia del actual poder deberá ser destruida, lo que no puede hacerse de otro modo que por la vía revolucionaria. La esencia de esta revolución democrático-popular no es el ataque de turno a la Casa Blanca o al Kremlin. La tarea es mucho más profunda: *el cambio de la naturaleza del poder desde abajo* (desde la empresa, la aldea, la ciudad), dónde los amos deban ser los trabajadores y los habitantes, y no las tantas veces cambiantes vallas anunciadoras ideológicas de la nomenclatura, *hasta arriba* (dónde, de nuevo, la tarea consiste no tanto en el cambio de un presidente, cuánto en el tránsito hacia un nuevo tipo de poder: una democracia básica del tipo soviético). He aquí porque esta revolución exige un enorme trabajo preparatorio y puede sólo comenzar como “alegre y pronta”, pero su principal contenido será un largo trabajo de cultivo y fortalecimiento de semejante poder.

Para el éxito de las transformaciones socialistas, por lo tanto, es necesaria la creación de sus **bases democrático-populares**.

En primer lugar, la formación de las bases jurídicas e institucionales del poder popular (una nueva Constitución y nuevas leyes de la máxima importancia, órganos plenipotenciarios de auto-gestión productiva y local como base del poder popular, un orden representativo del tipo soviético, un poder judicial democrático independiente, amplia plenipotenciariad de las organizaciones y movimientos democráticos de masas, el reconocimiento de la independencia de los Estados y pueblos que aspiren a la auto-determinación y a la colaboración, y la concertación, sobre esta base, de nuevos acuerdos federativo y de la

unión)

En segundo lugar, la realización de pasos reales (ante todo socio-económicos) hacia el poder popular: el desarrollo de una contabilidad y un control generalizados y consecuentemente democráticos (incluyendo a la esfera de la formación y utilización de los ingresos: cuentas personales unificadas para los ciudadanos, un rígido control de las declaraciones de impuestos suministradas, etc., un control y una contabilidad en el área de la formación y del gasto de los medios estatales en los niveles federal y regional, el desarrollo del control popular del aparato del Estado, a semejanza de los primeros pasos de la Rabkrin –inspección obrero-campesina-, etc.)

En tercer lugar, la re-nacionalización de las corporaciones y de los bancos privatizados con violación de las leyes, de los derechos garantizados legalmente de los trabajadores, de los pobladores, de los pueblos de las repúblicas y federaciones; la reforma democrática de la propiedad, que cree las bases institucionales para el traspaso del poder administrativo de la mayoría de las más importantes empresas a los trabajadores (el traspaso, en las empresas estatales y en las re-nacionalizadas, de una serie de derechos de propiedad -ante todo relacionados con la dirección en los marcos de los programas y normativas estatales generales- a los colectivos labores de auto-gestión; el apoyo a la formación de empresas colectivas y a su ulterior unión en asociaciones del tipo de la de Mondragón en España; la estimulación de la cooperación voluntaria de los pequeños negocios privados; la garantía legal del control obrero, la participación de los trabajadores -en las compañías privadas de capital por acciones que se conserven- en la propiedad, en la dirección y en las ganancias; la democratización de la formación y del control del funcionamiento de los órganos federales y regionales que realizan la dirección de los bienes estatales).

En cuarto lugar, la realización de nuevas prioridades en la actividad social del Estado, en particular la toma y realización de programas estratégicos generales estatales de “irrupción en el siglo XXI”; para ello, una redistribución de los medios del presupuesto estatal a favor de la esfera socio-cultural y medidas ecológicas a cuenta de la brusca contracción de los gastos militares propios (aumentando los gastos en la conversión militar a lo civil) y de las pérdidas en el sector transaccional (una política estatal de reducción del capital intermediario y especulativo).

En quinto lugar, el cambio del carácter de las instituciones estatales más importantes: el gobierno, el ejército, la policía; la abrupta reducción del aparato burocrático-estatal y del aparato de las corporaciones, la liquidación de todos los privilegios y ventajas a los empleados, la realización de las exigencias que promoviera ya la Comuna de París: un gobierno popular barato y de alta calidad (pues no trabaja por el dinero, o por el terror, sino “a conciencia”); una transformación cualitativa y una reducción brusca de las estructuras de fuerza (del ejército, en varias veces, como en la URSS de los años 20, garantizando a los oficiales condiciones de trabajo y de vivienda; de las estructuras del MININT a cuenta de la reducción de los contingentes de tropas; de los servicios secretos, a cuenta de la reducción de la inspección policial y de la custodia de los empleados estatales); la integración de la actividad de los órganos estatales, de diferentes estructuras administrativas, en las regiones y de los órganos de auto-gestión (desde los comités de auto-gestión en los territorios y los grupos amistosos de voluntarios populares hasta los movimientos sociales plenipotenciarios, que conforman el apoyo de los diputados del poder legislativo).

Es bastante fácil prolongar la lista de tales medidas de primer orden partiendo de nuestras tareas características para “cultivar” las relaciones socialistas y comunistas. Es mucho más difícil e importante comprender qué precisamente puede tornar real a estos pasos y evitar la deformación de los primeros intentos de crear el socialismo, como sucediera en la URSS.

La respuesta a esta pregunta es también la respuesta a la interrogante acerca de *las premisas para el éxito de las revoluciones democrático-populares y socialistas en Rusia.*

Y ello, en primer lugar, es la considerable profundidad de las contradicciones socio-económicas y la crisis de poder. Tal condición existió al comienzo de los años 90; en perspectiva, lo más probable es la congelación de la crisis de la sociedad y del poder, la relativa estabilización de la situación; por más que esta “estabilización” seguirá siendo extremadamente frágil.

En segundo lugar, es necesaria la capacidad de la parte activa de los trabajadores no sólo para destruir al

viejo sistema, sino también para la creatividad social (para esto, recordemos, es necesaria la superación del conformismo, ante todo pequeño-burgués; la presencia de una experiencia de lucha, la experiencia de reformas positivas; la concienciación por los trabajadores de sus intereses estratégicos). En Rusia todavía hay que conformar esta condición, y para ello se requerirá más de un año.

En tercer lugar, la condición del éxito de la revolución democrático-popular en Rusia es la elevación sustancial del movimiento democrático de masas (ante todo del de izquierda) en otros países, una fuerte presión internacional de los trabajadores organizados a las elites corporativo-estatales nacionales e internacionales. Para ello, a su vez, es necesario un sistema real, y que funcione eficientemente, de solidaridad internacional de las fuerzas socio-transformadoras democráticas; esta condición es también asunto del futuro.

¿Es posible semejante revolución en Rusia en el futuro próximo y si es así, será ella pacífica y democrática en su forma (el arribo al poder de nuevas fuerzas en las elecciones y sobre esta base el inicio de un cambio de la esencia del poder - un escenario cercano a la historia de las transformaciones chilenas de inicios de los 70)? Actualmente la revolución democrático-popular en nuestro país es extremadamente poco probable, debido a causas subjetivas. En el futuro, ella puede ser pacífica con la presencia de una serie de condiciones, entre las cuáles están: (1) aunque sea un cambio parcial de la Constitución y de la práctica de elecciones hacia el lado de un mayor democratismo; (2) la conservación como mínimo de la neutralidad política de la mayor parte del ejército, del MININT, de los servicios secretos; (3) un nivel cualitativamente mayor que el actual del nivel de organización de los obreros asalariados (por ejemplo, la capacidad para una huelga política general con ocupación), de los pobladores (la victoria de las fuerzas de izquierda en las elecciones municipales en una serie de regiones claves) y de otras organizaciones democráticas, capaces, con acciones de masas, de apoyar el arribo al poder en las elecciones de fuerzas democrático-populares o una desobediencia civil generalizada que se resista a un viraje anti-democrático o a un sabotaje de la derecha: digamos, el no reconocimiento de los resultados de las elecciones por parte del anterior poder ejecutivo.

Partiendo de las condiciones objetivas, la más fundamentada **estrategia de las fuerzas de izquierda** en estas condiciones *en los próximos años debería ser el “cultivo” de las premisas y de las fuerzas motrices necesarias para una revolución democrático-popular exitosa.* Semejante estrategia deberá incluir: la conformación acelerada de sindicatos contemporáneos (a través de la radicalización -incluyendo el fraccionamiento- de los anteriores y la creación activa, principalmente a través de acciones prácticas, de unos nuevos, sobre la base de las estructuras embrionarias existentes); el inicio de una lucha coordinada de paros bajo consignas políticas (incluyendo a la “intelectualidad de base” –maestros, médicos, etc.); el más activo apoyo a la auto-gestión local y productiva (allí dónde se haya conservado o se forme); el trabajo sistemático cultural y de ideas (ante todo dentro de la juventud), dirigido a la creación de una autoconciencia alternativa a la cultura de masas y a la psicología autocrática-conformista de la gente, para que estén moralmente y por sus ideas, orientadas a la creación de un mundo nuevo, de románticos en el espíritu de Mayakovski y de Ernesto –Ché- Guevara.

Sin embargo, el factor subjetivo hace de tal estrategia sólo una expresión de deseo. En la realidad, las más masivas organizaciones de Rusia que se manifiestan en nuestro país bajo consignas socialistas y comunistas, llevan a cabo y llevarán a cabo una política sustancialmente distinta.

4.4 La tipologización de las fuerzas de izquierda en Rusia y las tareas inmediatas de los partidarios de la renovación comunista.

La multifacética objetividad del problema del tránsito hacia una sociedad comunista como la negación del mundo de la enajenación, y no solamente de la formación capitalista, condiciona indefectiblemente también un repertorio más complejo de parámetros para la comparación de las fuerzas políticas que la división tradicional en más o menos de izquierda (partidarios del socialismo) y de derecha (partidarios del capitalismo). Los parámetros de la enajenación (la medida de la explotación, de la opresión burocrático-totalitaria corporativa de la personalidad, etc.), al igual que los parámetros de la liberación, de la emancipación del hombre, son multiformes; igualmente multiformes deberán ser los parámetros (“las

escalas”) según las cuáles se compararán las estructuras políticas.

Debido a sus específicas condiciones históricas y contemporáneas, no solamente la medida tradicional de la orientación a transformaciones socialistas consecuentes (y a largo plazo, comunistas), sino también la actitud hacia la opresión corporativo-burocrática, tradicionalmente fuerte en Rusia y poseedora de diversas formas desde la monarquía al estalinismo, así como hacia la “vigilancia” paternalista-burocrática con perspectiva de ser una dictadura militar o fascista (en el espíritu del Japón de finales de los 30 o del Chile de los 70-80), se convirtieron en Rusia en los principales parámetros de ese tipo. Actualmente esa opresión se manifiesta particularmente evidente en Rusia en la esfera de las relaciones nacional-estatales y en la geopolítica.

Desde el punto de vista marxista tradicional, la medida de “la izquierda” y la medida del antitotalitarismo de las fuerzas políticas deben coincidir o estar cercanas, pero en Rusia la situación es mucho más compleja (con su pasado del socialismo mutante y con su presente de un orden institucional-jurídico elemental en desmoronamiento; con el derrumbe no sólo del Estado como un aparato de poder, cuánto del país como un espacio unificado económico, socio-político, cultural, con la desintegración de un pueblo unificado; con la especificidad de su estructura social y muchas otras cosas acerca de las cuales se habló mas arriba).

Hacia el año 2000 en el flanco izquierdo del país se conformaron tres principales tendencias en el país.

La comunista ortodoxa, orientada de hecho hacia la restauración del “socialismo” del tipo de los años 30-60. En la ideología y en los documentos programáticos reproduce los planteamientos de los libros de texto de comunismo científico de aquella época, o sea, una práctica extremadamente idealizada de “socialismo”. En la conciencia real de sus miembros de filas, el socialismo se asocia con los logros reales del pasado no lejano. De aquí su base social: los trabajadores de aquel periodo, vinculados vitalmente con el lado positivo del pasado, con el trabajo colectivo, la lucha contra el fascismo, la defensa social; insuficientemente cultos (aunque a veces educados dogmáticamente) para comprender la profundidad de las contradicciones del “socialismo” y que se hallan ahora en el fondo del foso social. En la política real, conservando las tendencias anteriores (la separación de “los de arriba” con relación a “los de abajo”, el burocratismo, etc.) es una corriente orientada a la restauración -incluyendo al ámbito de las relaciones nacionales- de las formas totalitarias estalinistas (en el mejor de los casos, brieshnevianas) y de los más simples métodos de estatalización de la economía (la planificación burocrática, el dominio de la propiedad estatal, etc.).

Esta corriente, en la Rusia del año 1995, estaba representada por el Partido Comunista Obrero Ruso (PCOR) y por una serie de partidos más pequeños; y también por la concepción del mundo y la actividad social práctica casi de la masa fundamenta de la vieja generación de miembros del Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR), especialmente en la periferia.

Esta corriente no tiene perspectivas estratégicamente, pero en las condiciones de una agudización abrupta de la lucha económica y política (lo que es poco probable en la Rusia de los próximos años) puede convertirse en una base de masas para intentos de restauración del socialismo mutante (en tanto ésta última no es posible, entonces, en esencia, de lo que se trata es sólo de un experimento político efímero). En condiciones de una “estabilización” de la crisis, esta corriente y su base social permanecerán como la base (en particular como electorado) para una tendencia autocrático-socialista. Por lo demás, durante las elecciones parlamentarias a la Duma en 1995 y 1999, el PCOR y sus aliados obtuvieron el 4,8% y el 2,8% de los votos y de ese modo no pudieron pasar al Parlamento.

La tendencia *socio-autocrática* en Rusia constituye uno de los productos más característicos de su transformación. Ideológicamente está representada por una mezcla de consignas económicas de la social-democracia con el paternalismo estatal-burocrático ruso tradicional y con rezagos comunales (“de poderío”). En su base social, esta corriente es un producto del derrumbe del conformismo brieshneviano (los ciudadanos “de filas” y “los de abajo” en la nomenclatura, que no fueron capaces de adaptarse al cambio del carácter de la enajenación, al tránsito al capitalismo corporativo-delictivo). La estrategia real de los líderes de esta corriente (que también proviene del PCUS, con sus enfermedades ya señaladas, y también con las tradiciones de una diferenciación cualitativa de los hechos con relación a las consignas programáticas, pues

los hechos son asunto de los “amos”, de la burocracia, y las consignas son para las “masas”) está dirigida a la realización del escenario “paternalista-populista” del capitalismo corporativo descrito más arriba.

Políticamente esta corriente está representada en Rusia, ante todo, por las tendencias dominantes en la cúpula del PCFR.

La orientación al fortalecimiento de un Estado centralizado unido es la diferencia esencial de esta política no solamente con relación a “los nuevos” socialistas y comunistas (tales como el PSD en Alemania, el PT en Brasil, etc.), sino también con relación a las organizaciones social-demócratas de izquierda de los países desarrollados. De aquí los significativos elementos de chovinismo de gran potencia en la cuestión nacional, el expansionismo en la geopolítica, la orientación al fortalecimiento del aparato de Estado, del ejército, etc. Para esta política existen bases reales, ante todo en los estados de ánimo “autocráticos” -entre los trabajadores con actitud conformista, en parte de la burocracia y de la burguesía- generados por las contradicciones descritas más arriba de las transformaciones.

Al mismo tiempo, el carácter de la base social de masas de esta corriente exige la promoción, en calidad de sus planteamientos programáticos, de una serie de consignas socio-populistas objetivamente progresistas. Ellas pueden y deben ser apoyadas por los partidarios de la renovación comunista de Rusia, comprendiendo claramente, sin embargo, la esencia de la burocracia del PCFR. La práctica de Europa del Este mostró que en el caso de arribo al poder de semejantes partidos “post-comunistas”, se niegan a realizar los planteamientos sociales y democráticos más radicales.

La tercera corriente de izquierda en Rusia -*la social-demócrata*- se halla en estado embrionario, no habiendo obtenido una conformación organizacional estable. La causa es la ausencia de bases sociales necesarias. La “clase media”, como se mostró más arriba, todavía está conformándose, por cierto a partir de capas que están articuladas con el capital de compadreo y ante todo apoyarán a sus representantes políticos. Casi no hay en el país un movimiento obrero organizado y, además, suficientemente activo; tanto más no lo hay por parte del capital “de estómago repleto” y con ánimo reformista. Ello redundará en que esta corriente está representada por grupúsculos de la intelectualidad y constantemente “se inclina” hacia el costado de las corrientes socio-autocráticas, por ahora “ganándole” a los social-demócratas posibles aliados: los empresarios con ánimo paternalista y la burocracia regional. Como resultado los diversos partidos de centro-izquierda de orientación social-demócrata y socio-autocrática ni una sola vez han superado la barrera del 5% de votos en las elecciones parlamentarias.

Como resultado, la composición de fuerzas políticas en el espectro de la izquierda confirma la conclusión hecha más arriba: a los de la izquierda democrática, partidarios de una real renovación del movimiento comunista y socialista (es decir, a las fuerzas sobre la base de cuya actividad social y programa creció este documento y que actualmente están representadas en Rusia por delgadas camadas de una serie de organizaciones políticas, fragmentos de partidos microscópicos – en particular del Partido Ruso de los Comunistas y otros- y de círculos intelectuales) aún no les es dado el encontrar aliados poderosos para dar vida a su estrategia. ¿Cuáles pueden ser ellos y sus tareas más próximas en estas condiciones?

*En una perspectiva a corto plazo, la **tarea de la izquierda democrática** en Rusia continúa siendo una colaboración a la génesis de un movimiento desde abajo, orientado a la “corrección” socio-humanística y democrática del escenario de las reformas paternalista-populistas.*

Los métodos para tal actividad ya fueron señalados al caracterizar las bases generales de la estrategia de la izquierda democrática. En Rusia, deben ser corregidos “sólo” para tener en cuenta nuestra debilidad: la ausencia de movimientos democráticos de masas y el dominio de las fuerzas socio-autocráticas en el espectro de la izquierda. Los más importantes de entre estos métodos serán la propaganda y la plasmación práctica (consultas, apoyo organizado) de las tareas más simples, realizables prácticamente, para el desarrollo de la auto-organización de los trabajadores (sindicatos reales, comités de trabajadores y de paros, la lucha de huelgas, especialmente la de protestas y de las que lleguen hasta la ocupación de empresas y a la creación de órganos de control y de auto-gestión obrera, retoños de empresas colectivas, etc.) y de los ciudadanos (actividades ecológicas, juveniles, del movimiento de mujeres, de los órganos locales activos de auto-gestión, etc.).

Uno de los problemas concretos más difíciles aquí en Rusia es la determinación (y para ello es necesario también un trabajo teórico y empírico) de aquellos “puntos de ebullición” potenciales y reales de los intereses sociales donde surgen y pueden crecer desde abajo en el futuro próximo asociaciones democráticas activas, capaces de atender sus asuntos (defender la naturaleza, por ejemplo), y al mismo tiempo “madurar” hasta la lucha política. En el entorno de los años 80-90 tal papel fue desempeñado por los órganos de auto-gestión productiva y, en menor medida, por los de auto-gestión territorial; posteriormente, por los comités de huelgas mineras - algunos comités laborales que en los años 1999-2000 han comenzado la lucha por el control obrero y la des-privatización. La cuestión de : ¿qué pasará con ellos?, tendrá que ser aún resuelta por nosotros para preparar la base del trabajo con ellas. En cualquier caso, incluso las formas más simples de lucha real por sus intereses cotidianos le darán a los trabajadores, a los ciudadanos, la posibilidad de concientizar sus propias fuerzas, mostrarán lo limitado de la posible alianza con la elite paternalista y crearán las condiciones para su fusión con las organizaciones democráticas de izquierda.

De modo que lo principal es: si somos capaces, por una parte, de ayudar al crecimiento y a la radicalización de los movimientos democráticos de masas, y, por otra parte, de expresar de manera precisa sus intereses más sagrados; entonces los demócratas de izquierda obtendrán un serio apoyo social (de paso señalemos: una condición para esto es la comprensión teórica -en nuestro propio medio de la intelectualidad de izquierda, de los activistas democráticos de las organizaciones socialistas y comunistas- de nuestras nuevas tareas estratégicas y teóricas, de sus fundamentos teóricos).

En cualquier caso, los movimientos de trabajadores y de ciudadanos orientados a la auto-organización, las fuerzas democráticas de izquierda, como señaláramos más arriba, se verán por lo visto precisadas a trabajar en el seno de las estructuras de base de la alianza de la mayoría desposeída conformista de la población con la burocracia orientada paternalistamente. En 1995 esta alianza fue planteada por el PCFR y por una serie de corrientes social-“patrióticas” amorfas, que sólo se estaban conformando. La táctica de trabajo en los marcos de semejante alianza es poco efectiva, bastante peligrosa (a causa de nuestra debilidad), pero, por lo visto, es lo único posible en la Rusia de mediados de los años 90.

La organización en estas condiciones de los actualmente poco numerosos y débiles (debido a lo poco numerosas y débiles de las tendencias a la auto-organización) *grupos políticos democráticos de la izquierda* puede ser construida sobre los principios que cada vez más se abren paso en el “nuevo” movimiento de izquierda de los países desarrollados: la alianza abierta de los activistas, cuya condición de membresía es el trabajo práctico y cuya organización interna está construida sobre principios de auto-gestión. Esta alianza puede ampliarse para la solución de tareas concretas, creando estructuras funcionales móviles, que incluyan a gentes lejanas a la lucha política (científicos, personeros de la cultura, activistas de las organizaciones sociales, etc.).

Tales son nuestras más cercanas perspectivas. A medida que se solucionen las tareas de primer orden mencionadas más arriba, la activación y la radicalización de las organizaciones sociales democráticas en Rusia, a medida que se expulse la ideología socio-autocrática y se difundan las ideas de la auto-organización de los trabajadores, de la renovación del socialismo, podremos pasar a *una nueva estrategia*. Su esencia: *la conformación de un bloque unido de fuerzas democrático-populares*, basado en la alianza de las asociaciones de trabajadores y de ciudadanos, suficientemente radicales para una oposición abierta, para la lucha contra la hegemonía tanto del capital corporativo nacional como internacional; suficientemente cultos para contrarrestar al nacional-comunismo; suficientemente activos para que con un trabajo constante en defensa de los intereses de los trabajadores “de filas”, de los ciudadanos, ganarse su simpatía y apoyo, habiendo mostrado en los hechos la falta de perspectiva de la esperanza en el “buen zar” de turno. En esta nueva estrategia nos toca larga y arduamente trabajar.

*

Las tareas estratégicas y tácticas de la izquierda democrática propuestas más arriba, por lo visto, la “desconectan” de los intentos de una lucha por el poder en la Rusia contemporánea (lo mismo ocurre, esencialmente, con la aplastante mayoría de países del ex “sistema socialista”). En esencia, estamos ante **la**

necesidad del inicio de un nuevo movimiento de izquierda, que herede los logros y que supere los errores de los comunistas y social-demócratas del siglo XX.

Nuestra tarea, para el futuro avizorable, es por una parte, el trabajo para crear un fundamento teórico y práctico de las futuras transformaciones socialistas; por otra parte, la influencia máxima posible sobre el proceso existente de ideas y de política, con el objetivo de su corrección democrática, humanista, “laboral”.

Las causas por las que no aspiramos a restaurar urgentemente, o a construir de nuevo, el socialismo, son ante todo la concienciación precisa de la mucho mayor escala y dificultad de la transición hacia la nueva sociedad, en comparación con lo que parecía aún no hace mucho. No nos asustan estas dificultades, pero, siendo realistas, consideramos nuestro deber superar “la impaciencia de corazón” y meditadamente avanzar por el nuevo camino.

Por esta vía nos espera el cambiar, a favor de los comunistas, el balance futuro entre la hegemonía mundial generalizada (y no solo rusa) del capital corporativo y de las fuerzas de creación social, las fuerzas de los trabajadores que se hayan elevado hasta la creación consciente de su historia, según las leyes del “reino de la libertad”, de un mundo que supere la enajenación, que encuentre respuesta adecuada a los desafíos de los problemas globales del III-er milenio. Este trabajo de la izquierda es para largos decenios. Hoy debemos demostrar que seremos capaces de convertirnos no sólo en críticos, sino en dignos herederos de aquél que hicieron nuestros padres y abuelos en las cárceles y en los frentes de guerra, en las bibliotecas y en las obras de construcción del mundo nuevo.

- 0 - 0 - 0 -

- 0 - 0 - 0 -

- 0 - 0 - 0 -